



FRANCISCO E. MOSCOSO PUELLO



CARTAS A EVELINA



CARTAS
A EVELINA

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE I. NARRATIVA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Andrés Navarro Ministro de Educación

Denia Burgos Viceministra de Asuntos Técnicos Pedagógicos, Ministerio de Educación

Remigio García Director General de Currículo, Ministerio de Educación

Andrés de las Mercedes Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Eduardo Hidalgo Presidente de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Altagracia López, Ramón Flores, Manuel Cabrera, Miguel Lama, Magdalena Lizardo,

Radhamés Mejía, Rafael Emilio Yunén, Ramón Morrison, José Rafael Lantigua y

Juan Tomás Tavares Miembros

Julio Sánchez Maríñez Rector

AUTORIDADES ACADÉMICAS

Julio Sánchez Maríñez Rector

Rosa Kranwinkel Aquino Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Marcos Vega Gil Vicerrector Ejecutivo, Recinto Félix Evaristo Mejía

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Juan Vicente Moscoso

Franco Ventura Vicerrector Ejecutivo, Recinto Luis Napoleón Núñez Molina

Jorge Sención Vicerrector Ejecutivo, Recinto Urania Montás

Ana Julia Suriel Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Emilio Prud'Homme

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Eugenio María de Hostos

Carmen Gálvez Directora de Grado

Angelquis Aquino Directora de Postgrado

Ramón Apolinar Méndez Director de Extensión

Luisa Acosta Representante del Profesorado

Antony Paniagua Representante de los Directores Académicos

Alliet Ortega Directora Administrativa Financiera

Sharon Schnabel Directora de Desarrollo Organizacional

Jeremías Pimentel Representante Estudiantil

CARTAS A EVELINA | Francisco E. Moscoso Puello

Primera edición Editora Montalvo, Santo Domingo, 1942

Segunda y tercera edición Editora Cosmos, Santo Domingo, 1974 y 1977

Cuarta edición Editora Manatí, Santo Domingo, 2000

Quinta edición Editorial Santuario, Santo Domingo, 2010

Sexta edición Letra Gráfica, Santo Domingo, 2017

Séptima edición Santo Domingo, 2018. ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS, Serie I. Narrativa.

Dirección general Julio Sánchez Maríñez, Rector

Coordinación Yulendys Jorge, Directora de Comunicaciones

Dirección editorial Margarita Marmolejos V.

Diseño de interiores Ana Zadya Gerardino

Diagramación y portada Julissa Ivor Medina

Corrección Thelma Arvelo, Janet Canals, Vilma Martínez y Apolinar Liz

ISBN 978-9945-9148-3-2

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2018.

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ISFODOSU, tiene como misión fundamental formar profesionales de la educación y, como visión estratégica, constituirse en la institución de referencia de la formación docente en República Dominicana, compromiso que impone la asunción de amplias responsabilidades y retos en su quehacer educativo.

En ese marco se inscribe la iniciativa de publicar colecciones editoriales que recojan obras de gran importancia literaria, histórica o académica, para ponerlas a disposición de los docentes en formación y en ejercicio y, en general, de toda la ciudadanía. Así, estas colecciones incluirán obras que forman parte del patrimonio intelectual y cultural dominicano, y es nuestro mayor interés facilitar y fomentar su conocimiento y disfrute.

Con esta primera colección, «Clásicos Dominicanos. Serie I. Narrativa», se inicia nuestra labor editorial sistemática, a la que esperamos dar sostenibilidad con la publicación de otras colecciones que, como esta, contribuyan a una mejor formación de nuestros futuros docentes, del magisterio nacional y de una población lectora cada vez más esforzada en el conocimiento de su cultura y su historia y en su desarrollo intelectual.

Los títulos de esta primera colección son tan relevantes como lo fueron sus autores y tan trascendentales como lo es su permanencia en el tiempo: *El monterero*, de Pedro Francisco

Bonó; *Over*, de Ramón Marrero Aristy; *Cuentos Cimarrones*, de Sócrates Nolasco; *Cartas a Evelina*, de Francisco E. Moscoso Puello; *Crónicas de Altocerro*, de Virgilio Díaz Grullón; *La fantasma de Higüey*, de Francisco Javier Angulo Guridi; *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván; *La sangre*, de Tulio Manuel Cestero; *Trementina, clerén y bongó*, de Julio González Herrera; y *Guanuma*, de Federico García Godoy.

Para seleccionar estas obras agradecemos la valiosa cooperación de Mu-Kien Sang Ben, presidente de la Academia Dominicana de la Historia; Bruno Rosario Candelier, presidente de la Academia Dominicana de la Lengua y Rafael Peralta Romero, miembro; Dennis Simó, director ejecutivo de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos; Remigio García y Raymundo González, de la Dirección General de Currículo del Ministerio de Educación; Pablo Mella, Ruth Nolasco y María José Rincón, asesores del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, y esta última miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.

En honor a esos excelentes autores y sus obras elegidas, hemos querido contar como prologuistas con diez reputadas firmas de intelectuales y escritores dominicanos: José Alcántara Almánzar, Soledad Álvarez, Roberto Cassá, Ruth Nolasco, Raymundo González, Miguel Ángel Fornerín, José Rafael Lantigua, Mu-Kien Sang Ben, José Mármol y Jochy Herrera, quienes con entusiasmo y absoluta disposición aceptaron ser parte de este esfuerzo editorial del Instituto, por la conservación, difusión, enriquecimiento y desarrollo del patrimonio intelectual y cultural de la sociedad dominicana.

Julio Sánchez Maríñez
Rector

P R Ó L O G O



En el país de la sinrazón

Cartas a *Evelina* es una obra singular en el pensamiento dominicano de principios de siglo XX y su autor, Francisco Eugenio Moscoso Puello (1885-1959), novelista, médico cirujano y maestro, «una personalidad polémica no solamente por los conceptos vertidos en sus obras literarias sino también en su concepción acerca del ejercicio de la medicina»¹.

Publicado en 1941, aunque según hace constar el autor las primeras cartas se dieron a conocer en 1913, en la revista *La Cuna de América*, y las últimas entre 1930 y 1935 en el periódico *Listín Diario*, el libro tuvo una recepción marginal durante los años de la dictadura trujillista, explicable, como veremos más adelante, por sus características y por las circunstancias que rodearon su publicación. Sin embargo, a partir de la década del setenta el interés por la obra ha ido en aumento –apuntalado por las múltiples reediciones²– tanto entre los estudiosos del pensamiento dominicano, en particular del llamado «pesimismo dominicano», como en el lector común que identifica la circularidad de los

¹ Zaglul, Antonio: *Galería de médicos dominicanos. Obras Selectas* (Andrés Blanco Díaz, editor), Santo Domingo, Banco de Reservas, 2011, Tomo I, pág. 26.

² A la primera edición de la obra, en 1941 por Editora Montalvo, siguieron las de Editora Cosmos, 1946, 1974 y 1977, Editora Manatí, 2000, y Santuario, 2010.

males nacionales en el diagnóstico desolador que hace Moscoso Puello de la realidad dominicana de su tiempo.

Si las ideas que encontramos en *Cartas a Evelina* sobre la cuestión nacional son en gran medida las mismas con las que otros intelectuales liberales intentaron explicarse el fracaso del proyecto civilizatorio, en su discurso Moscoso no solo introduce el matiz personal, provocador al abordar temas como la composición racial del dominicano, el valor del legado africano y la visión de Haití, sino que además lleva a su punto más alto la crítica y el desaliento por la imposibilidad de un proyecto nacional, de un país «de la razón, del buen sentido y de la sana moral».

Con su exacerbado derrotismo, el libro contravenía la retórica de progreso y la épica trujillista de surgimiento de la «Patria Nueva» en un momento de consolidación del régimen y de la mitología que lo sustentaba, años después de que el Congreso Nacional había convertido en Ley el proyecto que cambió el nombre de la ciudad de Santo Domingo por el de Ciudad Trujillo, en «una demostración de gratitud al gobernante que había transformado y que conducía victoriosamente al país por la vía de prosperidad» y apenas pasado un año de la firma del Tratado Trujillo-Hull, objeto de una enorme propaganda por parte del gobierno para hacer aparecer a Trujillo como el restaurador de la independencia financiera³. Por otro lado, se apartaba de la literatura de ideas producida hasta entonces en el país por la forma epistolar de expresión, en la que prima la carga expresiva y la espontaneidad, así como por la mezcla de temas sociopolíticos con ideas sobre el amor y confesiones existenciales y románticas. Subrayaba esa diferencia la carga de ironía y el humor, que la destinataria del alud de reflexiones fuera una mujer, por lo demás inteligente, culta, evidentemente extranjera, un «espíritu superior, exquisito», a la que se aprecia como interlocutora.

³ Moya Pons, Frank: *Manual de historia dominicana*, Santo Domingo, 10.^{ma} edición, pág. 521, 1995.

Estos atributos del libro, sobre todo el radicalismo de que hace galas, debieron influir en la fría acogida por parte de la crítica de su tiempo, para la mayoría de la cual Moscoso Puello era antes que ensayista el autor de *Cañas y Bueyes* (1935), novela de corte social y denuncia sobre las condiciones del trabajador de la caña de azúcar, una problemática que conoció de cerca el escritor ya que durante los años que vivió en San Pedro de Macorís incurrió y fracasó como colono azucarero. Tomás Hernández Franco no mencionó *Cartas a Evelina* en la conferencia «Una política de cultura», dictada en 1943. Tampoco Max Henríquez Ureña en el trabajo titulado «Letras dominicanas» ni Joaquín Balaguer en su *Historia de la literatura dominicana*⁴, entre otros. En *De letras dominicanas* Rufino Martínez se refiere a los elogios de prensa que le llovieron a *Cañas y Bueyes* en los días de su publicación y hace la diferencia con respecto a *Cartas a Evelina* al recordar, párrafos después, el comentario que había escuchado en la ciudad de Macorís [sic]: «tras comentar el momento político del país, el mozo hizo la observación de no ser posible, con una situación como ésa, el darle publicidad a las *Cartas a Evelina*, del doctor Moscoso Puello»⁵. Martínez juzga «rematadamente malo» el libro de ensayos de Moscoso y está claro que lo hace justamente por las razones que le han dado vigencia en la actualidad.

Tanto o más determinante en la minusvalía como en el silencio que rodeó la obra fue el apresamiento que sufrió el autor por la dictadura trujillista poco después de la publicación, del cual, hasta donde sabemos, solo el Dr. Antonio Zaglul, alumno de Moscoso en el hospital Padre Billini, hace referencia:

⁴ Véase «Una política de cultura» en *Cuadernos dominicanos de cultura*, Santo Domingo, Banco de Reservas de la República Dominicana, Tomo 2, 1997. «Letras dominicanas» en *Obras y apuntes*, Max Henríquez Ureña, Santo Domingo, Presidencia de la República, Tomo XVI, Letras de América 1. *Historia de la literatura dominicana*, quinta edición, Argentina, 1972.

⁵ Martínez, Rufino: *De las letras dominicanas*, Santo Domingo, Editora Taller, 1996, pág. 55.

«Moscoso, en su lenguaje hablado y escrito, es el mismo rebelde de su infancia. Publica *Cartas a Evelina* y hace críticas al gobierno tiránico. Lo llevan a la cárcel donde intenta cortarse la yugular, prefiere la muerte a la humillación. Trujillo no tiene un preso cualquiera, en sus mazmorras está uno de los mejores cirujanos del país y un intelectual de valía. En un gesto increíble del déspota, lo pone en libertad y lo nombra director del hospital Padre Billini, sin exigirle nada, ni siquiera una letra de adhesión como era su costumbre»⁶.

Es difícil no relacionar este acontecimiento con el silencio político que mantuvo el autor de *Cartas a Evelina* desde entonces. No volvió a publicar en la prensa nacional sus urticantes observaciones acerca de las taras del dominicano y la realidad social. Aislado en el ámbito de la medicina y la investigación, se dedicó a hacer del Padre Billini un centro modelo de atención médica y a trabajar, durante veinte años, en la monumental «Apuntes para la historia de la medicina de la isla de Santo Domingo», publicada póstumamente por la Universidad Central del Este (1985) después de ser completada por el Dr. Manuel Mañón Arredondo y Vetilio Alfau Durán⁷. En 1956, poco antes de su muerte, publicó la novela autobiográfica *Navarizo* sobre el barrio capitalino donde transcurrió su infancia, remembranza en la que podríamos ver una estrategia de escape de la realidad que lo rodeaba y una crítica encubierta a la tiranía trujillista en las páginas relativas a la dictadura de Heureaux.

Moscoso Puello no combatió a Trujillo, pero tampoco lo alabó ni contribuyó en su legitimación. Su nombre no aparece relacionado con ninguno de los grupos intelectuales de principios de

⁶ Antonio Zaglul, Op. Cit. Pág. 261. Moscoso Puello estaba casado con Lidia Luisa Balaguer Ricardo, hermana de Joaquín Balaguer, desde entonces colaborador cercano del dictador, quien pudo haber influido en su liberación.

⁷ Ver Dr. Herbert Stern, «Dr. Francisco Moscoso Puello», *historiadelamedicinadominicana.wordpress.com*, junio 9, 2013.

siglo, los que terminaron desvaneciéndose en el totalitarismo trujillista, no lo encontramos en publicaciones canónicas como la *Antología de la literatura dominicana* de la Colección Trujillo (1944) ni colaboraciones suyas aparecen en las revistas culturales vinculadas al régimen. Esta ausencia contrasta con su participación en el «Manifiesto que un grupo de intelectuales dominicanos dirige al pueblo y al gobierno de España» (Ciudad Trujillo, 1938), documento que redactado por Américo Lugo –símbolo de resistencia y dignidad frente a la dictadura–, en su fuerte crítica al fascismo y al franquismo ha sido considerado como una condena implícita al régimen de Trujillo. Aun todos o casi todos de la treintena de intelectuales de diversas disciplinas que aparecen como firmantes hayan terminado convirtiéndose en apologistas del régimen⁸.

A la luz de la historia familiar y del carácter rebelde y contestatario de Moscoso desde la infancia, subrayado por sus biógrafos y por él mismo, la relación de Moscoso con el régimen autoritario tenía que ser necesariamente conflictiva. Nacido en una familia de próceres y gente docta, el abuelo, Juan Vicente, fue un abanderado del ejército durante los años de la ocupación haitiana; un hermano de su madre, Manuel de Regla, luchó durante seis años contra el presidente Báez y fue asesinado; el padre, con grado de comandante perteneció al ejército libertador, participó en la Batalla de Santomé bajo las órdenes del general Cabral y ya comerciante fue expulsado a Curazao por Cesáreo Guillermo, exilio que solamente duró veintiocho días ya que Guillermo fue derrocado; mientras el hermano, Abelardo, adversario de Lilís, estuvo preso en la Torre del Homenaje y exiliado. Como puede advertirse en *Navarajo*, Moscoso se sentía orgulloso de su linaje combativo.

⁸ Ver Diógenes Céspedes, *Lenguaje y poesía en Santo Domingo en el siglo XX*, Santo Domingo, Editora Universitaria, 1985.

TEXTO Y CONTEXTO

En *Cartas a Evelina Moscoso Puello* construye su visión del dominicano tanto desde la historia como con los datos de la realidad concreta que lo rodea. Más empírico que teórico, sus conclusiones surgen de la observación y la experiencia. De ahí la importancia del contexto en el que fueron escritas las cartas, en el cual es obligado reconocer existían suficientes elementos que, interpretados a la luz de las ideas puestas en circulación por el pensamiento liberal de su tiempo, desde José Ramón López y Federico García Godoy hasta Américo Lugo, abonaban el escepticismo y la desesperación que caracterizan la obra.

La pobreza y la ignorancia, las pugnas caudillistas, la ocupación militar norteamericana, la lucha por la desocupación, el gobierno de Horacio Vásquez y el ascenso de Trujillo al poder determinaron los veinte años que abarca el libro, a lo que se agrega la anarquía política de las décadas previas y la dictadura de Ulises Heureaux. El entorno internacional era igualmente turbulento y desesperanzador. El llamado período de entreguerras, caracterizado por el ascenso de los fascismos, el auge de los movimientos obreros tras el triunfo de la Revolución Rusa de 1917 y la breve bonanza económica de los años veinte –a la que seguiría La Gran Depresión de la década de los 30–, terminaría en la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial. «Lo mejor de mi vida ha transcurrido en una época infernal», confiesa el autor en la carta 16, para a seguidas enumerar el listado de vicisitudes de las que fue testigo:

«Y luego los *bolos*, los *coludos*, los *quiquises*, los *suaves*, los de la *unión*, los de la *desunión*, han llenado treinta años de mi vida. Mi época fué la época del *Mapembá*, el *Fanita*, Navarro en la línea, Morales en Haina, Zarzuela en Macorís, Cáceres en la carretera, Bordas en Puerto Plata, y luego, para colmo, los Prevostes del Cuerpo de Marina».

La inestabilidad definió también el comportamiento de la economía. A la prosperidad en los años de la llamada «Danza de los Millones» y en la década del 20 siguieron períodos de crisis y de ruina para comerciantes y campesinos⁹. No obstante, de manos de las fuerzas interventoras el proceso de modernización, lento y sinuoso, había comenzado. El lector de *Cartas a Evelina* percibe en el curso de la obra la evolución del país, eminentemente pobre y rural, hacia cierto grado de desarrollo. Si en los primeros textos las descripciones muestran territorios «desprovistos de población humana suficiente, pero cubiertos de bosques, extensos gramales y abundantes cactus: que tales son las características de las regiones del Norte, Sur y Este» –con «las mismas vías de comunicación que abrió Colón», agrega con sarcasmo–, noches oscuras solo alumbradas por la luz de unos ojos negros, un país donde «El capital, el verdadero capital no ha llegado aún. El obrero dominicano se está haciendo» y el campesino «sólo tiene que enterrar un bejuco de batata o una cepa de plátanos, para permitirse el lujo de sentarse a la puerta de su bohío a descansar»; en las últimas cartas encontramos referencias a los cambios en la industria azucarera, con críticas al monopolio extranjero, la venta de energía eléctrica, la construcción de carreteras, el teléfono automático y la transformación de la ciudad de Santo Domingo –de la que menciona el moderno Edificio Baquero, construido en 1927–, donde el autor dice regresar, después de años en San Pedro de Macorís, porque no podía vivir más a causa de los *misteres* y por un motivo principal: disfrutar del acueducto. «Un río en mi casa, después de haber vivido bajo el tormento del pozo, de la bombita, del tanque levantado y del agua mala».

⁹ El padre de Moscoso fue una de las víctimas de esas crisis económicas cíclicas. En *Navarajo* el escritor relata detalladamente el fracaso económico del padre, cuyo motivo principal fue las llamadas revoluciones, y el paulatino empobrecimiento de la familia, que por esa causa termina mudándose a San Pedro de Macorís en 1898, donde a las hermanas se les había encargado abrir una escuela de instrucción primaria y secundaria.

Con mirada de sociólogo y la sensibilidad del escritor, en las cartas marcadas con los números 22 y 35 Moscoso atina en señalar el contraste entre el atraso y los nuevos signos de progreso, la coexistencia de varias ciudades dentro de la ciudad de Santo Domingo –una, ilustre dentro de las antiguas murallas, con clubes donde se juega billar, restaurantes donde se bebe *whisky*, mujeres encantadoras, carros y paseos en la costa; otra, casi primitiva en el pintoresco vecindario del barrio donde vive–, de varios países dentro del país. En ese sentido describe una mañana en la carretera Duarte: peatones que cruzan, una carretilla de mano, media docena de carros con carbón y un auto loco, ebrio de velocidad, tres haitianas con sus sombreros característicos, un perro, una bandada de *judíos* escandalosos, café tostado, galletas frescas. «Puede usted agregar: un aeroplano, unas cuantas vacas realengas que acaban de ser ordeñadas y un negrito con un guñapo de pantalón».

No es esa la única estampa de la vida dominicana de esos años en el libro. Junto al dato demográfico, sobre la geografía, la división territorial, la producción agrícola y las noticias, con juicios atrevidos, sobre la literatura, Moscoso se solaza en una cotidianidad pletórica de los olores de las frutas y la comida, del color de la vegetación, el ruido de los *palos*, de las voces de los marchantes que ofrecen huevos, plátanos, carbón. Y en la noche «el rumor del arroyo que se hace oír desde muy lejos». Hay un encarecimiento de lo nacional en la puesta en valor de elementos que conforman la cultura tradicional, así como de la que llama «la vida simple» del campo, a la que dice querer regresar de forma irónica pero también con una nostalgia que contradice el discurso positivista de oposición campo-ciudad de la clase ilustrada de la que es representante, uno de los motivos de su desgarramiento, como puede intuirse al final del siguiente párrafo:

«Hoy, señora, estoy triste. Tengo nostalgia de la cordillera. Un bohío al pié de una ladera, con mi buen perro, mi pareja de

gallinas, mi cerdo cebado, mi caballito y mi conuco pintoresco me hubiera dado la felicidad. Sin haber oído nombrar jamás a Hostos, a este Señor Hostos que me ha hecho tan desgraciado!».

También es contradictorio el deslumbramiento por las bellezas naturales del país en relación con el fatalismo geográfico y la idea de la influencia negativa del clima en la psicología del dominicano. El ojo ávido de desentrañar las taras de los nacionales y los males que aquejan a la República se descubre no pocas veces enamorado del paisaje, en descripciones de tanto entusiasmo que en un momento, por su exuberancia, llega a decir: «Todo aquí es asombroso. Los bosques son imponentes y la tierra lo produce todo con extraordinaria abundancia. Maderas preciosas, minerales y avechuchos, abundan en cantidad casi inagotable. La civilización no se puede comprender sin el trópico». El mismo trópico de los ciclones, que por su capacidad destructiva únicamente pueden ser comparados con las revoluciones, al que achaca la holgazanería, la incapacidad del dominicano para constituirse en sujeto productivo, su inferioridad mental. «Hace tanto calor en nuestro clima que debemos tener los sesos derretidos», dice, porque sea a causa del calor o por las enfermedades el hombre tropical «es una variedad humana especial, turbulento y haragán, casi no sirve para nada. En ocasiones es un verdadero estorbo. Y es además, un cofre de vicios. Bailar, jugar y emborracharse y robar son sus cualidades características. Es un hombre primitivo todavía».

El país natural es la querencia de Moscoso Puello. El país nacional su desesperación, el blanco de la invectiva pesimista.

IDENTIDAD DESGARRADA Y PESIMISMO

Desde el pórtico de *Cartas a Evelina*, con su confeso propósito de atender la psicología del pueblo dominicano, Moscoso Puello se inscribe en el grupo de pensadores de la identidad y la cuestión nacional en los inicios del siglo XX. Como ellos, desde un sentido

de pertenencia que no ha sido dimensionado justamente, buscó la explicación del fracaso del proyecto nacional en las características del pueblo dominicano y en condicionantes biológicos, climáticos y raciales. Solo que donde la razón intelectual de los letrados marca los límites del objeto de estudio y del discurso, Moscoso avanza hasta el desgarramiento existencial en una invectiva contra la dominicanidad única por su violencia y por la problematización del sentimiento de identidad planteado desde la primera línea del libro cuando declara: «De pocos años a esta parte soy otro, es decir, soy el mismo en otro». La tensión entre la reafirmación romántica de su individualidad y la identificación como parte de una comunidad social fracasada y enferma atraviesa todo el libro y llega a su punto más alto en textos como la carta marcada con el número 9, en la que, además, se declara abiertamente ajeno a las normas y convenciones sociales.

Para Moscoso el país no existe como nación. No hay conciencia nacional ni ciudadanos. Hay hombres que no tienen y acaso no tendrán nunca educación cívica para vivir una vida de libertad y honestidad.

«Aquí se juega a gobierno. No tenemos ciudadanos. Las dos terceras partes de la población está constituida por campesinos ignorantes, cuya mentalidad no ha avanzado gran cosa desde la conquista. La otra tercera parte está formada por hombres de mediocre ilustración y corrompidos, que adolecen de las taras que nos legó la escoria de los conquistadores y la de otras razas inferiores. No hay, pues, elementos para establecer un régimen político avanzado de acuerdo con la hora de progreso que vive el mundo. Después de la independencia, se ha debido hacer una campaña para enseñar al pueblo, para elevar su nivel intelectual, para homogeneizarlo, desde el punto de vista etnológico».

En el párrafo, la idea compartida por los letrados de su tiempo –López, Henríquez y Carvajal, Lugo, García Godoy– de la imposibilidad de progreso a causa de las deficiencias del campesino, la

escasa educación del habitante de la ciudad y la composición racial del dominicano, responsable de defectos como la violencia, la imprevisión, la doblez, el servilismo, entre otros. También las propuestas salvadoras para la regeneración social: la hostosiana de la educación, que todos asumen, la eugenesia de origen darwinista y la unificación racial para enfrentar el innoble mestizaje. Pero Moscoso va más allá de las ideas racistas y la visión lastimosa del dominicano de los escritores mencionados. Radical, niega incluso la posibilidad de pensar racionalmente el país de la sinrazón, simbolizado en el manicomio que acostumbraba visitar cuando muchacho, donde el loco Montalambert es la imagen trágica del dominicano.

En su negación de la salvación, el pesimismo de Moscoso, discutible en otros autores¹⁰, roza el nihilismo. Y el discurso crítico contra todo y todos, en especial contra las formas y las instituciones del poder, alcanza la diatriba.

Como ningún otro intelectual de su tiempo, Moscoso arremete contra los representantes del poder político. Contra el legislador, que solo nutre su cerebro de novelas, periódicos de información, Gacetas Oficiales, y baila, «fuma y charla que es una barbaridad». Contra los políticos, «inficionados de un egoísmo morbosos, devorados por las más bajas pasiones que usted pueda imaginarse y que aman apasionadamente la Hacienda Pública. La verdadera calamidad del trópico». Contra los opositores, «que no trabajan, no hacen absolutamente nada». Contra el líder político producto de las luchas cívicas, señores de horca y cuchillo, en la mayoría de las veces «un sinvergüenza de marca mayor (...), muñeco descarado, que ha perdido toda noción de respeto a los demás, embustero, chismoso, embaucador, pícaro, hipócrita, cobarde, ignorante, audaz, ladrón, sensual y vengativo».

¹⁰ Ver Roberto Cassá: «Teoría de la nación y proyecto político en Américo Lugo» en *Américo Lugo. Obras Escogidas I*, Santo Domingo, Biblioteca de Clásicos Dominicanos Volumen XIV, Editora Corripio, 1993.

Blanco también de sus dardos los generales, que lo invaden todo y disfrutan de todo; los extranjeros, dueños del país; las leyes, que no se adecúan al carácter y a las costumbres del pueblo, y la Constitución, que debía contener las bases sobre las cuales se instituye la nacionalidad y está viciada desde su nacimiento por las reformas que se realizan con pasmosa frecuencia.

Irónico, corrosivo, Moscoso se burla de los historiadores, de Sumner Welles, del frac, la filosofía, la policía municipal, representada por un Capitán Minaya que persigue el robo en pequeña escala porque el otro, el robo mayor que se deposita en los bancos, instituciones extranjeras, está fuera de su alcance. También de sí mismo, de sus aficiones literarias y hasta de la estatua de Juan Pablo Duarte en un «desolado parquecito consagrado al culto del Padre de la Patria», que quizás por el calor o porque estaba soñando ve descender del pedestal y resultó ser la de un italiano que dice llamarse Giacomo Cavaraducci, que no es un libertador sino vendedor de frutas amigo del escultor Tomagnini, y enojado por la confusión suplica regresar a su país. El texto, una sátira delirante contra los convencionalismos, debió ser escandaloso para los conservadores de su tiempo.

La burla es la puntilla final en *Cartas a Evelina*, uno de los elementos desestabilizadores del discurso. Y la risa, el humor, como en *El Quijote* una de las vías para ir contracorriente y rebelarse contra lo instituido. Acaso la única salida posible para el pesimista en el país de la sinrazón.

Soledad Álvarez
Santo Domingo, septiembre de 2018

Otras obras consultadas:

Comarazami, Francisco: *Comentarios sobre libros dominicanos*, Santo Domingo, Editora Listín Diario, 1989.

El gran pesimismo dominicano. José Ramón López, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1975.

Fornierín, Miguel Ángel: *Los letrados y la nación dominicana*, Santo Domingo, Santuario, 2013.

Mateo, Andrés L.: *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Librería La Trinitaria e Instituto del Libro, 1993.

Moscoso Puello, Francisco: *Navarajo*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Colección Clásicos Dominicanos, 2015.

Tejada, Rita María: «Apuntes para una bibliografía del pesimismo dominicano», Santo Domingo, Cielo Naranja, 2015.

CARTAS
A EVELINA



Este libro no se publica por su valor literario; se publica porque es posible que tenga algún valor documental para los que se interesen por conocer la psicología del pueblo dominicano.

Con excepción de tres o cuatro, la mayoría de estas cartas han sido publicadas: las cinco primeras, en *La Cuna de América*, en septiembre del año 1913; las dos siguientes en *S. P. M.*, una revista que se editaba en San Pedro de Macorís en 1930, y las demás en el *Listín Diario*, entre los años de 1930 a 1935, fecha en la cual se publicaron las últimas.

Por la razón ya dicha, los textos no se han corregido. Aparecen aquí tal como fueron escritos y publicados.

F.E.M.P.*

* N.E. Introducción que aparece en la primera edición de la obra, publicada en el año 1941 por Editora Montalvo. Para esta edición, las cartas han sido corregidas, actualizando los textos con las reglas más recientes de la Nueva Gramática de la Real Academia Española de la Lengua. Hemos respetado los términos de poco uso o ya en desuso que identifican el estilo del autor.



CARTA I

Señora:

¡Yo he cambiado mucho! De pocos años a esta parte soy otro, es decir, soy el mismo en otro. Esto no tiene nada de particular si usted tiene en cuenta que no he hecho otra cosa que no sea obedecer a la más general de todas las leyes de la naturaleza. Y a propósito de leyes, ¿conoce usted un país que tenga tantas como la República Dominicana? ¡Los Legisladores dominicanos son, a este respecto, muy originales! Todas las leyes son aquí importadas, no hay ninguna del país, autóctona, como suele decirse a veces; leyes dictadas de acuerdo con el carácter y las costumbres de este pueblo infeliz. Aquí se prohíbe lo que está prohibido en los países civilizados y está autorizado todo lo que está en aquellos. De esto resultan anomalías que dan risa. Todos los años sale de las Cámaras una lluvia de leyes nuevas y se suprimen o derogan otras tantas. No hay, pues, ni método, ni unidad y sí mucho de lo que abunda en las cabezas vacías, que aquí se suelen contar por millares.

Señora, el legislador dominicano es un tipo curioso, alto o bajo de estatura; blanco, indio o moreno de color; delgado o grueso; feo o buen mozo; que estos son los caracteres variables o comunes; su aspecto no es del todo desagradable y hasta parece un hombre civilizado. Sus características, como dicen los biólogos, son las siguientes: gran lector de novelas, periódicos de información y de Gacetas Oficiales. Este es todo el alimento que nutre sus cerebros; además, baila bien, frecuenta los sitios públicos y fuma, fuma y charla que es una barbaridad.

¡He cambiado mucho! Mi cabeza aún no ha encanecido; pero mi corazón ha perdido gran parte de su energía; los resortes de

mi voluntad se han enmohecido; una anemia intelectual me está acabando. Noto semejanzas entre mi modo de considerar las cosas, es decir, entre mi filosofía y la de algunos animales, hasta el punto de que solo vivo para comer, por el estómago, vida vegetativa. ¿Acaso obedecerá esto a las influencias del medio en que me encuentro?

He nacido a la vida de la razón, señora, en una época corrompida, en un país desgraciado, infeliz, sin razón de ser. Hace muchos años que estoy buscando un ciudadano de ideas levantadas y de sentimientos superiores; un hombre serio, decente, culto, que haga lo que sienta y piense correctamente, que tenga conciencia, se lave las manos y los demás miembros. Pero ese hombre no se encuentra.

¿Quién es en esta época y en esta latitud completamente sincero? La hipocresía ha sustituido a todos los dioses y a todos los mitos. *La sinceridad no es humana*, afirma un almanaque que leí hace algún tiempo y el cual no es precisamente el de García Hermanos, de la capital de la República, que, sobradas noticias de agricultura y datos astronómicos posee, para ocuparse en cuestiones de filosofía.

¿Por qué no volverán aquellos días hermosos de una juventud más tierna? Digo tierna, para que los que no me conocen sepan que aún estoy en ella. ¿Recuerda usted, señora, aquellos ojos negros de tanta expresión que parecía que pensaban, hablaban y oían, de tal modo que cualquiera al verlos los creería animados de un alma especial? Os juro que en muchas noches oscuras, a la luz de ellos, que era una luz tibia impregnada con un aroma un tanto parecido al de las violetas, he encontrado la dulce y suave boca, la carnosa y comprometedora boca, que se llevó mis más puros y ardientes besos; los besos que se dan una sola vez en la vida y a una sola mujer: pues ha de saber usted, que los que le siguen, no valen el ruido que hacen ni la humedad que se siente. Odio los besos de las viejas; sus labios no pueden producir ese sonido seco, vibrante y sin eco, porque han perdido la elasticidad y la vida en su larga carrera por ella. En materia de besos, los besos de los niños deben tener un puesto de preferencia; yo no los tengo, pero me gusta besarlos y dejarme besar por ellos. Son cortos, ruidosos y

secos, apenas tienen la duración de un relámpago y están llenos de muchas cosas ingenuas y sencillas; los besos de la juventud, los que se dan en la primavera de la vida, son más decidores, se prolongan más y su sonido es húmedo. Largo hablaría a usted de estas sublimes porquerías. Según los higienistas más distinguidos de mi tiempo, el beso no es más que un cambio de microbios, solo que estos microbios no inspiran gran miedo.

Señora, ¡Yo he cambiado mucho! Sobre la mesa en que escribo *IDEAS*, su libro de usted, es decir, el libro que escribo para usted, tengo un cráneo viejo y de una vieja por cierto, en cuyas órbitas suelo yo colocar plumas de acero o papelitos con notas que quiero tener a la vista. Ahora le estoy mirando y no sé por qué pienso en Immanuel Kant y en los ojos negros. ¡Esta pobre vieja, jamás pensó que su cabeza sería pisapapel, depósito de plumas o de notas! ¡Bello destino, después de todo...! A no haber sido mi compañera ya estaría reducida a polvo. Ojalá que ningún antropólogo se antoje de mi vieja, porque solo así, por la ciencia, sería yo capaz de desprenderme de objeto tan querido.

Más adelante procuraré interesarla un poco. Le hablaré de música, de poesía, de la literatura nacional, de historia, de filosofía, de la caña de azúcar, del tabaco, de los guineos de Caño Hondo, de los generales dominicanos y de todo cuanto pueda hablar un ciudadano mediocre, nacido en época de una salvaje tiranía, y en un país en que solo un Casimiro N. de Moya hubiera podido representar con tanta exactitud. Si alguna vez, señora, estuviere usted perdida en la República, recurra a un mapa de ese ciudadano, adoptado por el Congreso como oficial, y con él en las manos y los ojos puestos en el sol, no dudo que se orientará en un santiamén y llegará al punto deseado con una exactitud y una rapidez que solo un geógrafo de tan alto timbre hubiera podido apreciar desde su casa en la Ciudad Romántica. Porque habrá usted de saber que aquí están las ciencias muy adelantadas y que así apellidamos a unanimidad con Cestero, a la ciudad capital de la República.

Los viajes me encantan; si me extravió en el curso de ellos mi placer sube de punto; y cuando no me suceden peripecias los encuentro detestables. Tengo la ambición de conocer toda la

República, no para escribir mis impresiones como las escribió Cestero en *Por el Cibao*, o el Barón de Eggers, alemán indiscreto, que no dejó pasar ni el andullo, ni hacer exploraciones como las de William More Gabb, ni menos para emprender negocios, que ninguno de esos móviles me animan: sencillamente quiero conocer todo el país para saber a qué atenerme. Sí, señora, para saber a qué atenerme, así como suena, pues si mis presunciones se realizan, si todo es como esto o aquello, la razón de ser no la veo por ninguna parte. Lea usted a don José Gabriel García, a Logroño, pasando por alto a don Ubaldo Gómez, a fin de que más adelante podamos cambiar impresiones.



CARTA 2

Situada en el mismo lugar en que se encuentra en todos los mapas, pero mejor representada en el de nuestro geógrafo señor de Moya, ya citado, la República Dominicana, más generalmente conocida por Haití, error que no hemos tenido tiempo de desvirtuar, poéticamente llamada Quisqueya, lo cual parece ser una verdad histórica, y vulgarmente Santo Domingo, a secas, la República Dominicana, señora, ocupa una extensión de unos tantos y más cuantos kilómetros cuadrados desprovistos de población humana suficiente, pero cubiertos de bosques, extensos gramales y abundantes cactus: que tales son las características de las regiones del norte, sur y este. Por mitad está cruzado este territorio por una cordillera de montañas, entre las cuales se levanta una de 3140 metros de elevación, según cálculos del ilustre Sir Robert Schomburgk, y otra más pequeña conocida por el nombre de Culo de Maco.

No hace mucho frío, ni tampoco mucho calor y tiene de común con los otros países del globo, el sol, la luna, las estrellas y una porción de cosas que sería prolijo enumerar. Surcan este pequeño territorio varios ríos que, si no tienen la majestuosidad del Amazonas, poseen, por lo menos, agua más pura a juzgar por las del Yaque del Norte, que es famoso. No hay volcanes. Y entre las maravillas de la creación cuenta con las cuevas de Santa Ana, los Tres Ojos de Agua y la Bahía de Samaná. Últimamente se ha anunciado por un notable arqueólogo dominicano que las cuevas de las Guácaras de Canejí, constituyen la más célebre reliquia histórica, porque en ellas encontró el testimonio de que aquí residieron los cartagineses. Ya usted ve, señora, que por el hecho de que en mi tierra se encontraran las huellas de los descendientes o

contemporáneos de Amílcar Barca, no es poca la gloria que nos cabe a los ojos de los espíritus refinados.

La gran vegetación, densa y valiosa, que posee la República Dominicana, se divide en tres zonas: seca, húmeda y más húmeda, según puede usted ver en un informe forestal, hecho por un tal Mr. Wood, americano, que vino al país expresamente para su estudio. Este informe costó a la Secretaría de Hacienda varios miles de pesos; pero desgraciadamente no ha sido apreciado en su justo valor y se teme que no lo sea nunca.

Conservamos por patriotismo las mismas vías de comunicación que abrió Colón; se viaja por lo regular a caballo, lo cual le permite a usted intimar bastante con la naturaleza dominicana.

Las distancias no son muy largas, si usted tiene en cuenta la de Nueva York a Yokohama, pasando por el estrecho de Magallanes; con mayores facilidades y más rápidamente va usted a los EE.UU. que al Cibao, que así denominamos a la región más poderosa y rica de la República.

Zoológicamente, mi país es muy rico. Los ganados caballar y vacuno, de cerda y de lana, aunque sienten la nostalgia de la Madre Patria, prosperan, y algún día harán la riqueza nacional por sí solos como en la Argentina. El Dr. Raulín ha hecho circular la especie de que estos animales han degenerado, lo cual constituye una falsa aseveración que en su oportunidad rebatiré patrióticamente, para lo cual estoy estudiando historia patria, pues, debe usted saber, que esos animales vinieron aquí con el Gran Almirante. Las vacas no dan mucha leche, es verdad; ni los carneros abundante lana; pero los caballos, especialmente, conservan la prestigiosa sangre de sus abuelos andaluces, y si es verdad que han perdido en talla, genio y elegancia, han adquirido, por el contrario, enorme resistencia, hábitos increíbles de sobriedad, y una resignación imposible de creer en animales de tan escasa inteligencia. Crece, se multiplica y abunda bastante, el asno, lo que atribuyen muchos al clima, para el cual se supone está mejor preparado este animal.

Señora, aquí no hay fieras en los bosques ni ofidios venenosos. Usted puede tender una hamaca en la cuchilla de monte más densa, en la completa seguridad de que amanecerá viva y sin daño alguno.

La fertilidad de mi tierra es asombrosa; y ha sido admirada por el extranjero inteligente que ha puesto el pie en ella. Lea a Moreau de Saint-Méry, al Barón de Eggers, a Alejandro de Humboldt, a Descurtliz y Tussac y a otros. La yuca, la batata, el ñame, el plátano, el arroz, el tabaco, el cacao, el café, etc., etc., todo lo que cae en ella prende y fructifica admirablemente, según puede usted ver con lujo de detalles en la notabilísima monografía escrita para no sé qué Exposición Internacional, por el señor José Ramón Abad, así como en las demás obras de la misma índole que en esta se han inspirado por su patriotismo y sinceridad.

Pero yo sé que se ha dicho que no somos un país rico. Por este delito fuimos abandonados desde los tiempos de la Conquista. Nuestras montañas no han tenido la gentileza de encerrar en sus entrañas filones de oro. La Cumbre solo se ha distinguido por despedir olor a yodoformo, según se ha denunciado en la prensa. Y como el mundo está lleno de aventureros, claro está que nos han declarado inservibles. Los hombres no emigran para cambiar de clima. Los emigrantes no tienen otro ideal sino la fortuna. Y nuestro cielo, nuestros paisajes que extasiaron a Colón, nuestras frutas, la placidez de nuestro ambiente tropical, nuestro sol que no tiene igual, no les despiertan el menor interés. No tienen amor ni por la historia. Ven las cenizas del Gran Almirante con indiferencia. Aquí, a mi país, solo vienen a hacer riquezas, a perforar nuestras rocas, a medir el caudal de nuestros ríos, a recorrer nuestros bosques con el exclusivo propósito de encontrar minerales valiosos, petróleo, fuerza hidráulica o plantas medicinales. A veces vienen y se van sin preocuparse por nosotros. Muchos creen que aquí no hay otra cosa. ¡Desdichados! Somos, sin embargo, con los incas y los mayas, la más antigua civilización del continente americano. Y digo de las más antiguas, porque aquí se ven todavía descendientes de Caonabo y de Guacanagarix.

Como usted no ignorará, los habitantes de la República Dominicana, somos en su mayoría mulatos, mulatos tropicales, que es un tipo singular de la especie humana. Es un producto especial de estas latitudes, que se ha originado por la concurrencia de un sin número de factores que analizaremos en otra parte. Como los frutos del trópico, el aguacate, el zapote, el plátano y

la piña, se produce en gran abundancia y para conocerlo bien hay que venir a verlo aquí.

Pero debo advertirle, señora, que los dominicanos somos constitucionalmente blancos, porque ha sido a título de tales que hemos establecido esta República, que usted no debe confundir con la de Haití, donde los hombres comen gente, hablan francés *patois* y abundan los *papaluases*. ¡Es bueno que los extranjeros, en particular los yanquis, tengan en cuenta estos pormenores!

Somos, sin embargo, felices. En el corazón de la sierra o en el rincón de la sabana apartada, todavía no se ha adulterado la vida. Somos fieles a nuestras tradiciones. Aún curamos los gusanos por las huellas, hacemos abortar el ganado vacuno con una buena pócima de corteza de *Juan Primero* y conservamos todo el año una cruz hecha con cogollos de palma en la puerta del aposento o en la cabecera de la cama o del camastro. Quemamos incienso para apartar los espíritus perniciosos y seguimos fieles al ajonjolí, a la arepa de caldero, a los livianos y a las habas con dulce en la Semana Mayor.

Solo me falta decirle a usted de qué vivimos los dominicanos. Me parece que usted me está formulando esta pregunta con sus ojos. ¿Quiere saberlo? ¡Vivimos, señora! Eso está demostrado. ¿Cómo vivimos? Eso es lo interesante y lo que trataré de poner en su conocimiento.

Aquí no existen esos grandes problemas económicos que se plantean en otras partes del mundo. El capital, el verdadero capital, no ha llegado aún. El obrero dominicano se está haciendo. Nuestra vida es muy sencilla y escasas nuestras necesidades. Ya usted se enterará de cómo el campesino, solo tiene que enterrar un bejuco de batata o una cepa de plátanos, para permitirse el lujo de sentarse a la puerta de su bohío a descansar. Por los callos de sus pies sabrá cuándo es la época más oportuna para estas siembras. Solo le preocupará el ganado del vecino y las guineas. Pero eso tiene remedio: una *alza prima* o un cráneo de vaca suspendido por el hoyo del occipital en la punta de una buena vara. Eso es todo. En cuanto al habitante de las ciudades, no le será difícil conseguir los primeros diez pesos. Con ellos desempeñará a sus amigos en desgracia y sin más esfuerzo, se verá luego

en posesión de dos o tres propiedades que le permitirán, igual que aquel, sentarse en su empolvada galería a dormir tranquilamente sus siestas todas las tardes. ¡Qué problemas, ni problemas..! Estos procedimientos son de una sencillez extrema y están en práctica desde época inmemorial. Es una vida sencillísima. Tropical. Comprar a cinco y vender a diez. Los problemas de alta economía son para los extranjeros, no solamente porque ellos entienden esas cosas sino porque están mejor preparados.

Este país, señora, tiene un origen cabalístico. Como una nueva evidencia de que en el universo nada perece, he aquí que la doctrina Pitagórica a través de los siglos crea la República Dominicana. Por eso yo siento un profundo respeto por todo en la vida. Creo que todo es verdad. Lo que nos parece hoy extravagante, desrazonable, fuera de propósito ha sido o será admitido por el común de las gentes. En el mundo no existen despropósitos. Todo está bien así. Todo lo que usted piensa, aunque sean dislates, es posible. La vida y sus manifestaciones, están caracterizadas por una uniformidad incontrastable. Es la ley de la Noria. Siempre sobre sus mismos pasos.

¿Conoce usted la doctrina Pitagórica? Pitágoras fue un buen viejo. De esos viejos que abundan en muchas colectividades y que se piensan mentores de la humanidad o de una porción de esta. Estos viejos a quienes se les ha prolongado la vida merced a la acción estimulante que ejercen en el organismo los elogios repetidos. Porque habrá usted de saber que así como las contrariedades, los sufrimientos, tienen una acción depresiva, las alegrías la tienen estimulante. Todos los órganos manifiestan una óptima disposición para cumplir sus funciones, cuando son estimulados por el sistema nervioso y este a su vez se estimula con las emociones agradables. Esta es la razón científica por la cual estos viejos duran tantos años y por la cual los presidentes y altos dignatarios engordan y rejuvenecen tan pronto como son nominados. La neurastenia solo nos pertenece a nosotros los que no valemos nada ni somos nadie ni nadie nos estima ni nos adula. Todavía la fisiología tiene que hacer muy delicadas y trascendentales investigaciones. No lo dude. Los aduladores no saben de los beneficios que proporcionan. La adulonería es un excelente procedimiento

terapéutico. Nadie que sea adulado podrá estar deprimido ni ser pesimista... Activos, ágiles, saludables, espirituales y optimistas estarán siempre todos los que gocen del privilegio de la adulación. La estricnina es seguramente inferior a esta acción psíquica. Está probado.

Todo esto tiene que ver indudablemente con Pitágoras. Porque este filósofo se ha debido parecer a muchos viejos que conozco. De estos viejos estimulados por el elogio continuo, creciente y unánime. Todas estas ideas son nuevas, señora, o casi nuevas, porque el rejuvenecimiento se está buscando todavía por métodos quirúrgicos. Estoy aludiendo a Voronoff entre otros. Igualmente se ha hablado de insuficiencias glandulares. Es decir, se está todavía en los prolegómenos.

Pero volvamos a Pitágoras, de cuyos sistemas filosóficos quiero hablarle a usted hoy aunque sea superficialmente. Su fundamento fue matemático. Los pitagóricos descubrieron en todos los fenómenos de la naturaleza un orden matemático. Todo se explicaba por el número. Aplicaron esta teoría a la música, lo que condujo a imaginar la conducta como un sistema de armonía.

Pues bien, señora, los Trinitarios tuvieron en cuenta esta filosofía para crear nuestra República, como usted verá enseguida. A nosotros nos rige el número 3. Esto se evidencia con el siguiente análisis que aparentemente y para una persona superficial no pasa de ser un pasatiempo, pero que examinando con un espíritu verdaderamente científico tiene un fundamento eminentemente filosófico.

Nuestro héroe nacional, Juan Pablo Duarte, tuvo como símbolo «ético y religioso» el número 3. Por su devoción a este número simpático, sugestivo, creó *La Trinitaria*. Con el cuadrado de ese número, el 9, se constituyó la sociedad patriótica. Luego cada un miembro se atrajo 3 amigos más, lo cual sumaba 27. Este número es el cubo de 3. Y en fecha que representa ese cubo, el 27, se dio el grito de independencia. ¡Usted quiere cosa más sobrenatural! *Tres* delegados designó Duarte al retirarse del país vencido, y *tres* son los Padres de la Patria; 3 fueron las palabras escogidas para el lema del escudo y 3 los colores del pabellón.

¿Quiere usted cosa más estupenda? Tres son igualmente los Enemigos del Alma, tres los Poderes del Estado, tres las Divinas Personas y, finalmente, tres fueron los que echaron a Pedro entre el pozo.

Todo esto, señora, definitivo y concluyente, hubiera permanecido desconocido, si el Maestro no se hubiera ocupado en divulgarlo en un artículo que apareció en uno de los periódicos de la capital hace algunos años.

Hoy, señora, estoy triste. Tengo nostalgia de la cordillera. Un bohío al pie de una ladera, con mi buen perro, mi pareja de gallinas, mi cerdo cebado, mi caballito y mi conuco pintoresco me hubieran dado la felicidad. ¡Sin haber oído nombrar jamás a Hostos, a este señor Hostos que me ha hecho tan desgraciado!



CARTA 3

La vida es cruel y bella, dijo uno de los Henríquez Ureña, joven de altas aspiraciones y que ha tenido la necesidad de otros aires y de otro sol para florecer, porque no ignorará usted que la atmósfera de este país no es propicia al desarrollo superior de los espíritus. Hay demasiados miasmas, enorme cantidad de gases mefíticos en el ambiente de esta tierra digna de mejor suerte. Dicen los biólogos que los organismos perfeccionados necesitan para la vida medios sencillos, mientras que los seres primitivos han menester de los muy complejos. Si usted piensa en los terribles microbios patógenos, en los gérmenes de la putrefacción y en otras personalidades orgánicas del mismo género, le dará la razón a estos sabios que en ciertas ocasiones dejan escapar algunas verdades.

Y la vida no es ni cruel ni bella; a esta se le puede aplicar la definición de San Agustín, esa hermosa definición que nos enseñaron en el curso de lógica y la cual despertaba en nosotros una gran admiración: *es lo que es*. Ni más ni menos, la vida es lo que es: una barbaridad biológica, social, política, moral y ¡qué sé yo qué más! Esta opinión es para ser reservada convenientemente entre usted y yo, porque cuando pienso en los ojos negros, en lo falso del dogma de la inmortalidad del alma, en las naranjas de la China y en otras baratijas por el estilo, razono de otro modo y me expreso en otra forma.

En mi país, y sobre todo en esta época, estoy observando un hecho que solo tiene el escaso interés que le da la circunstancia de que por él se explican el modo de ser y los procedimientos de este dichoso pueblo. En otros términos, como solía decir un profesor de matemáticas que teníamos en el año de 1894,

hombre que no conocía ni había oído hablar de Euclides ni de Newton; en otros términos, el hecho a que me refiero caracteriza el momento psicológico de mis compatriotas. En una ocasión me dijo el gran poeta Deligne que, atravesando por la plaza de Colón, en Santo Domingo, un antiguo amigo de él, y quizás uno de sus admiradores, le salió al frente, le saludó afectuosamente, pues habían pasado algunos años sin que se vieran y, entre otras cosas le dijo: ¿Dónde compraste esa camisa que llevas puesta? No sé lo que le contestó el poeta, pero la pregunta le interesó tanto que, meses después no vaciló en referirme el caso. Señora, yo compro mis camisas en donde las vendan; donde Ricart, donde Campillo o donde Benítez, para lo que pueda interesar a los que de estos problemas se ocupan.

Anoche fui a ver un cine, que así es como debemos decir y se dice en honor a la verdad, y ya en casa de regreso, no pude menos que arrepentirme. Figúrese usted que en una de las películas se había querido representar, ¿a quién? dirá usted sorprendida: nada menos que al Emperador, señora, al gran Emperador, uno de los resúmenes periódicos de la humanidad, porque sepa ahora y para siempre que yo entiendo que Aníbal, Pericles, Alejandro y dos o tres más, vinieron a este mundo para hacer de resúmenes de la humanidad en épocas determinadas. Decía, pues, que se había tratado de representar al Emperador. Y mi arrepentimiento venía de que a mí me parece cosa ridícula querer caracterizar los hechos históricos por las dos razones siguientes: la falta de verdad en la reproducción, los inevitables anacronismos y, sobre todo, el violento atentado que se hace a las prerrogativas de nuestra fantasía, lente magnífico que está en perfecto derecho cuando amplía, corrige y engrandece los hechos, las cosas y los hombres, para satisfacernos a nosotros mismos. Es verdad que al decir a usted estas cosas no pensaba en las manifestaciones que el gran cine de la vida contemporánea nos ofrece a cada segundo. Perdone, señora, si mi amor a la verdad me hace contradecir a veces.

Dejemos, no obstante, a la verdad que, por el hecho de *ser lo que es*, según San Agustín y todos los que tienen buen sentido común, no se puede analizar, y volvamos camino de la vida, donde todo lo mudable tiene su asiento para holgura y satisfacción nuestra.

Dimitte eterna et quaere transitoria. Maravillosa fórmula para quien piense en los ojos negros, en las bocas tibias y discretas, en las nuca perfumadas y sombrías, en las cremas, los helados, la divina cerveza que no conocieron los dioses del Olimpo, de lo cual debemos alegrarnos todos, y en las flores y en la luna, y en el sol y en las estrellas. Señora, si por casualidad he cometido un error u olvido en esta sucinta enumeración de cosas bellas, tenga la amabilidad de dispensarme, pues, es muy posible que no nos encontremos en el mismo punto de vista, aunque le advierto que el mío, es el más general y común, por lo cual no dejo de congratularme.

¿Dónde compra usted sus camisas? Mis contemporáneos, señora, viven así, preguntando ingenuamente cosas ingenuas y sencillas. ¿Dónde ha llegado ese casimir y esas corbatas y esos zapatos de última moda? En honor a la verdad mis compatriotas piensan sin el mayor esfuerzo en el paseo, en el baile, en las mujeres y sobre todo en la política. Aquí es donde demuestran mejor sentido. La política es el arte de vivir del Estado y este no viene a ser en definitiva más que una Sociedad de Socorros Mutuos, una especie de Monte Pío, en el cual se reciben todo género de servicios a determinado tipo de interés, y los cuales pueden variar desde la delación hasta el acto de heroísmo más escandaloso. Y aquí todos nos adherimos al Estado, le prestamos nuestro concurso, vivimos de él, por él y con él. Al presupuesto se le dice la gran mesa del Banquete Nacional, y allí esperamos todos tener un cubierto. Esto es ideal en mi país, señora. A veces se cometen excesos, violencias, y se arman motines a mano armada, lo cual es tanto más penoso, cuanto que está probado que con simples sonrisas, genuflectones y demás pacíficos procedimientos, se llega también a ocupar los más distinguidos puestos en la gran mesa del Banquete Nacional. En este particular no admito comparaciones con otros países corrompidos, en donde creen que el Estado es cosa tan complicada como un organismo, y se han creado y se estudian esas pesadas e inútiles disciplinas, en las que hasta el sistema óseo de ese organismo ocupa toda la vida de honestos ciudadanos que a su estudio se dedican.

Señora, somos únicos en este pedazo del continente americano que atesora todos los encantos que dispuso la Madre Naturaleza.

¡Mi país, es uno de los países más bellos del mundo..! Cosa que sin mayor esfuerzo procuraré demostrarle en el curso de estas cartas que con tanto placer le escribo.



CARTA 4

Se dice y se repite; está escrito en muchas obras; lo afirman los publicistas y más de un compatriota lo cree, que antiguamente se llamó a la capital de nuestra República Atenas del Nuevo Mundo. Yo no lo doy por cierto, porque carezco de los datos auténticos suficientes para hacerme responsable de una tal afirmación. Sea lo que fuere, el historiador García nos dice que Santo Domingo fue el primer centro de cultura de la América; que en aquella ciudad se dio cita todo lo que valía y tenía alguna representación en la época colonial. Pedro Henríquez Ureña ha desenterrado no pocas glorias de las que contribuyeron a dar ese prestigio a la ciudad de los Colones; y el Dr. Gaspar Hernández, peruano muy ilustre, se hizo eco de esa fama, y en un sermón cuya copia poseo, repite más de una vez el calificativo que nos ocupa. Es cierto, innegable, que en Santo Domingo nacieron y vivieron muchos varones ilustres, de los cuales la mayor parte fueron a brillar a varios centros del continente americano. Lo que no me atrevo a asegurar a usted, señora, es la legitimidad del calificativo de Atenas del Nuevo Mundo. Pero tampoco tengo empeño en no repetirlo y, por consiguiente, pase; a mí, como a mis compatriotas, me enorgullece esa fama, aunque comprenda que hemos desmerecido de ella en los tiempos que corremos.

Continuamos hoy como ayer siendo sobresalientes y llamando la atención del mundo; pero mientras se cultivaban entonces con el provecho que dicen los historiadores, las ciencias y las letras, en estos que nos han tocado a nosotros vivir, se cultiva el valor. Y si a usted le es extraño esto, por ser persona del siglo XX, le advierto que todos los pueblos de la tierra han pasado por esa evolución, como puede verlo con lujo de detalles en la *Antropología*, de Tylor,

si lo deseara. Solamente debo hacer notar que la efectuada por nosotros es retrógrada. Hemos pasado a ser la Esparta del Nuevo Mundo, sin que por esto se haya menoscabado la gloria pasada. Andando los tiempos, la célebre Universidad de Santo Tomás de Aquino, que era el centro de mayor brillo y prestigio en la Colonia y en la América, se ha trasladado a la Fortaleza de Santo Domingo, edificio notable también, construido por no sé qué capitán general y en memorable fecha que diré a usted otro día.

La República, señora, se ha convertido en un gran Cuartel General; y la suprema aspiración, el ideal actual de mis paisanos es seguir la carrera de las armas, como en más remotos tiempos fue, según los historiadores que le he citado, el de las letras y las ciencias, tan hermosamente expresado por Cervantes. Y es que el sentido práctico está en nosotros hipertrofiado y hemos visto que, por el momento, la de las armas es la más brillante, fácil y lucrativa de todas. Aquí no hay escuelas militares; no hacen falta. Como en la célebre Esparta, los niños nacen infeccionados de militarismo y sus aptitudes bélicas son demasiado precoces. En la segunda infancia comienzan a manifestarse esas notables cualidades; y en el hogar, en la calle y hasta en las escuelas, según los últimos programas, hacen a las mil maravillas su educación militar, sin que tengan que envidiarle ni a los de Saint-Cyr, ni a los de West Point. A los doce o catorce años conocen táctica y son hábiles guerrilleros. La enseñanza se hace del modo más práctico posible. La frecuencia de los motines a mano armada les brinda ocasiones propicias para experimentar, como suele decirse corrientemente; y desde que el adolescente tuvo la fortuna de encontrarse en una escaramuza, ya está aprobado y por consiguiente, es apto para entrar en concurso. Una vez recibido el bautismo de la pólvora, se adquiere el ambicionado derecho de aspirar a entrar en el grupo de los directores de la cosa pública. Esta, en mi país, está en manos de los más famosos guerreros; ya le he dicho que vivimos en una República militar. Todo se logra en ella por las armas. El gobierno debe estar en manos de los ciudadanos más valientes y de historia militar más interesante. El pueblo dominicano, señora, siente una profunda admiración por sus hombres aguerridos. En el hogar se pasan las veladas haciendo la historia de los hechos ruidosos de armas y de sus felices

protagonistas. Las biografías de los caudillos sobresalientes se oyen con gran recogimiento, pues casi son considerados por todos como semidioses. El corazón de mis compatriotas se hincha de satisfacción cuando se les habla de escaramuzas, de emboscadas, asaltos, triunfos o derrotas. Y los niños van haciendo de este modo su educación; para la prueba no les faltará uno de esos profesionales del valor que los acoja a su lado con amor y con orgullo y les dé la tan esperada y decisiva lección práctica en la primera sabana o loma que se presente. El manejo de las armas lo conocemos todos en este singular país, que ya usted irá conociendo poco a poco. En cuanto a la táctica, especialísima, se aprende sobre el terreno, en la manigua, a medida que la ocasión se presenta.

La carrera aquí es corta. Basta que nos encontremos en dos o tres acciones para que se nos ascienda al más alto grado: el Generalato. Ahí llegamos todos. Los demás grados no tienen importancia ni significación. No es extraño pues, que estos abunden tanto en la República. ¡Y qué veneración despiertan en nosotros los que tienen la fortuna de ostentar esas prerrogativas! El pueblo, ya le he dicho, los considera como hombres extraordinarios, superiores; y los poetas cantan en no muy malos versos sus gloriosas victorias; los periodistas se disputan el honor de primacía en la confección de sus siluetas, bustos y medallones, que de eso y más son acreedores. Y puedo asegurar a usted que no se ha quedado ningún griego, romano o cartaginés notable que no haya sido exhumado con el deliberado propósito de humillarlo ante nuestros héroes sublimes que desdeñan los honores del Olimpo. Para que usted tenga idea más exacta de todo cuanto llevo dicho, busque *La retirada de los diez mil*, digo, de los *Novecientos*, obra escrita por Cestero y conocida bajo el nombre de *Una campaña*; García Hermanos se la puede facilitar.

Señora, en mi país hay que ser irremediablemente un valiente. El pueblo no sufre la intervención de los hombres pacíficos en la dirección de sus asuntos; los niños solo respetan a los generales, las mujeres no comprenden a los hombres sin historia militar. Felizmente esta es una tierra privilegiada, lo cual han dicho muchas autoridades antes que yo; y del mismo modo que enantes asombramos al Nuevo Mundo con nuestros hombres de letras, hoy lo

divertimos con nuestros guerreros. Los generales son aquí una producción espontánea de la tierra; yo no he averiguado cuáles puedan ser las condiciones de su producción; pero lo cierto es que abundan demasiado.

En la República hay generales prietos, blancos, morenos, indios; bajos o altos de estatura; adolescentes, jóvenes y viejos; analfabetos y publicistas; con barbas o sin ellas; mancos, cojos, jorobados o derechos; que hablan en voz baja o en voz alta; disputadores, prudentes, honestos, libertinos; nacionales y extranjeros; árabes y españoles sobre todo; con o sin prestigio; inocentes y criminales; con zapatos y sin ellos; de machete, de revólver, arrojados y prudentes, honrados y pícaros. En la actualidad son incalificables, los hay urbanos y rurales. Todas estas diferencias apuntadas son insignificantes, pues, por el solo hecho del grado que ostentan son capaces para cualquier servicio. En mi país, lo importante, lo indispensable, es haber hecho la carrera, haber tirado tiros, ejercer la profesión del valor aunque sea por algún tiempo; después se puede abandonar, pero ya se tiene la credencial para hacerlo todo, saberlo todo y desempeñarlo todo. ¿Se explica usted ahora por qué es tan socorrida la carrera de las armas? Los generales dan su contingente a la administración pública que no puede pasarse sin ellos, que no se puede concebir en nuestro medio sin ellos. Los generales, señora, lo invaden todo; son privilegiados.

Los generales, por otra parte, son benévolos, caritativos, educados, nobles o feroces; ásperos, inhumanitarios, sanguinarios, déspotas. Los generales comen, beben, se enamoran, visten rayadillo, fuerte azul o casimir inglés; ordinariamente usan sombrero de panamá; difícilmente se les ve en uniforme, por lo cual no se distinguen de los demás ciudadanos. Tenga mucho cuidado, bastante precaución, por esta última circunstancia. No se exponga, cuidado con las imitaciones. El general disfruta de todo en este país, sea cual fuere su condición.

Ya ve usted, señora, que ni en Esparta se vivía mejor; de haberlo sabido los contemporáneos de Leonidas, ya se hubieran dado trazas para evitar el olvido en que los tiene el mundo civilizado. ¡Pero así son las cosas! Bien es verdad que nosotros les sobrepujamos. Los niños dominicanos son capaces de los mayores

heroísmos. Asombramos a los extranjeros. En este original país, la suprema aspiración es batirse, ser valiente, disfrutar de esa fama maravillosa merced a la cual todo se nos hace fácil. La sangre nos fascina y nada nos parece más bello que una sonata de balas.

Lea usted la historia de la República. No hay palmo de tierra que no esté abonado con sangre o carne humana; no hay pedazo de monte que no se haya estremecido de placer con la algarabía de las balas. ¿Sabe usted que en Guaquía se levantó la tapa de los sesos el general Ferrand, teniente de Napoleón I?

Nada enorgullece más al dominicano como haber expuesto alguna vez la vida, haber hecho su práctica, haber probado su valor; por el contrario, nada lo disgusta y lo humilla tanto como no tener algo que referir, haber hecho una vida pacífica, tranquila.

¡Qué bravos somos, señora...! Escribiendo estas líneas me he sentido capaz de realizar cosas enormes, monumentales; me ha parecido oír tiros, estar en medio de ellos; me ha dado el olor de la pólvora y he sacado un machete, y he corrido a caballo y he visto sangre, y he sentido varias detonaciones de cañón, y el lápiz me ha parecido un fusil, y he peleado, peleado mucho. ¡Oh poder de la sangre, señora...! ¡Quién fuera general...!

La organización militar de la República no es muy complicada; pero sí es muy original. El Ejército permanente, que no pasa de un efectivo de mil hombres, en su mayoría analfabetos, está distribuido en las plazas fuertes que no pasan de tres. Viene en seguida el Ejército de ocasión que está compuesto por todos los demás ciudadanos que viven del Estado o que aspiran a formar parte de la administración pública. Y es que los dominicanos estamos suficientemente instruidos en la carrera de las armas. Estas no solo se encuentran en el arsenal sino que cada uno tiene por lo menos un revólver con treinta o más tiros; y en los campos los generales tienen sus depósitos, por lo que pudiere acontecer. La República, señora, está infestada de pertrechos de guerra desde la época de su independencia.

Ya tendré ocasión de volver a hablar a usted de todas estas cosas, aunque quizás le despierten muy escaso interés.

En cuanto a mí, no dudo que esta noche sueñe con algún general de luengo mostacho, negro como la pez, la pez de ojos fulgurantes

y nariz ramangada que, en tono acre de perdona vidas, me pida la debida cuenta por estas líneas que dejo escritas, si como lo dudo, usted comete la debilidad de hacerlas públicas. Pero como dominicano al fin, de pura cepa, con una herencia de valor notable, como puede usted ver en la historia, me tiene absolutamente sin cuidado esto de la cuenta, pues quién sabe si sería esta la ocasión de que saliera el Aníbal, el Alejandro o el Napoleón, que a veces creo tener dentro de mí como durmiendo un sueño.



CARTA 5

Señora:

En mi país llueve con bastante regularidad; y cuando es agua, se efectúa como en los demás países del globo, de arriba para abajo, porque cuando lo que llueve son balas, cosa que no es muy extraordinaria entre nosotros, el fenómeno se realiza en distintas direcciones, poniendo en peligro a las personas, hasta en el más apartado rincón de sus moradas. A menudo las lluvias son demasiado abundantes, y esta es la causa por lo que la vegetación es tan lujuriosa...

Cronológicamente somos los primeros habitantes del Nuevo Mundo de origen indoespañol y africano. A este respecto, es conveniente no olvidar que, por este origen africano, tenemos doble sangre: la de los cartagineses, si hemos de creer, y por mi parte no lo he dudado nunca, que el acucioso señor Alberti ha encontrado los vestigios de su presencia en las mencionadas cuevas de las Guácaras, y la de los negros Aradas, Socos y Paouhins, de la Costa de Oro, y de los Cotocolis, Popos y Fidas de la costa de los esclavos. De todas esas sangres nos honra sobremanera la indígena. Aquí nacieron Caonabo, Guacanagarix, Cotubanamá, Enriquillo y Anacaona. Pero aquí han nacido también don Juan Sánchez Ramírez, Núñez de Cáceres, Duarte, Sánchez, Mella, Pedro Santana y otros hombres no menos ilustres. Y es esta la oportunidad, señora, de que usted sepa, aunque ya debe haberlo adivinado, que también yo nací aquí el 26 de marzo del año 1885, y que, por lo que pueda acontecer, en este lugar lo dejo consignado.

Políticamente está dividido mi país en doce provincias de diferente extensión e importancia, según se puede ver en el mapa.

Las más pequeñas son las más ricas y prósperas, y las más grandes son pobres y atrasadas. Hay, pues, doce capitales, de cuya importancia respectiva se puede hacer una idea visitando a Santiago y a Barahona; además, hay tantas y más cuantas comunes y qué sé yo cuántos puestos cantonales. Si a usted le interesan informes a este respecto, consulte la *Geografía* del Padre Meriño, obra que le dará una gran idea de lo que es y puede ser mi país, y la cual consiga junto con los demás libros nacionales, en la librería de la Vda. García, la editora del notable Almanaque del cual le he hablado ya en otra ocasión.

Señora, creo que le he dicho suficiente para que se haga una idea de la República Dominicana. Si me dejara guiar de mi patriotismo estaría un siglo hablándole de ella; pero si atiendo a la circunstancia de que usted es una persona sumamente ocupada, me parece que con los anteriores apuntes basta por este momento.

No se ha hecho un estudio psicológico del pueblo dominicano. Hace ocho años, más o menos, yo intenté hacerlo y hasta llegué a escribir dos o tres capítulos. Mi sinceridad me obliga a declarar a usted que por exceso de ignorancia no pude continuar. Mi trabajo estaba concebido en esta forma:

1. Orígenes del pueblo dominicano;
2. Temperamento del pueblo dominicano;
3. Carácter del mismo;
4. Sus manifestaciones artísticas;
5. Sus manifestaciones científicas;
6. Sus manifestaciones religiosas;
7. Sus manifestaciones filosóficas;
8. Sus manifestaciones políticas;
9. Porvenir posible del pueblo dominicano.

Aunque este programa no es completo (me lo inspiró Feuillet, en su *Psicología de los pueblos europeos*), le dará a usted idea de la camisa enorme que me iba a echar encima. Hoy, pienso de otra manera; todo cambia, señora. Creo que la psicología de mi pueblo se escribe en dos escasas líneas, en dos líneas que yo, sin duda aunque quisiera, no puedo escribir. Ya tendré ocasión de ponerlas

en el capítulo de las confidencias que no figurará en este libro, porque tengo la intención de hacerlos pasar de mis labios a sus oídos, sin que el lápiz ni el papel intervengan, para seguridad de mi persona.

¿Quiere usted que le hable un poco de la literatura nacional? Antes de que haga la observación, le declaro que no me ocuparé de ningún literato que viva; estos juicios son peligrosos en esta tierra en donde los poetas llevan consigo revólveres, y donde todos, con excepción de su servidor y de algunos de sus amigos, casi comemos gente.

Este capítulo tendrá su ilustración en los cementerios de mi país. Quiero pasar lo más tranquilo que me sea posible los últimos días de vida que me quedan.

Muchos son los libros que se han escrito en la República; desgraciadamente son poco leídos; las ediciones han sido escasas; los escritores dominicanos figuran rara vez en nuestras bibliotecas y, para tortura de los bibliófilos, hay muchas obras sobre las cuales existen serias dudas de si fueron o no editadas alguna vez. Un dato curioso, señora, todos, o la mayoría, están en su primera edición.

Los escritores dominicanos se caracterizan por el hecho de que en su mayoría han realizado la hermosa máxima del Arte por el Arte. Hay aquí dos poetas notables, soberbios: Gastón F. Deligne y A. Pellerano Castro. Se sonríe porque sabe que estos están vivos; pero piense en que no se ofenderán por lo que de ellos acabo de decir. Con estos creo que está salvado, por menos, el honor. Y si los halla pocos, le diré que hay dos tan ilustres como ellos en el cementerio de Santo Domingo: José Joaquín Pérez y Salomé Ureña. Ahora entre el diablo y escoja; ni en los cementerios, en las calles, ni en ninguna parte, encontrará nada que valga la pena. Esta es mi opinión, y a usted, señora, se la doy monda y lironda.

¿Se ha entristecido por mis anteriores afirmaciones? ¿Le parece exagerado y aventurado este juicio? ¿Llora usted, señora? Pues voy a rectificar enseguida; yo no quiero provocar su enojo; vuelva a mirarme con la dulzura de siempre; séquese el rostro; sonría y escuche: cuando usted desee conocer las riquezas de este país, cuando quiera saber dónde están y en qué consisten, contemplar la selva virgen poblada por las armonías de las aves más bellas del

trópico, cruzar por nuestros caminos, admirar nuestros hermosos ríos, ver las sabanas extensas en las cuales pacen resignadamente los ganados, ir en devota peregrinación al Santo Cerro, a ese sitio que ha poetizado la tradición, ver el Níspero Sagrado, soñar con los infelices aborígenes; cuando de todas esas impresiones necesite su espíritu, busque a Cestero, pídale a *Por el Cibao*, y no hablemos más. Pero esto no se extiende hasta su *Ciudad Romántica*. Usted no podría leerla, por la razón sencilla que le daría mucha pena saber que murió un gallo joven, en pleno medio día, y del calor, solo del calor. ¡Cómo conozco su espíritu, señora..!

¿Por qué cambiarán los tiempos y con los tiempos las personas? Yo fui romántico, señora, en mi primera juventud. Leí a *Fior D'Aliza* a la luz de la luna, en el patio de mi casa, cerca de un frondoso laurel ya desaparecido. Lamartine me ha hecho derramar abundantes y copiosas lágrimas. Precisamente todo esto acontecía en una época en que estaba profundamente enamorado. Leía muchas poesías y muchas novelas. Me dormía con *Atala* y me levantaba con *Romeo y Julieta*; y las demás horas del día las distribuía entre *María, La Dama de las Camelias*, Bécquer y Alfredo de Musset. Mi corazón en aquella época era muy sensible porque he notado que hoy necesito hacer un gran esfuerzo para derramar una sola lágrima. Cuántas veces solía retirarme a los sitios más apartados de mi casa, lejos de la compañía de mis demás hermanos, y allí, con uno de aquellos libros en la mano, para que me sirviera de consuelo, lloraba, lloraba mi gran desventura, ¡la cual consistía las más de las veces en que se le había negado permiso a mi adorada para ir en la noche a la retreta! Planes siniestros cruzaban por mi imaginación; a más de una vieja condené a muerte cuando llegaba a poner en claro que era la causa de mi mala fortuna; y si mi memoria no me es infiel, recuerdo que una vez compré unos zapatos con guarda puntera de cobre para quitarme de encima un poderoso rival. El lenguaje de las flores, los interminables monólogos que con todas las cosas del patio sostenía, en aquellas divinas mañanas de vacaciones en que no se conocía más deporte que la caza de lagartos con lazos de cerdas; todo esto ha pasado a medida que he ido entrando en la vida; y aquellos temblores epilépticos, aquel sudor copioso que humedecía mi cuerpo a la vista de mi amor, no los he

vuelto a sentir más nunca. No escalé balcones, ni entoné trovas al pie de ventanas; me acostaba en la prima noche; pero soñaba siempre con los idilios más tiernos y bellos. No me suicidé porque no estaba escrito.

¡Oh, quién pudiera quitarme estos años que me han caído encima!, y con ellos, todas estas cosas que tengo aquí revueltas en la cabeza y todas estas otras que llevo aquí en el corazón. Señora, el amor es la última llama que se apaga en este continuo incendio de la vida en que todo perece reduciéndose a cenizas; y faltaría a la verdad, si dijera a usted que no amo todavía. ¡Ah, pero qué amor es este amor que florece tarde; es una rosa teñida en sangre, roja como la púrpura, y a la cual no abate la borrasca ni humilla el sol...! ¡Qué si amo todavía...!

Y allá van con paso lento, gallardas y majestuosas, cogidas de las manos; en lo alto las frentes de inmaculada blancura; la mirada perdida, vaga e incierta, pero intensa y llena de fosforescencias embrujadoras que arroban y fortifican el espíritu; la una austera y noble de rasgos y de gestos; la otra vaporosa y sutil, pero tangible; y aquella tentadora, joven y hermosa, en la primavera de la vida, derramando gracias por doquier.

Ya pasan, señora, descubrámonos... ¡Es la Patria, es la ciencia, es la gloria...!

De rodillas espero el éxtasis; en mi corazón siento un intenso repique de campanas.



CARTA 6

Señora:

Tengo que llenar aquí un gran vacío; vacío que no pertenece a *IDEAS*, sino, a mi alma adolorida y contrita de tanto sufrir y padecer en este largo exilio del país de la razón, del buen sentido y de la sana moral; ¡de ese bello país en donde florecen en el espíritu los sentimientos más exquisitos de la naturaleza humana! ¡Quién pudiera haber nacido en aquellos felices y dichosos tiempos por los cuales sintió un día profunda nostalgia el ilustre manchego cosmopolita que se ha naturalizado en veintidós naciones del mundo...!

Señora, con pena le declaro, solemnemente, con la austeridad de un sabio, que estoy soñando despierto, y que ese país maravilloso no existe, ¡ni ha existido nunca! ¡La razón! ¡El buen sentido! ¡La sana moral...! ¡Habrás visto una majadería más grande! Tengo para mí, señora, que la desgracia del género humano derivó de su facultad de engañar por medio del lenguaje y de su vicio de creer que ha venido al mundo a pensar! Los sabios, que son los que han dado en enredarlo todo, dijeron una vez que la Tierra era el centro del universo, y después, cuando esto no les satisfizo, declararon que ese era un error, al cual llamaron *geocéntrico*; más tarde urdieron la especie de que el centro de la creación era el hombre, por ser el artículo más curioso de todos los que por el mundo circulaban. A este se llamó enseguida el error *antropocéntrico*. ¡Ya ve usted, señora, que ni ellos mismos se entienden ni se han entendido nunca...!

Cuando yo era un muchacho, tuve la manía de visitar casi todos los domingos primeros de cada mes el manicomio. Y le confieso, señora, que por aquel entonces, nada me encantaba, distraía e interesaba más, que esta visita dominical a los locos. Era yo siempre uno de los primeros en llegar y quizás el último en retirarme de

aquel establecimiento que, uno de los dominicanos más ilustres y cuerdos, hizo construir en las famosas ruinas de San Francisco, en la capital de la República.

Lentamente, con detenimiento y un interés creciente, me iba yo pasillos adentro, deteniéndome aquí y allí, para observar a los desposeídos de razón y de juicio. Una mujer me detenía para hablarme de su desgracia: era Reina de España; se llamaba Isabel II, y estaba en aquel recinto por la intriga y la ingratitud de sus súbditos. Otra me hablaba del gran poder del Espíritu, de los Ángeles y de don Jesucristo, a quien amaba entrañablemente. Frente a una celda estuve a punto de perecer; un enajenado robusto me imprecoó, señalándome como el autor de su desdicha y casi llegué a verme dentro del radio de acción de su brazo velludo y recio. Pero nadie me interesaba más que Montalambert, el divino Montalambert, que se adueñaba desde las dos de la tarde de todos los sitios elevados, para dirigir desde allí su palabra, a todos los que tenían el honor de escucharle. Hablaba de las estrellas y del Padre Billini, del Código Civil y de la música, de la religión y de la guerra. Se paseaba a lo largo de una pared elevada, pausadamente, majestuosamente, gesticulando, haciendo ademanes, y exponiendo sus ideas sobre todos los conocimientos humanos.

Yo me detenía siempre para escucharlo. Le declaro que sentía una gran admiración por este hombre que, a ratos me parecía un loco, y a ratos el hombre más cuerdo y más sabio de la República. Había oído decir que no era un cualquiera, y que los que lo conocían, lo consideraban como uno de los dominicanos más ilustrados de su generación. Cuando yo abandonaba el manicomio no se apartaba de mí por mucho tiempo la figura de este compatriota que, por su indiscutible personalidad, llenaba el manicomio. Gozaba Montalambert de gran prestigio en San Francisco y pocos salían de allí sin estrechar su huesuda mano.

Hoy, señora, me he enterado por una lacónica necrología, publicada en un periódico de la capital, de que Gregorio Montalambert ha muerto. La noticia me ha producido una gran pesadumbre. Y he evocado la elevada pared por donde deambulaba este hombre; pared que yo me imaginaba un Capitolio levantado allí para que este compatriota, que yo consideraba un sabio, fuera

oído en todos los ámbitos de la República. El manicomio ya no existe, me dije, porque yo no podía concebir este establecimiento sin Montalambert, ni pensar en este, sin imaginarme aquel. Era en verdad un representativo.

Aquel gabán que había puesto a prueba la eficacia de los tintes, de las costuras; y por cuyas mangas desflecadas, a manera de lirios, salían unas manos descarnadas como si fueran los estambres de una flor extraña; aquellos ojos refulgentes en cuyas pupilas parecía poder encenderse un cigarrillo; y, sobre todo, aquellos cabellos largos e incultos que besaban amorosamente el cuello del gabán, amigo fiel que no lo desamparó jamás, no se apartan de mi imaginación y a ratos han llegado a obsesionarme.

Gregorio Montalambert ha muerto, pero vive, señora. Vive en mi recuerdo perennemente y tengo días en que lo veo por todas partes. Le he visto anoche en un café, hablando de política acaloradamente en unión de varios amigos; le he encontrado en la calle en más de una ocasión; he leído sus prosas originales en la prensa diaria; le he tenido por vecino; le he visto en coche, a caballo, a pie, en el baile, en los conciertos, en todas partes. ¡Le juro, señora, que no ha muerto...! ¿Cómo ha podido morir este hombre, si en todas partes encuentro las huellas de su interesante personalidad? ¿Cómo ha podido morir este ciudadano que tanto honró su raza? ¿Quién no ha visto o sentido la influencia de este personaje ilustre en todos los órdenes de la vida social de mi país? Y si le parece una ilusión mía, le aseguro que por lo menos yo le veo y le escucho, y que para mí no ha muerto...!

¿Acaso aquel político que soñó un día con hacer la República, y arma al brazo, voló a la manigua para salvar o instaurar las instituciones; acaso aquel profesor adocenado que dio un palmo de narices a Newton; acaso aquel diputado viril que luchó sin cesar por engrandecer la Patria, o aquel retórico insigne, o aquel médico eminente, o aquel matemático sublime; quizás este burgués devorado por la fiebre de la ostentación; quizás aquel humilde obrero o este otro propietario, o aquel otro autor, no pueden ser confundidos con el propio Gregorio Montalambert?

Señora, le he hablado de uno de los dominicanos más populares y conspicuos; injustamente olvidado, pero frecuentemente imitado.



CARTA 7

¿ Quiere usted que le hable de política? No sé, señora, si fue Aristóteles, quien sobre tantas cosas pensó y habló, diciendo tantos disparates como verdades, aunque de todos modos, por unos o por otras, parece que hace honor al género humano, según los historiadores más dignos de fe; Aristóteles, repito, dijo que el hombre era un *animal político*. Esta cita es, desde luego, de segundas manos. Es tan difícil ir a beber a las fuentes originales, que la mayoría de la gente se contenta con este servicio fraudulento, que ha permitido hacer algunas valiosas reputaciones, aparentemente indiscutibles. Sea lo que fuere, y dijéralo o no Aristóteles, el hombre es, con toda evidencia, un animal manifiestamente político. Es esta una de sus características. No la más sobresaliente, pero sí, después de la preeminente de reproducirse, cueste lo que costare, de una manera a veces morbosa, es la política, la que le puede seguir en importancia. Ambas características son un semillero de desastres; y por el ejercicio de estas dos singulares funciones, es por lo que el hombre puede labrar su desgracia o su felicidad, así como la de sus semejantes, o puede vivir en paz o constituir un estorbo o un peligro para la sociedad. Como ambas son cualidades instintivas, no están subordinadas por completo a los efectos de la educación. Siempre predominan con un vigor montaraz y salvaje. El hombre puede ser juzgado por estas dos cualidades que se mantienen en el espíritu como oro virgen y así persisten durante toda la vida. A la hora del amor, todo el esfuerzo de la civilización se viene abajo, todos los caracteres adquiridos desde el punto de vista moral desaparecen, y el rey de la creación, el primate máximo, con los ojos hechos ascuas, la nariz dilatada, la boca sedienta, las manos crispadas, puede acostarse encima

del frac, que lo hacía inofensivo horas antes, o echar a correr por las selvas tras la hembra predilecta y cumplir su principal destino con la fruición bestial de sus ancestros. Cuando suena esa hora, ni el diluvio universal le detiene. Puede entrar el mar o destruirlo todo un terremoto. Parece que es el instinto de Satanás o Satanás mismo. Pero la ley, es decir, su ley, se cumplirá fatalmente. Es un rayo, un huracán, un instrumento al servicio de la vida o de la muerte. Y esta sí que es una regla sin excepciones, porque todos llevamos con nosotros, más o menos disimulado, ese instrumento de perdición y de escándalo.

Pero hagamos un paréntesis. Usted puede que tenga interés en oírme hablar de esas cosas. Pero hoy, mi espíritu está bajo la influencia de los rayos ultravioletas. Y si esto no es correcto, ya que pudiera aparecer algún físico que discutiera las posibilidades de esa influencia o su naturaleza, lo cual nos llevaría muy lejos en el camino de la ciencia que, como usted sabe, se puede transitar en direcciones contrarias con igual provecho, le diré, más sencillamente, que mi espíritu está azul. Con esto basta. Otra explicación podrían dársela con lujo de detalles los *Postumistas*. Esta palabra se explica por sí sola. El Postumismo es eso y nada más que eso. Para mayor informe, vea a Moreno Jiménez, libro citado, la misma página. Me siento orgulloso de la ocasión de esta cita, pues hace días que no le hago piruetas de erudición.

Señora, he querido hablarle de política y me he salido por la tangente. Veamos eso. La política es la ciencia de hacer la felicidad de las comunidades por medio de la ley. No sé si habré metido la bola en el hoyo, pero sí creo que, de no haberlo hecho, he estado muy cerca de hacerlo. Le hablo de política con la autoridad que me confiere Aristóteles y con motivo de haberseme propuesto un cargo en la administración pública. Estas son circunstancias muy favorables al tema. Se me ha ofrecido un cargo, señora, y he quedado en dar mi asentimiento dentro de algunas horas. Son precisamente las reflexiones que he hecho a este propósito las que le estoy escribiendo ahora.

Un hombre sin un cargo público, en este país, no es un hombre completo. Un cargo público es algo indispensable para cumplir con los fines de la vida. La vida es algo, pero el cargo es casi todo.

Un hombre sin cargo público es una cosa, un artefacto, no se le toma en cuenta nunca, ni siquiera se le mira. Porque lo que es digno de admiración, de codicia y de respeto, es el cargo. No es lo mismo decir don José Severo, que decir el comisario, el prefecto. ¡Ah, esto es ya otra cosa! ¿Quién es el prefecto? ¿Dónde está el prefecto? ¿Qué le pasó al prefecto? Son cosas que interesan, pero no así las de un simple mortal. ¡Me llama el prefecto! ¡Voy donde el prefecto! ¡Lo dijo el prefecto! Esto es ya algo. Pero ser don Enrique Martínez, es tener un *calabozo con hachuela despuntada en una oreja*, es tener una señal. Los cargos de la administración pública le dan a usted personalidad. El prefecto tiene que ser así, de esta manera, porque no puede ser de otra. Así, pues, para salir del montón anónimo en este país, hay que tener un cargo, no importa cual, el asunto es que no le llamen a uno por su nombre, esto es muy vulgar y no tiene significación. No es lo mismo Don Pancho a secas, que Don Pancho el alguacil; son cosas distintas. El alguacil es una personalidad, tiene prestigio, tiene amigos, tiene representación, en una palabra, todo el mundo lo conoce. Compone algo, puede hacer algo, dar algo, perjudicar en algo, constituir un día un gran peligro, lo que no podría suceder con Don Pancho. Un cargo, pues, es algo. ¿Cómo despreciar un cargo público? ¿Cómo resistir a la tentación de dejar de ser un cualquiera?

Señora, voy a ser concejal. Voy a entrar en una nueva vida. Voy a tener amigos, voy a gozar de consideraciones y a ser tomado en cuenta. Un concejal es un hombre importante, un hombre conocido y respetado; puede dar y quitar bienestar a su antojo, llevar la felicidad o la desgracia a muchos hogares. Un concejal nunca está solo. Es algo. Un concejal es algo más que una palabra. Todo el mundo se preocupa por saber lo que piensa el concejal, a dónde va y dónde vive el concejal.

Estas son, señora, las prerrogativas de un cargo público por insignificante que sea. No se puede resistir a tanta honra y, cansado de ser nadie, a pesar de tanto esfuerzo, casi estoy resuelto a que me expidan el nombramiento. Seré concejal de todos modos. Estoy hastiado de anonimismo, de que no se me tema, de que no se me suplique, de que no se me adule, de que lo que pienso no interese a nadie, de ser, en una palabra, uno de tantos.

Todas estas razones me han inducido a aceptar el cargo. ¿No le parecen a usted de mucho peso? Todavía no he sido nombrado y ya los periódicos me han desenterrado. Se ha hecho pública estimación de mis virtudes y de mi capacidad. Ya soy yo una fuerza. O un punto de apoyo. Antes era nadie. Ahora sí que represento algo. Y ya ve usted como vamos entrando en la política sin quererlo. Porque todo eso, aunque usted no lo crea, es política. La política es eso y algo más. Entro, pues, en la legión de los hombres que no se ruborizan, con paso firme y resuelto, con la mirada hacia el porvenir, decidido a hacer la felicidad de mis compueblanos. He dicho que no se ruborizan, señora, y no puedo rectificar, desgraciadamente. Para una gran mayoría, la política no es lo que he definido más arriba: es la ciencia de los audaces, la ciencia de los cínicos, lo cual he estado a punto de creer muchas veces, debido a la rareza con que los hombres dignos son escogidos para conducir los pueblos. Pero otros afirman que, después de la filosofía, es la ciencia más importante de que pueda ocuparse el hombre, afirmación que es atribuida nada menos que al Padre de la Patria, quien habló y escribió muy poco y aún se duda que lo hiciera nunca. Pero es el caso, señora, que los hombres no se han puesto de acuerdo sobre estos puntos y dudo que se pongan algún día. Por lo menos en mi país, donde yo voy a ser concejal, es muy difícil distinguir la ciencia política de todas esas otras actividades y esos vicios tremendos de la triste personalidad humana. Los políticos constituyen una casta especial de hombres, inficionados de un egoísmo morboso, devorados por las más bajas pasiones que usted pueda imaginarse y que aman apasionadamente la Hacienda Pública. La verdadera calamidad del trópico son estos señores políticos, los mosquitos, los huracanes, el mal de Bright, y el paludismo. No podría establecer diferencias importantes entre esas calamidades.

Pero con eso y todo, señora, yo seré concejal, porque la mejor manera de defenderse de estas calamidades es inmunizarse con ellas mismas. Después de maduras reflexiones he resuelto eso definitivamente. Hay que defenderse con las mismas armas. Los mosquitos no le pican a los otros mosquitos.

Así es, señora, que he entrado desde ahora de lleno en la política. No le asombre esa determinación. Hay que ser algo.

Cualquier cosa, menos un ciudadano pacífico y respetuoso; eso sí que es grave en el trópico y hasta no deja de tener sus peligros. Los cargos públicos constituyen un medio de vida, el único medio de vida, cuando se aspira a una vida cómoda y desahogada. Es además una posición de defensa. Si no se tiene un cargo se está expuesto a muchas contingencias. Por el contrario, cuando se tiene alguno, se goza de consideraciones. ¿Qué es él? Es una pregunta que nos hacemos los dominicanos a menudo, para saber a que atenernos. Y cuando «Él» es algo, cualquier cosa, procedemos con más cautela. Porque lo que inspira respeto es el cargo, no es el individuo. Puede este ser un sinvergüenza, pero si tiene un cargo, ya está limpio de todo y se le considera y se le estima. Así son las cosas en este país, señora.



CARTA 8

Para sentirse bien hallado en estas tierras, que Dios guarde, señora, hay que ser analfabeto o, si se aprende algo, hay que ser indefectiblemente un sinvergüenza a carta cabal. No se puede vivir de otra manera. El clima no da para más. ¿Qué quiere usted? Eso es y será el destino del trópico. Hace mucho calor, calor sofocante. Pero su feracidad es indiscutiblemente extraordinaria y muy provechosa para los advenedizos y para los analfabetos. Por algo, señora, fue colocada el África en esas latitudes. Todo ha sido previsto. Tigres y bandoleros, los mosquitos, la caña de azúcar, el cocotero y la palma, son testimonio de esa feracidad. Por eso Haití ha colocado una hermosa palma en su escudo, ha hecho bien. Hay que hacer honor a lo que se tiene.

Señora, estoy orgulloso de la fertilidad de mi país. No creo, sin embargo, que esto se deba exclusivamente a la circunstancia de encontrarse enclavado en la zona tropical. Atribuirlo a esa única causa, sería una tontería. Mi país es fértil por razones que diré a usted en otro sitio y en otro tiempo. Pero lo es realmente. Aquí prospera todo y en todos los órdenes de la vida; tan exuberante es la reproducción de la bribonería como la de los plátanos. Aquí, señora, puede un compatriota plantar un solo bejuco de batata en su juventud, hacerse un hombre, tomar estado, procrear una larga familia, y todavía sus nietos comen del mismo batatar, sin contar con las contingencias de las bestias y otras plagas por el estilo, que no faltan. Eso es asombroso. Lo reconocen propios y extraños. ¡Qué tierra tan pródiga...! Y lo más notable y digno de tener en cuenta es que también se aclimatan admirablemente los productos de otras tierras y de otros climas. Usted puede ver en cada esquina bribones rubios o morenos, nacidos en cielos

grises, vivir con una frescura tal, en este trópico dominicano, que le causaría estupor. ¡Qué orgulloso me siento, señora...! Tengo la seguridad de que estos ejemplares no abandonarían mi tierra por nada de la vida. Pasado algún tiempo, ningún otro clima les convendría; por el contrario, perecerían indefectiblemente, si se les obligase a emigrar.

Señora, ¿usted no conoce el níspero, el caimito, el zapote, la célebre y celebrada guanábana, el gran mamey, la china dulce, el caimoní, la pomarosa, el mango, el aguacate, primicia de este sol que raja las piedras y de esta tierra maravillosa, que guarda los restos del Gran Almirante de la Mar Océana, aunque lo discutan dos o tres individuos a quienes ya nadie les hace caso en el mundo? Aquí no hay que trabajar, lo tenemos todo, y durante siglos hemos vivido de nuestros tesoros naturales que son numerosos. Se puede pasar la vida sin hacer el menor esfuerzo. Y conste, que así pensamos seguir, si las circunstancias no nos hacen cambiar de rumbo. Tenemos lo indispensable para ser felices; felices a nuestra manera tropical. Como vivió Caonabo y como vivió Guacanagarix, seguimos viviendo, a pesar del edificio Baquero. En las pequeñas aldeas de la costa sur se vive todavía de la pesca, de la industria del carbón vegetal y del robo. No tienen pues que envidiar los habitantes de hoy a los aborígenes de hace cuatrocientos o más años. Con caimitos, mangos y aguacates, se pasa el año; con alguna pesca cuando se vive en la costa, o con alguna caza que no falta, cuando se vive en el interior, se tiene asegurada una vida de holganza, feliz y sin nieve. ¡Oh!, señora, esta falta de nieve que no obliga a la laboriosidad, que no crea la industria, que no hace aguzar la inteligencia, que no impone el ahorro, es lo que hace tan propicia la tierra tropical para ser habitada por esta raza sensual y holgazana, que adora al sol, a ese poderoso sol, que se complace en crear los paisajes más bellos que hayan visto los ojos humanos.

Aquí no hay que trabajar. Trabajan algunos extranjeros testarudos que no tienen noción de la posición geográfica en donde se encuentran. Pero el nativo no necesita trabajar. Demasiado pródiga ha sido la naturaleza para él y, además, donde hace tanto calor no se trabaja. Por algo se inventó la hamaca. ¿No conoce

usted la hamaca? Yo ignoro su origen. No sé donde se inventó, pero puedo asegurarle que el día que se inventó, el día que el primer mortal se suspendió abandonando la tierra dura, el jergón inhospitalario, y se vió por primera vez en el aire descansando muellemente, sin molestias, como dentro de un molde, y lo que resulta más delicioso aún, lo que es inapreciable y casi divino, meciéndose, ese día fue un día memorable en las regiones tropicales, en estas ardientes regiones incomparables. Poder estar acostado, meciéndose, es decir, desafiando el calor sofocante, refrescándose por todas partes, como hace siglos lo vienen haciendo los monos, suspendidos en la copa de los árboles frondosos, de quienes sin duda ha sido tomada la idea, allá en tiempos inmemoriales, es algo inapreciable que solo se puede disfrutar aquí en estas tierras divinas, predestinadas para los advenedizos de todo el orbe. Todo esto se puede hacer sin abrigos, sin ropa si se quiere, lo cual agrega mayor voluptuosidad a esta delicia. La hamaca, señora, es un símbolo. En donde quiera que existe un haragán hay una hamaca. La hamaca es la compañera de la gente nómada. Una hamaca se tiende en todas partes; no se necesita tener hogar. Con la hamaca al hombro se está bien en todas partes. Y en ninguna latitud es más útil la hamaca que en el trópico, en este bendito trópico del aguacate y del mamey.

La primera preocupación de nuestros campesinos es la hamaca. En ella pasan la mayor parte del día, fumando o durmiendo, mientras la mujer lava en el río o la cañada, carga agua, o limpia el conuco. Cuando usted llega a cualquier casa en nuestros campos y saluda, el dueño le responde con naturalidad: *aquí bregando*, o *aquí luchando*, mientras se levanta de la hamaca, y se la ofrece como el sitio más cómodo para sentarse.

La hamaca ha inspirado a los poetas tropicales, y en una revista cubana, se publicó hace algún tiempo una poesía en su honor. Este dato no lo puedo pasar por alto.

El vientre de la tierra es inhospitalario. Allí es donde existe la mayor cantidad de calor y donde abundan los paisajes más bellos del globo; pero la vida es poco menos que imposible. Fue, sin duda, creado para producir materias primas para la industria. De ahí su fecundidad. Todo aquí es asombroso. Los bosques son

imponentes y la tierra lo produce todo con extraordinaria abundancia. Maderas preciosas, minerales y avechuchos, abundan en cantidad casi inagotable. La civilización no se puede comprender sin el trópico. ¿No ha pensado usted, señora, en lo que le debe el mundo civilizado al caucho? Con este ejemplo es bastante. Es un laboratorio en el cual la química hace prodigios todos los días. ¿Y la caña de azúcar? Esto sí que es extraordinario. Todos los llanos del sur de la República están materialmente cubiertos de esta gramínea. Las dos terceras partes de nuestra exportación corresponden a la caña de azúcar. Estas factorías importantísimas, como todos los negocios en grande escala de este país, pertenecen a los *místeres*, a los blancos, como suele decirse. Nosotros nos limitamos a cobrar los impuestos y nos honramos sobremano sentándonos, alguna que otra vez, en sus mesas opulentas, cuando se necesita rebajar u obtener alguna ley protectora de la industria, para lo cual nos prestamos admirablemente. Nunca hemos tenido ninguna participación en esas empresas, establecidas aquí desde los tiempos coloniales, ni siquiera para cortar las cañas en tiempo de cosecha, pues esta faena la realizan braceros importados de las islas de Barlovento. Porque el trópico es así. Muy rico, pero estas riquezas tienen que ser explotadas invariablemente por los extranjeros. Los nativos somos demasiado pobres en todo género de recursos. Como si fuéramos monos nos contentamos con el solo derecho de disponer de las frutas exclusivamente. A veces ni siquiera reconocemos nuestros propios productos. Una caja de bombones de chocolate nos encanta, y una rueda de automóviles nos hunde en muy hondas reflexiones. ¿Qué quiere usted? Así ha sido dispuesto y hay que conformarse. Hace tanto calor en nuestro clima que debemos tener los sesos derretidos. Los fisiólogos afirman que el hígado no funciona bien en el trópico, que la célula hepática no rinde aquí su labor normal, debido a la temperatura. ¿Le pasará igual a las células cerebrales? Esto merece ser averiguado, porque causa asombro ver cómo pensamos los hombres a quienes nos ha tocado vivir en estas latitudes. Es un caso digno de estudio. Parece que no pensamos como los demás hombres. Es una despreocupación, una indolencia, una imprevisión casi patológica. Una irritación

nerviosa, una inconsistencia que ya muchos consideran típicas. El hombre tropical, sea por efecto del calor sofocante, o por las enfermedades que no son pocas, es una variedad humana especial. Turbulento y haragán, casi no sirve para nada. En ocasiones es un verdadero estorbo. Y es además, un cofre de vicios. Bailar, jugar y emborracharse y robar son sus cualidades características. Es un hombre primitivo todavía. Vive distanciado de toda idea elevada. Entregado a pasiones muy bajas. Dotado de una incomprensión rudimentaria, parece tener una idea muy insignificante del valor de la vida. Nada le entusiasma, ni nada le estimula. Solo vive para el amor y para la ratería. Tiene muchas características del mono, su compatriota más distinguido. Su falta de patriotismo es notoria. Por lo menos, de ese patriotismo que no consiste en la defensa instintiva del solar nativo, que este no le falta ni a las tribus más salvajes del globo. Me refiero al patriotismo que consiste en crearle una personalidad a la Patria por todos los medios que puede poner en acción la capacidad bien orientada. De este patriotismo no tiene nada. Y del otro, solo es evidente, cuanto se trata de arrojar del territorio a los haitianos, nuestros simpáticos vecinos, que han tenido, por lo menos, el honor de producir a Toussaint Louverture, negro casi genial.

Señora, mi espíritu está grave hoy. Todas las reflexiones que hago son trascendentales. Mi frente está llena de pliegues. Mi mirada está turbia. Todo lo que pienso me hace tomar un aspecto tan serio, que estoy sintiendo miedo de mí mismo. Quiero dejar la pluma. Nada me parece bello, nada me parece hermoso. No hace calor. Ha llovido a cántaros. El aire está húmedo. Tampoco me siento muy dispuesto a soltar esos pensamientos. Temo entristecerla demasiado. Ya ve usted que el corazón humano es igual en todos los climas. Aquí en el trópico, donde ríe siempre la naturaleza, donde nunca se deja de ver el sol, donde la ignorancia y los paisajes rivalizan en grandeza, también se puede estar triste. El dolor se siente por igual en todos los espíritus. Es un sentimiento fundamental del alma humana, que es igual en todas partes. Hay días en que nada nos satisface y sentimos la carga de la vida más pesada que nunca. No podríamos precisar lo que ambicionamos, pero sabemos que no estamos conformes con lo

que nos rodea. Quisiéramos sustraernos al ambiente. Apartarnos de todo y acercarnos más a nosotros mismos. ¿Comprende usted? Hay un día negro. Día de inconformidad. Eso es todo. Inconformidad. No estamos de acuerdo con nada. ¡Pero basta! Los días así, debemos vivir para nosotros y hoy estaré solo, solo conmigo mismo. No le escribiré más porque no quiero ponerla pesimista. No se puede vivir sin una esperanza, sin un consuelo. Cuando se pierde el ideal, estamos muertos...



CARTA 9

Señora:

La vida, es decir, mi vida, me pertenece en propiedad. Es mía, completamente mía, y puedo hacer de ella el uso que mejor me convenga. Puedo disfrutar de ella según mis gustos, mis conveniencias, y mis inclinaciones. Mi vida no puede ser modelada ni reglamentada de acuerdo con los principios ni las normas ajenas. Debo, pues, atenerme a los dictados de mi corazón y a los imperativos de mi espíritu. Solo yo voy a vivir mi vida. ¿Cómo pueden pretender los otros, las otras vidas, que yo viva la mía de acuerdo con sus ideas y sus pretensiones? ¿No le parece a usted una locura? Mi vida no puede tener más norma que la que mi conciencia le pueda trazar. Ni puede tener otro fin que el que mis aspiraciones le puedan señalar. Puedo hacer de ella el uso que mejor me convenga. Puedo proporcionarle todas las satisfacciones que se me antojen, y debo defenderla de todas las contingencias que se le presenten. Mientras disfrute de ella, solo a mí atañen, solo a mí pertenecen igualmente, sus placeres y sus dolores. Nadie comparte conmigo sus sinsabores, sus penalidades ni sus alegrías.

Soy tan dueño de mi vida como de mi dolor. La soberanía que debo ejercer sobre mi vida es inalienable, intransferible, es absoluta. Yo soy yo y no puedo ser lo que son los otros. Los otros son ellos. Y allá ellos con sus respectivas cargas, que se las arreglen como mejor puedan hacerlo. Yo soy lo que he querido ser y lo que las circunstancias me han permitido realizar. Y esas circunstancias les son completamente desconocidas a ellos. Yo soy quien las reconozco y pondero, de acuerdo con las características de mi espíritu, que es la esencia de mi vida. Ellos no pueden vivir mi vida, como yo no puedo vivir la de ellos. No pueden apreciar mis

circunstancias como yo no puedo apreciar las de ellos. Somos cosas distintas. No me pueden juzgar. Mi conciencia es absolutamente soberana. Que no pierdan ellos su tiempo queriendo ajustar las vidas ajenas a sus puntos de vista y que vivan las suyas como puedan, o como se lo permitan sus circunstancias. Nadie debe ni puede juzgar a nadie. Los actos de la vida son un producto de varios factores, que a menudo son desconocidos de todos los que no son el sujeto que actúa. Y no pueden estos actos ser juzgados aisladamente. Un acto en sí no significa nada. Por lo regular son más importantes las causas que los han motivado; y esas causas son individuales, están dentro y en el ambiente del mismo sujeto que realiza el acto que pretendemos juzgar. Nadie puede colocarse en la posición de otro. Todo esto es tan personal, tan intransmisible, tan inalienable como la vida misma. Haga cada quien lo que crea más conveniente para defender, proteger y conservar su vida. Úsela como le venga en ganas. O como se lo permita ella misma. La ley fundamental de la vida, es su conservación. Y la vida se conserva protegiéndola en su doble aspecto físico y espiritual. Las medidas de protección que toma el espíritu, son a veces desconocidas e inexplicables. Porque solo el espíritu es el que puede juzgar lo que es perjudicial y esto no se ve, no se constata, no se registra, como es posible a veces hacer con las contingencias que se presentan en la vida física. Las lesiones físicas se pueden evidenciar, mientras que las lesiones del espíritu escapan siempre a la observación de los demás. Yo solo siento mi dolor, yo solo sufro y aquilato lo que entorpece la conservación y el bienestar de mi espíritu.

No se puede hacer una división de la vida. La vida es lo físico y lo moral, y esto no se puede separar completamente. Ni tampoco funcionan estas partes independientemente. Por consiguiente, la vida, mi vida es mi cuerpo y mi espíritu. Y mi espíritu, es mi conciencia, mi carácter, mi temperamento y mis actos, que me son propios, exclusivos. Yo soy yo. ¿Usted me ha comprendido, señora? Estas filosofías vienen al caso. Las he traído para decirle que no puedo ser de otra manera, que pierden su tiempo los que se puedan empeñar en que no sea así; y que son unos estúpidos, cuantos pretendan juzgar los actos que yo realizo, desde el punto

de vista de sus vidas de ellos, que no son la mía, que no pueden serla. ¿Comprende usted? Cada quien debe vivir la suya. Yo seguiré viviendo la mía, que es mi cuerpo, mi carácter, y mi conciencia, dentro de las circunstancias que se me presenten. No sé si usted quedará edificada, pero si no lo está, porque estas filosofías no están muy claras, le diré por vía de resumen, que entiendo, que cada quien debe ser como es, y a los demás no les debe importar un comino. ¿Está bien dicho, señora?

¡La filosofía, señora, es una ciencia terrible! Una araña con las patas entintadas deambulando sobre una cuartilla podrá trazar cosas perfectamente inteligibles, pero a un filósofo le será esto imposible. La filosofía, es la ciencia de la oscuridad, es la ciencia de las contradicciones. Es una ciencia de locos, que hasta ahora no ha puesto nada en claro. La filosofía no se puede definir de otra manera sino diciendo que es la filosofía, porque nada se le parece. Cuando usted no comprenda nada, ni explique nada, está haciendo filosofía, aunque no lo crea, ni se dé cuenta de ello. El filósofo lo sabe todo y no sabe nada. Esto es lo más curioso de esta ciencia. Para el filósofo no hay nada oculto, nada inexplicable; pero todo es desconocido e inexplicable. Los fenómenos pueden ser de esta manera, pero pueden ser de otra, sin ningún inconveniente. Cuando usted quiera saber la razón de las cosas, estudie filosofía; y cuando usted quiera ignorarlo todo, también debe estudiarla. Es un caos esta ciencia, la más difícil de todas, y la más fácil, porque termina por no averiguar nada, ni contener nada. Donde menos conocimientos se pueden encontrar es en la filosofía; y es precisamente donde más conocimientos hay. Esto es muy divertido, parece un contrasentido, pero no lo es. La filosofía es la ciencia de las ciencias. Los límites de la filosofía son igualmente oscuros. Pero cuando usted no se dé cuenta de lo que piense, cuando usted empiece a hablar, o a escribir disparates, cuando intente explicarlo todo, encontrar la verdad de las cosas, de los hechos, que son la realidad de la vida, la vida misma, y quiera pasar a la razón de los mismos, a sus causas; cuando usted comience a no entenderse, se contradiga, haga suposiciones descabelladas o infantiles, cuando usted crea que se está volviendo loca, está haciendo filosofía. Ya ha entrado en plena ciencia. Y puede decir

o escribir entonces, todo lo que se le ocurra, que ese es precisamente el método por el cual los filósofos investigan la verdad. Yo procedo así, y precisamente, creo que más arriba he hecho hoy mucha filosofía. Discurrí sobre la vida y llegó un momento, que usted advertiría, en que no sabía lo que estaba diciendo, me enredé, me perdí en medio de una telaraña de disparates y no sabía cómo salir del paso, por lo cual creo que estaba haciendo filosofía, lo que me ha tranquilizado un poco. Hoy ha sido, pues, el día de la filosofía. El día de Platón, señora, que ha sido uno de los más grandes filósofos que ha tenido la humanidad. Como él, solo se pueden contar hasta dos o tres. Los filósofos no abundan mucho. La filosofía no es una industria, es la ciencia del espíritu humano, porque el espíritu humano es el que quiere averiguarlo todo. La filosofía es el espíritu mismo. Y como quiera que este ha variado muy poco en el transcurso de los siglos, en cuanto a su capacidad de indagar la naturaleza de las cosas, por eso la filosofía no ha cambiado mucho. Se hace hoy filosofía como se hacía hace veinte o treinta siglos. Los filósofos contemporáneos son primitivos, y los filósofos primitivos son contemporáneos. No sé si usted me ha comprendido. El hombre, en cuanto a la filosofía se refiere, está hoy a la misma altura que estuvo Adán. Es decir, que sabe lo mismo. La idea fundamental no ha variado en lo más mínimo. Las causas primeras, son las causas primeras en todos los sistemas y en todos los tiempos. No hemos avanzado gran cosa en el conocimiento de esas causas. A la pregunta de, quién hizo el mundo, Adán y yo podríamos responder del mismo modo. ¿Comprende usted? Estamos, pues, de acuerdo todos los hombres, que somos los que hacemos filosofía, en que no sabemos nada de esto. Cuando usted trate de adivinar lo que piensa un pájaro, lo que significa una roca, lo que es la luz, o la razón de la vida, la filosofía se ha apoderado de usted, y se encuentra desde ese momento en el dominio de la ciencia pura. ¿Me comprende?

Así es la filosofía. Pensar de otra manera sería una locura.



CARTA 10

Estoy profundamente indignado, señora! Un extranjero insolente ha tenido la audacia de hablar mal de mi país, en mi presencia. Nos ha insultado. Nos ha detractado. ¿Cómo he podido soportar eso sin cometer una violencia? ¡No lo sé! Hay circunstancias en la vida inexplicables. Yo, que amo mi país entrañablemente, he pasado por el dolor de tener que oír a un extranjero, ¡a un extranjero!, señora, que son los que llevan una vida más regalada en mi país, decir cosas estupendas, que no quiero repetir a usted, y que me han avergonzado. ¡Estoy profundamente indignado! ¡Qué penoso y qué triste es todo esto...!

¡Hablar de mi país! ¡Ultrajar mi país! ¡Desacreditar mi país! ¡Un extranjero! Un extranjero, quizás de esos insignificantes que vienen aquí en tercera clase, con lo de encima, en alpargatas, sin más capital que su ambición, sin más aporte que su hambre profunda, decididos a cualquier cosa, dispuestos a morir, o a vencer a cualquier precio, a ahogarse, a que los destruce una máquina, a coger una carreta, a vender helados, a hacer de mozos de cuerda, a sembrar yucas, a fregar platos, a hacer maromas, a amolar tijeras, a barrer calles, a lo que sea, a lo que encuentre, hasta a cavar su sepultura, lo mismo da, porque la vida los ha agarrotado de tal modo, que un rayo, un pistoletazo o un accidente, serían su mayor fortuna, su única felicidad. Porque todo sería preferible a regresar sin un centavo.

¡Ah, señora, esto no tiene nombre! Después que estos extranjeros han pasado la angustia, que no les ha dado paludismo, que han comido, que han dormido, que se han repuesto, que han triunfado de la vida, que se aquietó su espíritu, que vencieron el hambre, que lograron un hogar y un nombre, y fortuna y todo; y más de lo

que su ambición les exigiera, que se les mencione, se les conozca, se les busque, se les considere y que concurran a todas partes; emplear su tiempo en detractarnos, motejarnos y ridiculizarnos, es algo más que ser un descarado, un indigno, un mal agradecido. ¿No le parece a usted, señora?

Y he pasado por el dolor de oír lo que ha dicho este extranjero de mi pobre país. ¡Por cuántos dolores pasa uno en la vida! No sé cómo estoy vivo. Debí haberlo estrangulado, haberlo hecho desaparecer. ¡Ingrato, deslenguado...!

¡Las cosas que ha dicho ese hombre! Que somos unos insignificantes, sin preparación ni capacidad para nada. Que nuestra ineptitud es asombrosa. Que no sabemos trabajar. Que somos unos pendencieros. ¡Ah, esto es insoportable! La República no vale nada. Cuatro o cinco aldehuelas sucias, sin agua, polvorientas y sofocantes, y sesenta o más caseríos cuyos habitantes viven de un conuquito, de una vaca o de dos o tres chivos, cuando no del prójimo. Que todo el comercio está en esas aldehuelas en poder de los españoles, alemanes, árabes y chinos. ¡No sé cómo he podido oír esto, señora! Que Macorís tiene sus negocios en manos de los americanos y de dos o tres españoles como únicos importadores; que las tiendas de provisiones y los restaurantes pertenecen a los chinos y las de mercancías son de los árabes. En fin, que todo el comercio y las industrias están controladas en este país por los extranjeros.

—Ya ve osté, decía, abriendo su boca atrevida, ya ve osté. El nativo arrastra carretillas, carga los barcos en el muelle, es cochero o vendedor de dulces, hace, en una palabra, lo que yo venía a hacer a este país. Ya ve osté, no puede ser más extraña esta situación. Son unos ineptos, unos estúpidos. No saben hacer nada. Tienen un país y es para otros. Son los peones, los jornaleros. No sirven más que para esto o para jefes. O son presidentes o botan basuras. Nosotros somos los verdaderos dueños del país. Así es en la misma capital, Santiago, Puerto Plata. Son árabes, alemanes, o españoles, o chinos, o italianos, los dueños de todo. El hijo del país no es nadie. Y no lo gobernamos, porque es lo único que se nos impide; sin embargo lo gobernamos indirectamente, pues hacemos los gobiernos, favoreciendo al grupo que nos

convenga. Esa es la República, por más que se diga y se escriba. En todos los caseríos, el que vende provisiones y compra los frutos del país, o es árabe, o es chino, o es español. En todas las ciudades los personajes más importantes, con excepción de los políticos, tienen nombres extranjeros. Los personajes destacados son el chino Yen Yen, Mr. Christian, o Nayif Calabaf.

¡No sé cómo estoy vivo, señora! Esto es extraordinario. Haber oído yo tantas cosas, tan tremendas, y no haber podido matarlo para que no lo repitiera más. ¡Qué indignado estoy...!

–Estos dominicanos, continuó, no son más que unos insignificantes. Y lo peor es, que no son felices sino en nuestra compañía. No quieren hacer negocios más que con nosotros; solo nuestros artículos les gustan; se tienen odio unos con otros. Si en una ciudad hay dos restaurantes, prefieren el del chino. No conciben bueno sino lo que hacemos los extranjeros. Es un caso curioso el de este país. Los extranjeros gozamos de toda clase de privilegios. Se nos invita a todas partes sin averiguar quiénes somos. Y aunque nos hayan conocido humildes e insignificantes, aunque nos hayan visto hacer los oficios más bajos, pronto se olvidan de todo eso. Nuestra compañía los honra. Para nosotros son los cumplidos y las atenciones. Esta es una tierra maravillosa. Ser extranjero en Santo Domingo es serlo todo, estar en todo, disfrutar de todo, poderlo todo. Nuestra influencia es considerable. En los bailes las jóvenes no quieren bailar sino con nosotros, y los campesinos nos prefieren siempre en sus negocios. Ellos solo se ocupan de política. Es lo único que nos prohíben y esto, hasta cierto punto. Muchos ayuntamientos están compuestos por nosotros. Hasta tesoreros municipales tenemos. Y generales, porque después que pasa algún tiempo, se olvidan hasta de donde hemos venido. En todas las provincias tenemos los mejores negocios y gozamos de las mayores consideraciones. Los hijos del país, no hacen nada, o viven de la política o barren las calles. Y no se preocupan por esto. No les importa. No están preparados para nada. Abandonan los negocios lucrativos por los empleos. Los empleos son su ilusión, su sueño dorado. Un nombramiento los enloquece. Por ser algo, cualquier cosa, dan la vida. Cuando están formando parte del gobierno viven una vida de dilapidación y de placeres; cuando

están *abajo*, cuando han sido despedidos, por algún cambio de administración, no se ocupan de otra cosa, esperando el momento de volver al poder. Son unos haraganes. Y no consideran esto como una deshonra, por el contrario, se sienten orgullosos. Siempre hay en Santo Domingo un grupo de desocupados en el parque, en los cafés, en las calles, que solo se ocupan de hablar mal de los que están empleados y del gobierno. Van de aquí para allí, corretean por las carreteras, charlan en los clubes, secretean, amenazan, escriben en los periódicos, lanzan propaganda, pero no trabajan, no hacen absolutamente nada, son de la *oposición*; esta es una condición honrosa; ser de la oposición es ser un vago, un pendenciero o vivir del prójimo, tener un saco verde, unos zapatos viejos, un sombrero amarillo, un cuello sucio y despacharse de lo lindo en cualquier sitio contra los que están viviendo del presupuesto. Cuando se está en la oposición, solo se lee el periódico que está contra el gobierno, se vive en la calle todo el día, se habla mucho, demasiado, hasta por las mangas de la camisa, *de los otros*. Los de la oposición inspiran respeto, están ejerciendo su derecho. Y los que están bien, *arriba*, los miran con desprecio o con simpatía, eso depende de las circunstancias. Se les considera como perros rabiosos en ocasiones, y nadie se les acerca; otras veces, cuando están fuertes, mantienen contacto con ellos por lo que pudiere suceder. Ser de la oposición, para los que están *arriba*, es ser un hablador, un intrigante, o un hombre *íntegro*, y se le guardan consideraciones por su firmeza, por su obstinación en no hacer nada, en permanecer en su puesto de honor, sin venderse, hasta que la situación no cambie. A veces sucede lo contrario, y los ciudadanos de la oposición tienen su precio. Se les ofrecen prebendas, según su condición, y entran a disfrutar del presupuesto. Porque en todo esto no hay una idea, una convicción. Están en la oposición, cuando no se les da un empleo, y la abandonan tan pronto como se les atiende, de acuerdo con sus aspiraciones. La oposición es una actitud de defensa o una posición de ataque. Van a ella por necesidad, cuando se les despide, cuando se les echa del poder, o por conveniencia, cuando quieren que se les llame. La oposición siempre produce algo. Desde ella amenazan, piden, suplican. Pero hay quienes nunca salen de ella,

por inútiles, por inservibles o por rabiosos empedernidos; y esos viven siempre en la oposición o de la oposición misma. Dentro de ella está su negocio. Los tales, son opositores por toda la vida, para vivir del prójimo. Porque en la oposición se puede vivir muy bien o muy mal, depende de la habilidad del sujeto. A veces, la oposición produce mucho, tanto como el presupuesto. En la oposición se puede permanecer pobre o hambriento, por temporadas, o por toda la vida, o enriquecerse fabulosamente. Eso depende de cómo se maneje y de quién la maneje. ¡Las cosas de este país no están escritas...! La oposición vive en la calle, en las plazas públicas, en los cafés, en los clubes. Tiene sitios predilectos. Así en el parque Colón, en Santo Domingo, tiene bancos que son exclusivamente para su uso. El parque Duarte, en San Pedro de Macorís, también los tiene. Hay hoteles, fondas, cafetines, para uso de la oposición. Porque los dos bandos se respetan, se temen, a veces se odian. La oposición es muy madrugadora, se levanta temprano. Como sus miembros no trabajan, por lo regular, salen a la calle en las primeras horas de la mañana, para comenzar a ejercer sus funciones. Esto es visto con la mayor naturalidad por todos. El cochero, el limpiabotas, dicen, al ver los grupos con su indumentaria característica, la mirada hostil, el gesto amenazador, cuchicheando: *esos son de la oposición*. En esto pasan el día y parte de la noche. Acabando con el gobierno. Esa es la consigna. No se les puede hablar de otras ocupaciones que no sea la política. Perder un empleo del gobierno y dedicarse a otro trabajo es considerado como denigrante en este país. No hay más que dos medios dignos de ganarse la vida: o empleados del gobierno o en la oposición. El dominicano no entiende de otra cosa. El comercio es para el extranjero, y la industria también, porque no pueden ser políticos. Esa es la verdadera condición de Santo Domingo. Y mientras, nos aprovechamos de esto, y aunque el país es pobre, los extranjeros podemos hacer regulares fortunas que nos permiten llevar una vida holgada aquí o en nuestro país. ¡No he visto gente más torpe en el mundo, que estos dominicanos...!

Señora, no sé qué decirle. Cuando llegué a mi casa ya no me sentía tan indignado. A poco que reflexioné me he dado cuenta, y a usted solamente se lo digo, de que después de todo, este

extranjero ha dicho la verdad y no puedo castigarlo. No puedo ocultar el sol con un dedo. Somos así. A pesar de nuestra inteligencia, tan decantada, somos unos ineptos. No tenemos concepto de nada. Nos hemos independizado, pero continuamos siendo una colonia. Por idiosincrasia no hallamos bueno sino lo que nos viene de fuera. Adoramos a los extranjeros que nos explotan de una manera sistemática, sin que nos demos cuenta de ello, o sin que nos importe. El este de la República, casi en su totalidad, pertenece a compañías norteamericanas; el sur, no vale nada. Solo en el Cibao se conserva la propiedad territorial hasta ahora. Es un estado de cosas bochornoso el que existe en este país. No puedo, pues, rebelarme contra quien lo diga, porque es la pura verdad.

Pero basta ya de consideraciones político-sociales. No entiendo de esto. La mañana está encantadora. Es domingo. Tengo poco qué hacer hoy. Pienso en usted y en ella. ¡Qué ojos, señora, qué ojos tan bellos! Ella es mi encanto, mi dulce obsesión. Yo sí que no podría concebir la vida sin ella. ¡Qué política! Ella es mi única política, no está ni abajo ni arriba nunca. Siempre en su sitio: mi corazón. Es un líder de prestigio eterno. ¿Líder he dicho? ¡Ah!, señora, no puedo seguir adelante sin detenerme a hablarle de estos tipos, la última novedad en la política dominicana. Este nombre es importado, pero se ha adaptado rápida y maravillosamente en este país encantador. Los generales están de baja. Abundan menos que en otras épocas de las cuales le he hablado a usted extensamente. Ahora son los líderes los que abundan. Todo lo que se ha dicho de los generales se le puede aplicar a los líderes, solamente que estos son personajes civiles. Los líderes no son militares, no se han formado en los campos de batalla. Son productos de las luchas cívicas. Cada común tiene un líder. Es el árbitro de la situación; y no son valientes, son prestantes, prestigiosos, importantes, distinguidos y no sé qué otros calificativos se les da. A pesar de ser civiles, usan revólver, eso no importa. La política es muy peligrosa. Y los líderes son señores de horca y cuchillo. Hacen y deshacen en sus comunes y regiones respectivas. Para recoger favores de la administración, hay que estar cerca del líder, ver al líder, acompañar al líder; en una palabra, estar con él. El tal líder es, la mayoría de las veces, un

sinvergüenza de marca mayor. Ofreciendo empleos, hablando mentiras, haciendo favores, metiéndose en todas partes, enfrentándose a la oposición, a los del banco del parque, logra rodearse de un grupo que le sigue, le adula, le protege a veces y le crea una aureola de poder, que él, a su vez, explota con el líder máximo, que es el árbitro de la República. Ya usted ve, señora, que cada vez les estamos resultando más interesantes. Muchas gentes creen que solo el tabaco dominicano, la miel de abejas, la cera, los cueros salados, el maíz son las únicas cosas importantes del país, y están muy equivocados. Tengo para mí que, además de los líderes en primer término, esos seres tan pintorescos, y tan interesantes, que mientras más de cerca se observan más asombro nos causan, las ruinas de don Diego Colón, los restos del Almirante, los Tres Ojos de Agua y las salinas de Puerto Hermoso son las cosas más dignas de atraer la atención extraña. Porque los líderes dominicanos son verdaderamente singulares. Vale la pena de venir a verlos aquí en su campo de acción. ¡Qué divertidos! ¡Qué deliciosos! Puestos en una jaula causarían la admiración del mundo. No se los quiero describir; me da vergüenza, señora. El líder dominicano es un muñeco descarado, que ha perdido toda noción de respeto a los demás, embustero, chismoso, embaucador, pícaro, hipócrita, cobarde, ignorante, audaz, ladrón, sensual y vengativo. Ya se explicará usted por qué causa los he comparado con las mayores calamidades del trópico. No he exagerado.

Ya a los que pudieran seguir creyendo que son los frutos tropicales que se cultivan en Santo Domingo, lo más interesante que hay en la isla, les diré que tampoco hay tal. Cuando le he dicho que no servimos para nada, se lo he dicho sin hacer exclusiones.

Nuestros productos naturales son de la más mala calidad que usted pueda imaginarse. El cacao es malo y se prepara peor; el maíz es malo y se importa así; el tabaco también es de mala calidad; la miel de abejas sucia, los cueros podridos; el café, con raras excepciones, es igualmente malo. Puede suceder que el producto mismo no sea tan malo; pero lo que sí es cierto, es que la mayoría de las veces está mal seleccionado, mal cultivado y mal preparado. Y en no pocas ocasiones, adulterado. Aquí se le colocan piedras a la cera para que pese más, se le ponen

a los sacos de maíz, a los de cacao. Casi todo se adultera. El campesino dominicano se complace en engañar a los compradores. Cuando vende naranjas, da a probar las dulces primero, las tiene apartadas, y luego, al venderlas, las mezcla. No puede renunciar al engaño, a vender solo las dulces, sin duda, porque tiene de las dos, y no se resigna a comprender que las otras no se venden. Nadie le obliga ni le aconseja hacer lo contrario. Es pícaro por naturaleza. Todas las medidas que usa son incompletas. Es un tipo especial. Desconfía de todo el mundo, y a todo el mundo trata de engañar. No sabe leer, pero sabe engañar. Con esos cimientos, ya usted puede considerar qué edificio se podrá construir. ¡El que tenemos! dirá usted sonreída, y es así. Ya se ve dónde está la raíz del mal. Es por eso por lo que una ola de descrédito nos envuelve siempre. Somos así.

Aquí no tiene valor nada. La propiedad privada no vale nada. Si yo le relato a usted cómo han adquirido sus tierras las compañías azucareras, se moriría de asombro. Esto solo sucede en Santo Domingo, la tierra predestinada para estas cosas. ¡Qué trópico tan pródigo...! Esta relación sería un asunto muy largo. Por ahí ha circulado un folleto, que se lo disputan dos autores, en el cual usted puede estudiar el origen de la propiedad territorial. No sé si es completo. No lo he leído.

Los políticos, los notarios y la guardia han enriquecido a muchos extranjeros. Porque ya usted sabe, que no nos duele que otros hagan fortuna, con tal de que nos dejen gobernar. Ese es nuestro oficio, mandar, cobrar impuestos y gozar de la vida. Para eso contamos con las piñas, que son muy dulces, con las naranjas, y con nuestras mujeres, que tienen todo el calor del trópico en el corazón. Con eso tenemos. ¿Podemos ambicionar más? ¿Si somos los seres más felices del mundo! No nos falta nada. La isla no es muy grande, pero cabemos holgadamente, y para nuestras escasas necesidades, nos sobra y nos basta. La República está despoblada y eso nos ayuda mucho. Nos hace más fácil la vida. A no ser por la tuberculosis, la sífilis, la buba, la filaria y el paludismo y otras cuantas pestes más, que nos diezman despiadadamente, ningún país del mundo sería más dichoso que el nuestro.

Pero no vaya usted a creer que todo es así. Ya le he dicho de lo mucho, bueno, útil e interesante que tiene mi país. Y todavía falta más. ¿No sabe usted que tiene petróleo? ¡Ah!, tenemos una capa de petróleo inmensa, inagotable. Ya se han perforado algunos pozos en Azua, pero las máquinas eran tan malas, que apenas se obtuvieron muestras. ¡Y qué muestras...! El petróleo dominicano es el mejor petróleo del mundo. Estamos esperando ahora una compañía seria que venga a explotarlo. Y nos disponemos para ir a llenarles las latas y hacerles otras cosas por el estilo, para lo cual estamos admirablemente preparados, si es que nos prefieren a los haitianos, ya que estas compañías los consideran mejores que nosotros, lo cual es una injusticia. Por lo menos las compañías azucareras lo creen así. Ni siquiera en sus oficinas tienen cabida los dominicanos. Dicen que son políticos y que no tienen conocimientos suficientes para esa clase de trabajo. Importan puertorriqueños, porque ya ellos los han enseñado. Pero, si no nos quieren para lo de las latas, les vigilaremos las propiedades, seremos policías de la Petrolera, para lo cual no podrán decir que no servimos. Porque esta sí que es una de nuestras buenas cualidades. De todos modos, tendrán que pagar impuestos y de eso viviremos. Cuando no sean suficientes, se los recargaremos. Le pondremos una 190. De algo hay que vivir. Para que el gobierno marche, necesita dinero; y estas compañías, ya que los batateros no pueden hacerlo, tendrán que darlo. Ya estableceremos allí algunos líderes que se encargarán de arreglarlo todo. Tenemos muchas esperanzas en este petróleo, porque aunque abundan otros minerales, tales como el cobre de San Cristóbal, los mármoles de Guamira, el ámbar de Gurabo, no aparecen todavía compañías serias que vengan a explotarlos. La misma abundancia de nuestras riquezas nos perjudica enormemente, porque a veces no se sabe cuál explotar primero. A esto obedece que las compañías vacilen para establecerse en el país. Además, parece que le tienen un gran miedo a los mosquitos. ¡Qué cobardes...!

Señora, ¿no ha probado usted el dulce de guayaba, los roquetes higüeyanos, las hojaldras cibaeñas y las panelas sancristobalenses? Usted no sabe de cosas deliciosas. ¿No ha tomado un vaso de

agua del Yaque? ¿No conoce el dulce de leche banilejo? ¿No ha tomado un refresco de tamarindo al filo de medio día, ni un vaso de agua de coco? Si usted no conoce estas delicadezas, no ha vivido, permítame que se lo diga con el debido respeto. No sabe de cosas buenas. ¿No le han ofrecido un vaso de *prú* o de *mabi*? Todo eso que le he nombrado son artículos de fama universal; constituyen el orgullo y el encanto de la vida tropical. En Broadway, y en los grandes *boulevares*, estas cosas producirían asombro si se pudieran obtener allí todos los días. ¿No sabe usted que el ex Secretario de Estado de los EE.UU. de Norteamérica, nada menos que el conocido Mr. y honorable Philander C. Knox, rehusó en este país una copa de espumante champán y pidió un poco de agua de coco, en un brindis? Esto es consagrador y altamente honroso, como usted comprenderá. Un pedazo de dulce de guayaba con un pedacito de queso criollo, después de la comida, harían la felicidad de cualquier mortal allá, señora, allá, en el corazón del mismísimo París. Y ese placer no lo puede tener el hombre civilizado todos los días. Y, sin embargo, lo tenemos nosotros. ¡Qué afortunados somos...! Y como ese tenemos otros privilegios más, que solo el trópico, este trópico incomparable, puede ofrecer; y quizás solo Santo Domingo, mi patria, señora, que adoro tanto, y por la cual sufro tanto, lo que usted no se puede imaginar, porque la llevo siempre junto a mi corazón, que tan buen deseo tiene para ella, a pesar de todo, sí señora, a pesar de todo...



CARTA II

Señora:

Desde muy pequeño he oído decir que este país es extraordinario, que aquí suceden las cosas más imprevistas con la mayor frecuencia. Nada, pues, nos puede causar sorpresa. Ni lo más extravagante ni lo más inaudito. Los acontecimientos no pueden ser previstos con el grado de probabilidad que en otras partes del globo. Se suele decir a menudo: *cosas de Santo Domingo, que no están escritas*; y así es en efecto. No solamente en el orden moral se hace evidente esta falta de armonía sino que es igualmente frecuente en el orden físico. Es un estado de cosas tropical, eminentemente tropical.

A la mañana más bella, más luminosa de cielo más azul y transparente, puede seguir un atardecer sombrío, triste y trágico. Después de haber brillado el sol por algunas horas y haber disfrutado de una temperatura ideal, de momento, inesperadamente, súbitamente, empieza a soplar un viento regular del Noroeste, que se va acentuando poco a poco durante el curso del día. Más tarde, el sol desaparece detrás de enormes nubes densas y grises, que van rápidamente cubriendo y haciendo menos visible el cielo azul que hacía el encanto de la mañana. Cae una ligera y persistente lluvia. El viento aumenta su velocidad gradualmente durante las últimas horas de la tarde, y ya en la noche, se oye un bramido continuo, grave o agudo, que todos aquí en el trópico antillano hemos sentido. Contra lo esperado, por lo hermoso y bello del amanecer, se ha desencadenado un ciclón, un ciclón tropical, algo espantoso que siembra en el espíritu las más crueles angustias. ¿No ha visto usted, señora, un ciclón tropical? Esto es sencillamente, desolador, horrible. Es un espectáculo imponente, majestuoso,

sublime, si usted quiere. Un viento formidable, como si las iras de un Dios todopoderoso, pagano, se desataran sobre nuestra miseria, grita, silva, ladra, por todas partes. Parece el bramido ensordecedor de un monstruo gigantesco que, desesperado y colérico, se ha propuesto destruir y exterminar lo que encuentra a su paso, sembrando desolación y espanto por doquier. Es un soplo de muerte que escalofría los huesos. Una amonestación suprema. Una reconvención solemne. En medio de una noche negra como la hulla, solo se oye este rugido tétrico, y de vez en cuando, gritos de auxilio de gente que se ha quedado a la intemperie y corren despavoridos en pos de algún refugio. Los árboles, asombrados, pegan sus copas a la tierra, son despiadadamente abatidos por completo, mutilados o arrancados y transportados a largas distancias. La palma y el cocotero, los patriarcas del trópico, se inclinan sumisos ante la cólera del viento impiadoso que destecha las viviendas, las inclina, las desploma, con una violencia solo comparable a la del ciclón mismo.

La lluvia cae insistentemente con soberbia, con ira, sobre todas las cosas; se desbordan los ríos, se destruyen las plantaciones, se inundan las ciudades; la tierra se raja, el agua corre por todas partes como si quisiera completar la obra que, con placer satánico, realiza el viento. El mar se monta en cólera, se agita con furia inusitada, se encrespa, parece una cadena de montañas. Está gris, turbio, y ruga como una fiera hambrienta. Es la hora en que vuelca su soberbia, es la hora en que manifiesta su gran poder para hacer el mal, para burlarse de los hombres, para cantar a la gloria y a la omnipotencia de la naturaleza. Es su hora, para imponerse, para hacerse admirar y temer, para abatir el orgullo humano. ¡Cuán miserables nos sentimos ante tanta grandeza...!

Es un espectáculo imponente, impresionante, que no se olvida nunca después que se ha visto una vez. Es un conato de Juicio Final. Cuando se presencia este fenómeno se siente la impresión de que no va a quedar nada; de que todo terminará definitivamente. El miedo y el terror campean por todas partes. Y el pobre habitante del trópico, que tanto sufre y padece, pasa algunas de sus horas más amargas en la vida, porque no solo corre un gran peligro, sino que a menudo pierde todo lo que tiene: su hogar y

su fortuna. Esto es horrible, señora. Un ciclón tropical es digno de verse. Es un gesto sublime, y a veces, expresión de la justicia divina. ¿No ha oído usted hablar del Memphis? ¡Ah, señora, cuántas cosas me faltan por decirle todavía...!

Un ciclón tropical es digno de admirarse. Y aquí, en mi país, son frecuentes. No voy a hablarle de lo que dicen los meteorólogos sobre este interesante fenómeno. Nada de esto. Me limitaré a decirle que nos encontramos en su trayectoria; y si más amplios informes le son indispensables, remítase al capitán Arvelo, nuestra más alta autoridad en estos asuntos, y si todavía quiere usted penetrar en la naturaleza del ciclón, puedo recomendarle al observador Robiou, ciudadano de la Vega Real, quien es autor de una teoría de los ciclones que está por comprobar, pero que, cuando se compruebe, reafirmará nuestro prestigio. Cuando se vive en el trópico, o se viaja por él, no se debe perder de vista la posibilidad de que se desencadene uno de estos fenómenos, que son de las más tremendas calamidades de estos climas.

Los ciclones solo pueden ser comparados con las revoluciones. Estas son los otros ciclones que por aquí sufrimos. No tienen la grandeza de aquellos, pero por su frecuencia, por los daños que a veces ocasionan, y por lo inesperado de su aparición, se les pueden comparar. Por lo demás carecen de importancia. Pero, ¿sabe usted lo que es una revolución? Ya le he dicho que los ciclones a veces no se pueden prever, que como la mayoría de las cosas de estas latitudes, son así, inesperadas, contra toda previsión. Los ciclones pueden ocurrir los días más bellos. Y las revoluciones también el día más tranquilo. Nosotros, sin embargo, podemos anunciar, a menudo, unos y otras. ¡Para algo debe servir la experiencia! ¡Si es que llegamos a tener alguna en la vida!

¡Una revolución! ¡Ah, señora, esto es digno de saberse! A los dominicanos, que tememos a los ciclones, nos encantan las revoluciones. Es algo que nos hace falta; está en nuestra sangre. ¡Ser revolucionario: esto es encantador! Nadie experimenta en el mundo mayor placer que el dominicano cuando se le dice al oído esta palabra mágica: ¡Revolución! Es que revolución es una novedad, un paréntesis, en esta vida tropical, monótona, con solo calor y mosquitos. Es una pincelada pintoresca. Es un intermedio

tragicómico en la vulgaridad de esta vida tan insignificante. La revolución nos alegra el espíritu, nos da la nota de color. La revolución nos brinda ocupación, nos distrae, nos hace olvidar nuestras miserias. Pone en nuestro espíritu la esperanza, a veces tan solo un consuelo. Sin revolución no podríamos vivir. ¿De qué ocuparnos entonces? Hay que sazonar la vida, agitarla un poco. Sacudir la modorra que nos agobia. Esto solo se consigue con una revolución. Por eso, la mañana más inesperada, despertamos con la sonrisa en los labios, con alegría en el espíritu. ¡Hay revolución...! Todos los rostros están satisfechos. Porque la revolución a todos les trae algo. Bienestar en el hogar, entretenimiento, ocupación, esparcimiento. A veces es todo lo contrario, pero no siempre. Cuando el lado trágico se extrema, entonces se sufre un poco, pero esto no impide que nos sintamos alegres. En lo menos que pensamos es en las víctimas, que nunca son por fortuna numerosas.

Señora, ¡ha estallado una revolución! No se asombre. Cuatro, doce holgazanes, o media docena de desordenados profesionales, apoyados por media docena de comerciantes en desgracia, o de empleados públicos cesantes, han amenazado la ciudad. Tienen poco o ningún armamento. Pero tienen boca. Las más fantásticas propagandas se han lanzado para preparar y ayudar este movimiento. Centenares de hombres, miles de cartuchos, apoyo del gobierno de Cuba, complicidad de Washington, muchos generales importantes y prestigiosos comprometidos, suficientes voluntarios, amigos y simpatizadores de la causa, que es de orden, de honradez y de libertad. Gran alarma. Aprestos militares del partido en el poder. Se ocupan posiciones estratégicas. Cornetas, muchas cornetas. Noches lúgubres y grimosas. Gran pánico. Algunos tiros. La revolución avanza. Un muerto. Se han ocupado algunas capitales de provincia. Un herido. Renuncias a la política de líderes decepcionados. Prisiones, muchas prisiones. Un serio motín en una plaza pública. Dos tiros. Gran alarma. El gobierno está caído. Se habla de capitulaciones. Más propagandas. Todo ha terminado. La docena de desocupados entrarán tranquilamente en la ciudad. Ya llegan. Son diez o treinta. No más de un centenar. Seis Remington, treinta revólveres, doce cuchillos, algunos garrotes. Una divisa; cornetas y vivas a los caudillos que han triunfado.

Alegría y tristeza. Muchos ciudadanos confían en las reformas, otros no. Habrá cambios en la administración, reparto de empleos. Los unos tendrán bienestar, después de haber sufrido muchas privaciones; los otros han caído en desgracia y sufrirán esas privaciones, después de haber vivido una vida cómoda y placentera. Esa es la vida, es decir, la política. No siempre sucede así. Ha habido incendios y un centenar de muertos. Se han tomado caseríos a sangre y fuego. Se han pasado días de zozobra. Noches horribles. Se han hecho millares de disparos. Ha habido escenas de bandolerismo puro. Algunos episodios heroicos. Como los ciclones, las revoluciones no siempre tienen la misma intensidad. Los soldados son de lo más pintoresco que se pueda imaginar. No llevan uniforme. En su mayoría son campesinos, a menudo descalzos, dirigidos por jefes que visten *kaki* y lucen polainas. Es un conjunto encantador. Están en la revolución porque han tenido que acompañar a su compadre o porque se les ha ofrecido un buen empleo, o algún *flú* con su correspondiente par de zapatos, o porque toda la vida han sido *bolos* o *coludos*. No todos están conformes. A veces no se les ha cumplido el ofrecimiento en dinero o en especies. Estos protestan muchas veces, pasándose a las filas del gobierno. Si son líderes, rompen sus compromisos con una carta de texto conocido, que les crea una posición ventajosa; y si ocupan sitios preeminentes, pronuncian discursos, o dan a la publicidad manifiestos en que hacen, más o menos patéticamente, el historial de su cambio de opiniones. Estos documentos son muy leídos y comentados. La literatura política dominicana es muy curiosa. Hemos inventado una fraseología altisonante y hueca para encubrir nuestras sinvergüencerías, que nos hace sumamente interesantes y dignos de estudio. Somos divertidos, muy divertidos. La revolución puede triunfar en algunos días, pero se puede prolongar algunos meses. Por lo regular triunfa siempre. Estalla cuando el gobierno está ya desacreditado, cuando es impotente, cuando no tiene dinero para nada, y por lo regular, contribuyen a organizarla, los mismos elementos que forman parte del gobierno, porque aquí no hay principios, ni programas, ni nada. La política es solamente para ganarse la vida. ¡Qué vamos a hacer...!

En este país, señora, las revoluciones no se pueden contar. La paz no se concibe y el dominicano se pregunta con frecuencia, hasta cuándo durará *esto*. Esto, es la paz, la falta de protestas armadas para cambiar la cosa y darle oportunidad a los otros, a los que están *abajo*. Todas las revoluciones han sido en nombre de la libertad y de las reformas, pero estas no llegan nunca. Es un estribillo. Los dominicanos no tienen absolutamente concepto de estas cosas. Este país no tiene todavía, y algunos afirman que no tendrá nunca, educación cívica suficiente para vivir una vida de libertad y honestidad. Aquí se juega a gobierno. No tenemos ciudadanos. Las dos terceras partes de la población está constituida por campesinos completamente ignorantes, cuya mentalidad no ha avanzado gran cosa desde la conquista. La otra tercera parte está formada por hombres de mediocre ilustración y corrompidos, que adolecen de las taras que nos legó la escoria de los conquistadores y la de otras razas inferiores. No hay, pues, elementos para establecer un régimen político avanzado de acuerdo con la hora de progreso que vive el mundo. Después de la independencia, se ha debido hacer una campaña para enseñar al pueblo, para elevar su nivel intelectual, para homogenizarlo, desde el punto de vista etnológico. Esta campaña fundamental está por hacer. Una cruzada por la instrucción, una guerra sin cuartel al analfabetismo ha debido hacerse sistemáticamente. Pero se ha hecho lo contrario. Se ha dejado al pueblo en la más crasa ignorancia, sin duda, con el propósito criminal de explotarlo, de manejarlo libremente.

Algunos piensan que esto se ha hecho por incapacidad de los mismos directores, que no tienen concepto claro de sus deberes políticos, ni altura en sus sentimientos patrióticos.

Aquí, señora, no hay quien tenga una visión completa ni perfecta de lo que se debe hacer por la República. Priva una incapacidad extraordinaria. Nadie está preparado para nada. Y si no interviene una influencia extraña y nos pone una camisa de fuerza, solo la selección natural podrá, con los siglos, crear una unidad étnica capaz de asumir los deberes y las obligaciones de una comunidad civilizada.



CARTA 12

Señora:

Tengo que hacerle hoy declaraciones trascendentales. En París, yo he estado en París, y he regresado callado, sin haber celebrado entrevistas, sin haber revelado el motivo de mi viaje, ni tampoco lo que hice allí, porque, contrariamente a lo que hacen la mayoría de mis compatriotas, que han tenido la fortuna de conocer la capital de Francia, he tenido siempre el orgullo de considerarme un producto genuinamente autóctono, sin influencias extrañas, un representativo de mi raza, de mi época y de mi patria; en París, y en el Hospital San Luis, un interno –quizás algún profesor célebre, porque no conocí allí a nadie cuyo nombre me honrara por el mero hecho de citarlo, aun cuando debí, con toda seguridad, estar en contacto con algunos sabios, sin saberlo; porque esto no entraba en mis cálculos, por lo cual recibiría, sin duda, mayor beneficio, puesto que así podría aprovecharme más la enseñanza anónima, sin prejuicios–; en París, repito, un interno solía llamarme *Monsieur Santo Domingo*. Y todas las mañanas, en el Laboratorio, recibía la misma salutación: ¿cómo está usted, *Monsieur Santo Domingo*? Parece que este *Monsieur la France*, pongo por caso, me encontraba muy representativo, muy típico, de mi raza y de mi lejano país antillano. Al menos, esto me suponía yo, lo que no me disgustaba. Pero, en ocasiones, pensaba, que mi amigo estaba equivocado completamente, porque yo, de ninguna manera, soy un verdadero representativo de mi país. No soy el dominicano cien por cien, como se dice ahora. Soy representativo quizás, en cuanto a raza se refiere. Digo quizás, porque, para muchos compatriotas, somos un pueblo de raza blanca, aun cuando la mayoría somos mulatos. La razón de esto debe encontrarse en el hecho de que descendemos de

los españoles, y al independizarnos de Haití, debimos haber tenido en cuenta este honroso origen, lo que ignoran muchos extranjeros, desgraciadamente. Tengo un ochenta por ciento de blanco, soy un mestizo de tres cuartos de sangre, es decir, más blanco que negro, por lo cual puedo desarmar un reloj, bregar con tornillos y máquinas complicadas, entender un plano, trabajar con la electricidad, industria blanca por excelencia, sentarme en un inodoro, comer avena con leche fría, y hacer otras cosas por el estilo que, indiscutiblemente, solo pueden hacerlas bien hechas los blancos puros. Y por eso en New York me he sentido como en mi propia casa.

Pero lo que usted no sabe es que yo no siento desprecio por la raza negra, y que me siento orgulloso de la parte que tengo de esta sangre. El negro tiene excelentes cualidades, que el blanco se empeña en negar obstinadamente. El negro no está en el mundo solo para afrentar la humanidad. Mis mejores cualidades se las debo a esa raza vigorosa, o por lo menos, me han venido por esa vía. El filón negro que yo poseo lo he recibido por mi madre; y este es el momento de hablar a usted de mi genealogía. Mi padre, era blanco puro, buen mozo, y un excelente hombre, dotado de muy notables cualidades: honrado, de corazón generoso y muy trabajador. Era un hombre sin gran inteligencia, pero con estimables prendas físicas y morales. Mi padre, por la raza, no tenía nada que envidiarle a *Monsieur la France*, que ignoraba, sin duda, que por esta razón era muy corta la distancia que nos separaba. Por la línea de mi padre, todo es honroso. Tuve un tío, el Dr. Elías Rodríguez, que fue Obispo de Flaviópolis, hombre de ciencia, sobre cuya vida y obras estoy pidiendo datos al historiador Alemar, también mi pariente, para dárselos a usted en otra ocasión. Mi apellido vino a América, probablemente, con Vicente Alvarado de Moscoso, teniente de Pizarro. Hubo una cantante notable española que llevaba ese apellido: Carmen Moscoso. Estos datos no son completos ni definitivos. Aquí, en Santo Domingo, figuró el Dr. Juan Vicente Moscoso, que no dejó descendencia. Hombre docto y honorable, según las crónicas. Fue presidente de la Audiencia de Santo Domingo. Y durante su ejercicio se conoció del célebre proceso de las Vírgenes de Galindo. Mi abuela paterna fue doña Mercedes Rodríguez, hermana del Obispo,

ya citado, sin más datos, porque no los tengo. Mi padre fue hijo de Juan Moscoso, pintor, y de Mercedes Rodríguez, y tuvo dos hermanas y un hermano, fallecido hace algunos años, Francisco Moscoso. Mi tatarabuelo, fue pintor y escultor; también lo fueron mi padre y dos de mis abuelos. La mayoría fue gente mediocre, con excepción de los citados, pero gente buena y completamente blanca, absolutamente blanca. Parece que la vocación familiar era la pintura. Mi abuelo talló una imagen para la iglesia de Jarabacoa, que creo que todavía existe en ese Santuario. De ahí sin duda arranca mi afición por las artes, que se ha quedado dormida, no sé si por fortuna o por desgracia. Mi padre, siendo joven, tomó parte en la guerra de la Independencia. Figuró en la acción de Santomé, de la cual me solía referir con frecuencia los incidentes más interesantes. Fue abanderado y citado en la orden del día, según testimonio de Juan de la Cruz Rondón, Jacinto Gatón y Joaquín Montolío. Tenía el grado de Comandante. Me enorgullece pensar, que mi padre solo se alistara cuando los dominicanos tomaban las armas por nobles y elevadas causas.

Ya conoce usted todo el honor que me corresponde por vía de mi padre; en cuanto al que haya podido recibir por parte de mi madre, no lo estimo en menos. Casi todos mis parientes maternos pertenecen a la raza negra, y esta no tiene historia. Por esa parte, mi ascendencia se remonta a San Cristóbal. Son poco conocidos. No han dejado nada escrito, ni se comunicaron con nadie. El padre de mi madre era un ingeniero francés. Mi madre era, pues, media sangre, pero mis tíos eran puros. Solo conocí uno que se llamaba Genaro Puello, un negro alto, bien puesto, elegante, y al decir de los que le trataron, buena persona, sin que pueda dar más detalles, pues los negros no tienen historia ni biógrafos, a menos que sean un Toussaint Louverture. Porque el orgullo de los blancos no tiene límites. Un hermano de mi madre, Manuel de Regla, a más de ser una excelente persona, fue un valiente, y mereció las más distinguidas consideraciones del general Francisco Gregorio Billini, quien fue presidente de la República, y de otras personas no menos notables que hacían de él los más encendidos elogios. Luchó durante seis años, bajo las órdenes del general Cabral, en la Línea Noroeste, contra la tiranía del presidente Báez.

Su cabeza fue pagada a alto precio por el gobierno y, en circunstancias excepcionales, fue asesinado cobardemente.

Mi madre nació y pasó su juventud en Baní, una de las aldeas más pintorescas de la República. Mi madre nos dio a algunos su color, pero a todos, nos dio su inteligencia, que era extraordinaria. Era buena, trabajadora, caritativa y amante de la instrucción. Lo que hemos sido se lo debemos en gran parte a ella. Quiero que esto se sepa; porque siento placer al hacer este honor a mi progenitora. Dentro de algunas generaciones, el apellido volverá a ser llevado por blancos y se olvidará este cruzamiento que nos ha dado origen. Por mi parte, no dejaré descendientes, y si los hubiera dejado, apenas si podrían ser identificados por las trazas negras que les hubieran correspondido.

Soy, pues, dominicano cien por cien, pero esto es en cuanto a raza. En lo que me he desviado un poco es en los demás caracteres, que a mi juicio, integran la personalidad del dominicano. No sé cuáles puedan ser las causas que hayan dado origen a este fenómeno, pero es el caso que, yo, por ejemplo, nunca he jugado billetes de lotería, lo cual es un hecho inexplicable, toda vez que el verdadero dominicano, deja de comer para comprar un décimo de billete. Se puede hacer un registro de cualquier dominicano que pase por el parque Colón, y con seguridad, lleva algunos décimos de billete en el bolsillo. Esto es característico. Y con su billete de lotería, su revólver, que es la otra prenda que no le puede faltar. Un dominicano sin armas, no se puede concebir. El primer dinero que gana un dominicano es para comprar su arma, ya sea un revólver, o un puñal o un *siete clavos*; el asunto es, que no puede estar desarmado. En estos últimos tiempos, en que los revólveres no se pueden conseguir con facilidad, se procuran escopetas. Vienen después, el caballo y la silla de montar, para lo cual se hacen muchos sacrificios, pero que tampoco se puede dejar de tener. El dominicano rural está completo cuando posee estas cosas; lo demás, no tiene para él gran importancia. Trabaja cuando tenga necesidad de reunir un dinerito, para casarse, para jugar, o para poner en la pata de un gallo, porque este tampoco le debe faltar en ningún tiempo. El alcohol no le gusta mucho, pero sí el baile. El baile es el acto social por excelencia en el campo y en la ciudad.

La política, las revoluciones, las armas, los billetes de lotería, el baile, un caballo y un buen gallo, son los amores del dominicano cien por cien. Es inteligente, pero holgazán, pendenciero, imprevisor, generoso y cortés, valiente en ocasiones, ignorante siempre.

El dominicano urbano, sabe leer y escribir, por lo menos; no tiene iniciativas y es también haragán; por lo regular, no tiene grandes aspiraciones, puede alcanzar una mediana ilustración, puede ser un ignorante, pero le gusta la lotería, las armas y la política. La indolencia, la imprevisión, y la falta de amor al trabajo, son características generales para unos y otros.

Hay una razón biológica para explicar estos hechos. El mestizaje puede producir alguna vez la exaltación de algunos de los caracteres de las razas que se unen, pero, por lo regular, el producto es inferior. Este hecho se comprueba en Santo Domingo. De las razas puras que aquí se encuentran han salido muy pocos hombres superiores. La razón es, o parece ser, esta: los blancos de Santo Domingo, que han contribuido a la formación de las últimas generaciones, eran blancos descastados, inferiores, en su mayor parte, porque los blancos que sobresalían en la colonia por su ilustración, su estirpe o su posición económica, emigraron en todas las épocas, debido a las contingencias que sufrían en el país; quedaron pues, los que no representaban ningún valor, y estos, en número muy reducido, tuvieron que avenirse a las circunstancias y vegetar conjuntamente con los negros, que de por sí no daban nada. La mezcla de estas razas ha dado origen al mestizo dominicano, que es un tipo inferior, por lo regular, en el cual se encuentran las características de la raza blanca y de la negra frecuentemente neutralizadas. Santo Domingo es el país del globo en que mejor se puede hacer un estudio del valor del mestizaje.

Que el mestizo es muchas veces superior, es cosa que tampoco puede negarse y de observación consuetudinaria en este país. La mayoría de los hombres que, de un modo u otro, se han distinguido en la República, son mestizos. Pero de aquí no se colige que el mestizo sea superior siempre. Antes al contrario, es inferior a las dos razas que lo han formado, y cuando, por ejemplo, la piel blanquea, el cerebro se oscurece y el espíritu se empobrece, o sucede lo contrario. De todos modos, este mestizaje ha perjudicado de

una manera considerable a este país. Constituido en su mayoría, por este tipo de hombres, las características sociales, políticas y económicas de la República, se explican instantáneamente. Solo después que esta raza se homogenice, es cuando se puede esperar el establecimiento de caracteres específicos que permitan una evolución social y política más regular, y más armoniosa.

No ha habido quien haya pensado en este problema, o haya planteado y haya tratado de buscarle solución. El desarrollo del pueblo dominicano se ha dejado al acaso, cuando se ha debido tratar de mejorar la condición racial del país, máxime cuando todos, absolutamente todos, tenemos la misma aspiración. Los dominicanos, en cuanto a este problema se refiere, estamos todos de acuerdo. Hemos conservado la devoción por nuestro origen y eso ha debido aprovecharse convenientemente, inteligentemente, en beneficio de nuestros propios intereses nacionales.

Pero nunca aquí se ha pensado seriamente en los problemas vitales del pueblo dominicano. Como le he dicho en varias ocasiones, la más profunda desorientación ha primado en nuestras actividades político-sociales. Al día siguiente de la independencia, nos encontramos como aquel joven inexperto e ignorante, sin educación, que de pronto hereda una fortuna, que no sabe estimar ni utilizar, y que la dilapida, en dádivas, negocios ruinosos, cuando no, se deja robar, y en la miseria después, es incapaz de reconstruirla, debido a su notoria ineptitud. Nada es más perjudicial en la vida de los individuos, como en la de los pueblos, que la ignorancia.

Nuestras revoluciones, calificadas a menudo, y muy justamente, de motines, de desórdenes, con excepción de la guerra de la independencia, no han tenido ideales, no se han realizado con el propósito de conquistar beneficios políticos o sociales, no han marcado etapas en el desenvolvimiento progresivo del pueblo, no han tenido ninguna significación, no han respondido a un empeño de defender o instituir principios. Se han realizado, por lo regular, para satisfacer intereses mezquinos, para establecer el predominio de algunos grupos audaces, para realizar operaciones comerciales con el erario público, como medio de vida, en un pueblo hambriento, sin fuentes de trabajo de ninguna especie. Y los gobiernos que han surgido de estas revoluciones, formados

en su mayoría por hombres improvisados, casi siempre ineptos, no han hecho otra cosa que sostenerse a costa de los pocos que trabajan, dedicados a otras actividades, en su mayoría extranjeros, por medio de un sistema rutinario e irritante de impuestos. Si se dice que el pueblo dominicano ha vivido hasta ahora a expensas del comercio y las pocas industrias establecidas en el país, no se exagera. Bastaría consultar la estadística, para ver inmediatamente, que el producto de la actividad de nuestro pueblo, no es equivalente ni a la tercera parte de lo que producen las industrias extranjeras, aquí establecidas, de las cuales somos parásitos. Esto revela la más evidente incapacidad del pueblo dominicano. No somos un pueblo trabajador. Nuestras actividades, en el campo de la agricultura, son escasas, casi insignificantes; y las que desplegamos en el comercio igualmente insignificantes. En materia de agricultura, no hemos pasado de cultivar algunos frutos del país, que no bastan para nuestra propia subsistencia, tal como se hacía hace cuatrocientos años, y de explotar, en pequeña escala, y en malas condiciones, algunos productos de exportación. Los dominicanos no poseemos haciendas rurales importantes, dignas de tomarse en consideración. Ningún dominicano explota ni administra extensas fincas agrícolas. Y esto no es por falta de capital, como decimos a veces, para justificarnos, sino por falta de capacidad. Las grandes explotaciones, en todas partes, van creciendo progresivamente, pero este crecimiento se realiza, no porque el capital de que se dispone sea siempre proporcional a la explotación, sino porque cuentan con la capacidad del agricultor, con la cooperación de buenos gobiernos, por medio de una legislación sabia, hecha deliberadamente para proteger el fomento de los capitales nacionales, y para favorecer su incremento por todos medios apropiados. Aquí, por el contrario, solo se han favorecido siempre los intereses de las explotaciones extranjeras, que han crecido más por las ventajas, garantías y facilidades que les hemos dado, unido a la capacidad de sus administradores, que por la cuantía del capital inicial con el cual se han formado. Esa misma incapacidad nos ha llevado a solo ejercer, siempre en forma rudimentaria, y casi exclusivamente, la pequeña agricultura, la de conucos y potreros, el pequeño comercio, la pulpería, y

la pequeña industria, la fábrica de chocolate y de harina de maíz. Todo en pequeña escala, debido a la falta de iniciativa y preparación individual, y de protección por parte de una buena administración pública. En estas condiciones, no debe asombrar a nadie, que se hable tanto de nuestra incapacidad, y que se diga que somos un pueblo que vive a expensas de las actividades desarrolladas en él por los extranjeros. Esa es la verdad desnuda. Con más facilidad dictamos una ley que favorezca una industria extranjera que a una nacional. Lo cual pone de manifiesto una imprevisión más que notoria, criminal. La razón de esto se encuentra seguramente, en el hecho de que vemos un peligro en el encumbramiento y en la prosperidad del capital nativo, debido a nuestras pasiones africanas, al predominio de los grupos de políticos profesionales, cuyos medios de vida solo están asegurados, con el desempeño de cargos públicos lujosamente retribuidos. Un egoísmo estúpido nos hace creer inofensivos los capitales extranjeros, con los cuales pensamos poder contar más bien como aliados que como enemigos. De ahí el fenómeno asombroso, de que nos sea indiferente su prosperidad, y de que no favorezcamos la iniciativa ni el capital nativo. El hecho de que el capital nativo pueda ser nuestro adversario algún día, nos hace que le neguemos toda clase de ayuda y protección. De donde se concluye, en esta verdad dolorosa, pero evidente, que el dominicano es el enemigo más poderoso que tiene el dominicano.

Toda obra extranjera encuentra en este país tantas facilidades como entorpecimiento encuentran las nacionales. Para el extranjero están abiertos todos los caminos. Pero yo no creo que esto sea hecho por mala fe exclusivamente, esto se hace por incapacidad. El extranjero, por su parte, se aprovecha y abusa de ese estado de cosas. Viene al país enterado de todo esto. Se establece, después de haber obtenido con asombrosa facilidad toda clase de franquicias. A lo mejor, se vale de algún dominicano influyente, del *Mulato necesario* que, a manera de cuña, le abre las puertas del favor oficial. Establece una compañía con apariencia de nacional en la que el mismo *Mulato necesario* figura con el cargo de Vicepresidente u otro, y en pocos años, se hace dueña de un gran sector de la actividad nacional, exterminando, arruinando y

postergando al infeliz nativo, que paga a ese precio su ignorancia insuperable.

Y cosa curiosa: mientras los pequeños negocios de nativos y algunos extranjeros, se establecen bajo denominaciones exóticas, para inspirar confianza en el público, y acreditar sus productos, las grandes compañías, los grandes pulpos, llevan nombres castellanos, para cubrir las apariencias y no inspirar temor ni desconfianza, así como para proteger contra toda crítica, la actuación de sus cómplices nativos, que de este modo sirven los intereses del país, por lo menos aparentemente. Detrás de las compañías dominicanas está encubierto el capital extranjero, para proteger sus procedimientos, a veces no muy honestos, y detrás de las compañías en apariencia extranjeras, está el modesto capital dominicano. Así, por ejemplo, cuando se lee *Dominican Trading*, o *Dominican Shoes*, o *Dominican Ice Cream*, se trata de pequeños capitales dominicanos que se protegen, para gozar de algún respeto y adquirir la confianza del nativo; y por el contrario, cuando se lee *Santo Domingo Industrial*, *Compañía Eléctrica de Santo Domingo*, *Compañía Azucarera Dominicana*, *C. por A.*, *Compañía Agrícola Dominicana*, es el capital extranjero disfrazado para realizar su obra de exterminio, para esquilmar al pobre país, para facilitar la obra de sus cómplices nativos, para no levantar suspicacias.

Porque la psicología del mulato dominicano es especial. Ya le he hablado, señora, de ella en otro sitio. Puedo agregar aquí, que tiene muy triste concepto de sí mismo. Parece que todavía no se ha podido desprender de las taras que en su espíritu ha dejado la esclavitud y el coloniaje. Cien años no parecen bastante, por lo que en mi país ocurre, para haber depurado a mis compatriotas de ese estado mental de inferioridad, de esa conciencia de incapacidad que forma en los hombres la falta de ejercicio de su libertad. El dominicano no tiene iniciativas propias, no se cree apto para nada, y ve con la mayor indiferencia, y respeta y admira, la actividad desplegada por los extranjeros, a quienes considera, por el solo hecho de serlo, superiores a él. Este hecho se puede comprobar conversando con cualquier dominicano representativo en cualquier cabecera de provincia. Por lo regular, no está enterado

de nada que sea fundamental para el progreso de su país, ignora sus problemas más vitales, desconoce el mecanismo, el alcance y la importancia de muchos hechos que atañen a la vida de la nación, no tiene idea acerca de su porvenir. Él mismo no puede definir sus propósitos. Por lo regular, declara que no encuentra en qué ocuparse. Apenas si tiene dos o tres ideas generales sobre la verdadera situación del país. A menudo habla con una desorientación que causa espanto, y que revela cuán lejos está de ser un factor provechoso para la sociedad en que consume sus energías en actividades completamente improductivas.

He dicho, y lo repito, que aquí no hay conciencia nacional. No hay ciudadanos, hay habitantes. Hombres que viven sobre un territorio consumiendo lo indispensable para la conservación de la vida, sin concepto alguno de su verdadera función político social. Y esto no solo es verdadero para los dominicanos analfabetos, que son muchos, sino que también lo es para una gran mayoría de los que saben leer y escribir. El dominicano no se ha preocupado nunca por crearse una personalidad política, por hacerse un ciudadano, un factor con valor propio, capaz de contribuir al desarrollo político, económico y social de la nación. No de otro modo se puede explicar la circunstancia de que el dominicano se postergue voluntariamente, y postergue a sus compatriotas, a quienes no les concede capacidad alguna para realizar nada. El dominicano trabaja para aumentar la conciencia de su inferioridad en todos sentidos. Aquí a todo el mundo se le cortan las piernas sistemáticamente. Nos empequeñecemos deliberadamente. Estas son observaciones que se hacen en este país todos los días y que nadie se atrevería a negar.

Señora, me parece que me he extendido demasiado hoy. He querido hablarle del dominicano cien por cien, y no sé si lo he logrado. *Monsieur Santo Domingo* ha querido demostrarle que él no es un verdadero representante. A lo sumo, un representante a medias. Mis compatriotas representativos, el factor de todas las evoluciones sociales de este país, el que quita y pone los gobiernos, el árbitro de la situación, está, a la caída de la tarde, a la puerta de su bohío, sentado en un cajón, con un pañuelo de madrás atado a la nuca y un cachimbo en la boca, desgranando

una mazorca de maíz, de la cosecha de su conuco, para tirarle a unos cuantos pollitos de calidad; que todavía no se han acercado al bohío porque es temprano aún, mientras espera a su compadre, que le viene a traer un revólver que necesita, por si, como le han asegurado, el vale Horacio se pronuncia de un momento a otro en Moca, para tumbar a los *bolos*, que han acabado con la crianza, que han permitido el robo público, cobran las estampillas y la ley de caminos, y han enriquecido a su pariente, que ya no sabe qué más tierras cogerse y cercar, apoyado por el mismo gobierno. Ese es *Monsieur Santo Domingo*, que puede encontrarse igualmente, al pie de la montaña, contemplando la selva virgen, inviolada, donde los pájaros hacen sus nidos desde hace siglos sin ser molestados, donde se oye a veces el ladrido de algún perro que montea los cerdos salvajes que van a beber al manantial, y que produce el único ruido en esas soledades imponentes, por donde cruzaría el indio alguna vez. Ese es *Monsieur Santo Domingo*, que no ha ido a París, y a quien yo, solo represento en el color y no en las ideas. Yo soy de los pocos que pensamos en su triste condición, que lamentamos su estado, que no hemos podido transformar, a pesar de haberlo deseado con todo nuestro corazón, y el cual no cambiará por muchos años. Ese es el dominicano cien por cien, por quien me tomaría, sin duda, *Monsieur la France*, sin saber que yo, por las razones etnológicas ya dichas, y por otras que callo, tengo bajo mi color, el mismo ideal de civilización que él acaricia y cuida, allá en la capital del mundo civilizado.

Esos son, señora, los grandes dolores de la vida que a veces no pueden callarse.



CARTA 13

Señora:

La fuerza más poderosa que han creado los hombres es, sin duda, el dinero. La riqueza constituye uno de los mayores bienes que puede alcanzar el hombre sobre la tierra. Muy pocos objetivos despiertan tan poderosamente la ambición humana como el dinero. Ser rico es ser poderoso, tener en las manos una llave mágica, un talismán. Para el hombre rico no hay obstáculos, no hay dificultades, no hay evasivas; lo posee todo, lo alcanza todo, lo vence todo, se le ofrece todo. Sus deseos no parecen tener limitaciones. Su voluntad carece de fronteras. El dinero hace amable la vida, la conserva, la protege, la rodea de comodidades y de bienestar. Con el dinero se compran hombres y se compran cosas. El dinero abre vías que no existían y hace expeditos todos los caminos y más rápido su trayecto. El dinero tiene una velocidad pasmosa y una elocuencia avasalladora. El dinero tiene su lenguaje, de una fuerza de convicción irresistible. Y tiene un poder de atracción tan poderoso como el imán. Es casi omnipotente. Un hombre con dinero está armado de casi todos los elementos necesarios para triunfar en la vida. La voluntad del rico encuentra más francas las vías del triunfo. Hace casi cuanto quiere y cuanto le place. Los hombres estamos de acuerdo con todo eso. Por eso aspiramos a crearnos una fortuna. La experiencia diaria nos ha enseñado que la vida sin dinero es una carga pesada. Se hace dolorosa y triste. El dinero da placeres, el dinero da alegrías, oculta las tristezas, endulza las penas, enjuga las lágrimas. Nos hace audaces, engreídos, orgullosos; pero nos hace parecer amables, nos conquista la admiración y la simpatía de los demás hombres, nos da amigos y aliados y cómplices, nos proporciona títulos y honores. Nos ahorra

esfuerzos, nos allana dificultades, nos evita disgustos. Nos hace parecer lo que no somos. Con dinero podemos proporcionarle a nuestro espíritu innumerables satisfacciones y a nuestro cuerpo placeres. Con dinero podemos tener cómodos, bellos y lujosos hogares con todos los elementos indispensables para la buena vida; podemos vestir lujosamente, viajar, recorrer el mundo en todas direcciones, disfrutar de todo lo que el arte haya creado y tener a nuestra disposición los últimos inventos de la ciencia. El dinero nos proporciona el placer de satisfacer nuestras aspiraciones. Un hombre rico es un ejército, algo avasallador, temible, irresistible, poderoso. El dinero inspira respeto y miedo.

La suprema ambición de muchos hombres es el dinero, porque casi todo en la vida se logra o se compra con dinero. He dicho casi todo, porque, desgraciadamente, hay muchas cosas que están fuera del alcance de esa fuerza tan poderosa. Porque el dinero también tiene sus limitaciones. Podemos nacer ricos y, sin embargo, ser muy pobres, demasiado pobres. Porque el dinero no altera la naturaleza del hombre, y el rico y el pobre son antes que todo hombres. Y las cualidades humanas no dependen de la posición económica de que se disfrute. No se pueden comprar con dinero. Por esa razón hay muchos ricos miserables y muchos miserables que son ricos. Con dinero no se puede comprar el espíritu. Con el espíritu se nace y las cualidades que lo caracterizan, que lo avaloran, están fuera del alcance del dinero. No se puede comprar con dinero la inteligencia; este es un don precioso con el cual pueden venir a la vida, indistintamente, el rico y el pobre. Esa fuerza que nos permite ver y comprender las cosas con gran facilidad, esa cualidad que hace que nos demos cuenta de lo que nos rodea, sin gran esfuerzo, que nos hace accesibles las verdades, la facultad de conocer, la inteligencia, en una palabra, que crea tan profundas diferencias entre los hombres, no se compra con dinero. Se puede tener la mayor fortuna de la tierra y ser un bruto, un verdadero bruto, tener una pobreza de entendimiento que inspire lástima.

Y es inútil todo lo que se haga para crearla o para simularla. Ni las mejores escuelas, ni los más doctos profesores, ni los más perfectos laboratorios, ni las más completas bibliotecas, ni el más íntimo contacto con los procedimientos que nos ofrece la ciencia, nada,

pero absolutamente nada, podrá proporcionarnos esa riqueza, con la cual se nace y de la cual se pueden ufanan muchos pobres. Se pueden poseer y se puede estar en los establecimientos científicos más ricos y perfectos, se puede vivir toda la vida dentro de ellos; tratar de aprender algo, de ser algo, de inventar algo; pero si no se tiene inteligencia, ni la retorta, ni la probeta, ni el instrumento más delicado dirán una palabra, se permanecerá al lado de ellos completamente ciego.

Tampoco se pueden comprar con dinero las cualidades del corazón. Se nace bueno, como se nace inteligente. El dolor y la pena que nos produce el mal; el placer y la satisfacción que nos produce el bien; lo que nos mueve a ser caritativos, lo que nos hace generosos, desprendidos, lo que nos mueve a aliviar los dolores ajenos; lo que nos hace sentir repugnancia por el mal y nos impide hacerlo, lo que nos hace gozar las alegrías ajenas; eso que experimentamos ante una acción elevada, ante un gesto noble, desinteresado, o ante una desgracia, cuando vemos un niño alegre o que sufre, cuando vemos a un anciano desvalido, lo que hacemos para enjugar una lágrima o para prolongar una alegría, lo que nos mueve a admirar la virtud y el honor y todas las acciones buenas que se realizan en la vida, eso, eso no se compra con dinero; y muchos pobres pueden ser ricos en ese género de fortuna, que no está al alcance de todos los hombres, y que no tienen a menudo los que atesoran en cambio mucho oro. Porque las riquezas del alma humana son a veces el único tesoro de los pobres.

Pero hay muchas cosas que no se compran con dinero. Lo que nos hace sentir un gran placer al contemplar una flor, un cuadro al óleo, una escultura, una puesta de sol, un amanecer en el mar, una noche de luna, al escuchar una melodía. Eso, que muy bien puede ser un temblor, una detención instantánea de la respiración, un aceleramiento en los latidos del corazón, un humedecimiento de los ojos, algo que pasa por nuestro cuerpo y lo estremece; que se siente en el Parthenon, delante del Moisés de Miguel Ángel, delante del Pensador de Rodín, en las cataratas del Niágara, al oír a Thanhauser [N.E. Tannhäuser, la ópera de Richard Wagner], o a la Galli-Cursi; eso, que nos hace experimentar la belleza que ofrece la naturaleza en la ciencia y en el arte, eso no se compra con

dinero. Con eso se nace. Esas son cualidades del espíritu humano que son a veces la mayor fortuna con la cual se puede venir a la vida y que es a veces la única que posee el pobre.

Sin palacios, sin vestidos elegantes y costosos, sin carros que sean la última expresión de la industria, apenas con su vida solamente, puede el pobre disfrutar de placeres que les serán completamente desconocidos al rico, que a menudo, es un pájaro sin canto, una flor sin perfume, un instrumento sin cuerda, un ojo sin luz, una boca sin palabras. Muchas veces el hombre rico cruza la vida como un can pudiera recorrer una catedral. Porque el dinero tiene sus limitaciones. Puede proporcionar muchas cosas en la vida, pero todas esas cosas son secundarias, accesorias. El valor de la vida lo da el espíritu. Y el que posee un espíritu de selección puede considerarse inmensamente rico.

Lo que nos hace soportar la lucha de la vida y a veces nos ayuda a vencer sus dificultades, lo que nos hace soportar sus penalidades, lo que nos da energía, lo que nos hace permanecer inflexibles en el cumplimiento de nuestros deberes, lo que nos impulsa a seguir el mismo camino, lo que fortalece y temple nuestro espíritu, lo que permanece constante en nosotros, a través de todas las vicisitudes de la vida, lo que nos caracteriza, nos individualiza, lo que nos hace alegres, taciturnos o irritables; la fuerza de que disponemos para poner al servicio de nuestros ideales, o con lo cual logramos a veces el éxito, con la que realizamos nuestros deseos o nos evitamos sufrimientos inútiles; lo que nos hace resistir a todo lo que nuestra conciencia rechaza, lo que nos distingue de los demás hombres, lo que nos da personalidad, lo que nos singulariza, eso, eso es el carácter, que tampoco se compra con dinero, que es la riqueza de muchos pobres. Con eso, también se nace. Y de eso no tienen muchos ricos.

La inteligencia, el temperamento, el carácter, el corazón, todas esas son cualidades del espíritu, sus mayores riquezas, sus grandes privilegios, sus dones naturales, que traemos al mundo como una dádiva graciosa, que no nos cuesta nada. Lo que más vale en la vida, no se compra. Se nos ha regalado como un presente. Y aun cuando hayamos venido al mundo en la choza más humilde, en el jergón más pobre, al nacer, ya está decidida nuestra suerte y si

habremos de ser ricos o pobres en dones espirituales. Por donde se puede colegir que todo lo útil en la vida, lo que constituye una necesidad para su conservación, lo que la embellece, la ennoblece y la avalora, no cuesta nada, absolutamente nada. Lo caro en la vida es lo inútil, lo superfluo. Y todo eso se puede comprar con dinero.

No sé, pues, señora, para lo que sirve la riqueza. Cuando se tiene mucho dinero y no se tiene lo otro, un espíritu de selección; cuando no se tiene inteligencia, cuando no se tiene carácter, cuando no se tiene temperamento distinguido, cuando no se tiene un gran corazón, cuando de todo eso que está fuera del alcance de la mayor fortuna de la tierra, se carece, se es muy pobre, lamentablemente pobre, aun cuando se esté rodeado de todas las comodidades de la vida, se posean todos los títulos posibles y se reciban todos los honores imaginables. La mayor riqueza de la vida está en el espíritu. El pobre que descubre y siente la belleza de la vida, en el hombre y en las cosas, que ama y siente el bien, que posee una gran voluntad, que tiene carácter y que, sin más fortuna que su espíritu, despierta el respeto y la admiración y el amor de sus semejantes, es, sin duda, dueño de la mayor riqueza de la vida.

Puede el rico tener todo lo que su vanidad le exija: palacios, joyas, carros, amistades distinguidas, títulos, honores y todo cuanto pueda aspirar el hombre, pero a pesar de todo eso, a pesar de llevar una vida cómoda y fastuosa, en su casa, en su cama, en su carro, en sociedad, en todas partes, estará descalzo, en mangas de camisa, ridículo, corrido, tal como corresponde a un insignificante, a un pobre insignificante de esos que por ahí inspiran lástima.

Porque lo mejor de la vida nos lo han dado de balde, sin habernos costado un solo centavo. Lo mejor de la vida no se compra con dinero. Con eso se nace y la riqueza no puede suplir la falta de eso, y son inútiles, completamente inútiles, todos los esfuerzos que se realicen por adquirirlo. Con dinero se compran palacios, se compran carros, se viaja, se hace ostentación de todo lo que se quiera, se inventan obras benéficas, se hacen donaciones reales o ficticias, se compran hombres baratos, se paga la prensa, se mueve y fatiga la opinión pública, se obtienen elogios, se exhibe a cada instante en todos los escenarios, se pueden fingir de hombres de letras, de ciencias o de mundo, pero en todo sitio se

encontrarán en ridículo; dentro de las bibliotecas, hasta los libros le harán una mueca irónica; en los salones se la hará el mobiliario, porque la única existencia compatible con el adinerado pobre es la de vivir a la altura de su espíritu. Como las gallináceas, a vuelo corto; nunca pretender hacer las ascensiones del cóndor, que a veces logran alcanzar inesperadamente, y tal vez por la ley de compensación, los que han venido a la vida sin más riqueza que los tesoros de su espíritu, hecho para comprender y enseñorearse en los espacios infinitos.



CARTA 14

Señora:

Nuestra inteligencia es notable. Ocupamos una situación preeminente en el dominio de las actividades del espíritu. Esto no es cosa nueva. En Cuba, en México, en Venezuela, en Puerto Rico y en muchos otros países del globo, se pueden encontrar representantes de nuestra capacidad no discutida. En todas las ramas del saber humano hemos descollado. Nuestro prestigio en las letras es inmemorial. No tengo datos auténticos sobre este particular, pero con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América, se publicó un folleto en el cual se hizo una historia de nuestra cultura literaria. Este folleto llevaba, entre otras firmas, la del gran César Nicolás Penson, el célebre autor de *La Víspera del Combate* y de *Cosas Añejas*. Allí podrá usted enterarse de quién fue Meso Mónica. De ese folleto no quedan ejemplares disponibles.

La literatura dominicana cuenta con muy altas mentalidades. Salomé Ureña de Henríquez todavía es la poetisa de más quilates que hemos producido, y Manuel de Jesús Galván, el príncipe de los prosistas, ambos desaparecidos. Y son dominicanas las siguientes obras: *Engracia y Antoñita* y una serie de novelas de Amelia Francasci, cuyos nombres no recuerdo en este momento. Son nuestras *Fantasías Indígenas*, y también *Silvio*, *La ciguapa* y *La campana*, del poeta Guridi. Pellerano Castro y Apolinar Perdomo son dos poetas que nos honran. Emilio Morel y Porfirio Herrera, pueden brillantar cualquier parnaso. Díaz Ordóñez y Pacheco, no el de Queiroz, son dos poetas de altura. Ya ve usted, que en versos, no estamos mal. Historiadores tenemos hasta media docena. García, José Gabriel, es el padre de la historia dominicana. Aquí, antes que él, escribió Delmonte y Tejada. Pero esta obra,

no sé por qué causa, es poco conocida. La obra de García es un poco pesada, pero es la única fuente donde se pueden encontrar datos precisos. Se puede leer con algún provecho. Ya le he hablado de estas cosas en otro sitio. Hay un *Compendio* de Fidel Ferrer y unas *Rectificaciones* del Padre Tejera. Estas últimas están muy bien documentadas. En materia de Geografía estamos bien. Una de Guridi, otra del Padre Meriño, otra de José Ramón López, otra de A. Rodríguez y una inédita de Rafael M. Moscoso. Tenemos igualmente una descripción de los puertos, hecha por Sir Robert Schomburgk, y un mapa bastante bueno, debido al mismo autor.

Señora, la lista de hombres célebres que ha producido esta tierra mía y maravillosa, no ha terminado todavía. Tenemos poetas que han sido traducidos a todas las lenguas vivas. ¡Esto es extraordinario! Usted puede leer cuentos escritos aquí, en Santo Domingo, en el idioma de Hokusívara, en el inglés de Shakespeare o en el italiano de Dante. Se afirma que en alemán, por la facilidad con la cual este idioma expresa los matices más delicados del espíritu, no olvide que es la lengua de la filosofía, han adquirido una fuerza de emotividad tan grande, que ya dos ediciones sucesivas se han agotado, sin que dejen aquellos ojos del norte, color de cielo tropical, de derramar abundantes lágrimas. Ha sido un éxito sin ejemplo. Como lo será sin duda el de *Económica*. ¿No ha oído usted hablar del ingeniero Floricel Rojas? ¡Ah, señora, nació aquí, en mi país, en la ciudad del Seybo, afirman algunos; pero Santo Domingo y Macorís del Sur se disputan ese honor. Es el autor glorioso de *Económica*. *Económica*, señora, ¡qué nombre tan elocuente! ¡Una palabra, solo una palabra, y encierra tantas cosas! El mundo será revolucionado completamente. La guerra entre el capital y el trabajo será terminada para siempre. A nadie le faltará un peso en el bolsillo. Todos tendremos pan. La alegría universal no tendrá límites. ¡Qué enorme es el espíritu humano! Y todo se lo deberá la humanidad, a Floricel, a nuestro querido Floricel Rojas, que aún vive, pero olvidado, en un cuartito newyorkino, donde todavía no ha ido la patria a darle el beso que merecen los grandes elegidos. ¡Las cosas de este mundo! ¡Tantos sacrificios y todo en vano! Esto me hace humedecer los ojos. Y como Floricel, tenemos otros consagrados, especuladores en todos los campos

de la actividad humana, que para esto sí que nos sobra suficiente ingenio. Pocas contribuciones he dado yo en la vida con más satisfacción que la que di para *Económica*, la obra pródiga, multi-forme, soberbia, enciclopédica, de nuestro compatriota ausente, que voluntariamente se ha privado de las delicias del aire y de las cosas de la patria. Bien pudieran, de vez en cuando, mandarle sus cajitas de guineos evaporados, sus cajulitos secos y sus pasticas de guayaba que tan vivo conservan el patriotismo cuando se está lejos. ¡Oh, Floricel, que habrás sufrido tanto, en esas noches frías que hielan la sangre, sin carbón, sin una leñita, sin el *steemer* confortable, entregado a tus altas meditaciones por la redención de la humanidad y por la gloria eterna de tu Santo Domingo, mientras tus compatriotas aquí, solo trabajan por el descrédito de tu tierra incomparable que, ni *Económica* misma, salvará, a juzgar por lo que sigue ocurriendo todos los días!

Sería una cuenta de nunca acabar si me pusiera a citar a usted obras más o menos notables, de autores dominicanos. Ya los citaré cuando vengan al caso, para que no parezca que le estoy haciendo un catálogo. No quiero fatigarla. Ni incurrir en olvidos, ni en responsabilidades, con tanto autor notable, digno de mejor suerte, como hay en mi país.

En materia de música, tenemos una ópera. Sí, señora, una ópera, así como suena, debida al genio de Pablo Claudio, sin más referencias, porque no las tengo ni las he encontrado en ninguna parte. Parece que fue un compositor desgraciado, como hay tantos en el mundo.

La ciencia criolla, tan despreciada, tan discutida, es, sin embargo, digna de tenerse en cuenta. Con ella hemos logrado los más gloriosos triunfos. Aquí le enmendamos la plana a todo el universo. Le recortamos la cuerda a los relojes que otros pueblos fabrican, reformamos las teorías más avanzadas, discutimos y resolvemos todos los problemas por arduos que sean. Sobre todo, hablamos, y en las artes, las industrias y la filosofía, nadie nos aventaja.

La máquina de ordeñar de J. R. López, por una parte, *La Cós mica* por otra, la *Doctrina Biocós mica* del Dr. Fiallo Cabral, y la *Teoría armónica del universo* del Lic. Mejía, son las primicias con las cuales contribuimos a ilustrar el pensamiento universal contemporáneo.

Vamos, con una velocidad vertiginosa, por la vía del progreso universal, arrollando las ideas envejecidas y caducas a las cuales otros pueblos, más blancos que nosotros, han confiado su destino.

Tenemos unos cuantos inventores. Entre ellos, los hay célebres, semi-célebres y también oscuros, que en todas las latitudes se cosecha la injusticia. Hemos descubierto el *Piroelectrófono*, instrumento que denuncia automáticamente los incendios, y que no ha podido ser patentado, por envidias; tenemos una pistola automática, y hasta una ametralladora, que por fortuna para la humanidad, fueron inventadas después de la gran guerra; tenemos un reloj automático que, no solo marca las horas y los minutos, lo que es ya una irritante vulgaridad, sino que hace cálculos, anuncia el tiempo, y creo que hasta sostiene una conversación después de dar la hora, lo que ciertamente puede ser considerado como una maravilla. Se ha fabricado un aeroplano, se ha hecho un armonio y un piano y no sé cuántas cosas más que referiré a usted más adelante, a medida que obtenga los datos necesarios. Es de notar que todos estos inventos han sido realizados en La Vega Real, una de las más antiguas ciudades de la República, donde parece que se conserva el espíritu investigador de los colonizadores, con toda su audacia primitiva. Hemos descubierto, y esto es significativo, porque hasta ahora no se habían realizado inventos en esas regiones, la supresión de la estática en el radio, lo cual nos da un sitio distinguido en el campo de la electricidad aplicada. Pero el invento más extraordinario, por sus consecuencias prácticas, es el de la botella automática, que se debe a un oscuro ingeniero del este, que ha sido olvidado despiadadamente. Esta botella tenía como particularidad característica, la de romperse tan pronto se utilizaba su contenido, lo que constituía un aporte valiosísimo para garantía de las industrias. Ya ve usted, señora, que somos verdaderamente una raza privilegiada, en el hemisferio occidental, y que, como dicen que ha dicho Estébanez, el geógrafo, estamos predestinados para grandes fines, lo que se colige de nuestra condición de insulares. Usted sabe que los geógrafos han dado en la manía de repetir que las islas están llamadas a jugar un gran papel en la civilización. Aun cuando todavía, solo las islas Griegas y el Archipiélago Británico, son los dos únicos casos en la historia del

mundo, se está esperando que las Antillas se pongan a la altura de su condición geográfica. Y esto parece que no tardará en producirse. Por lo pronto, de estas islas han surgido acontecimientos extraordinarios, tales como el Descubrimiento del Nuevo Mundo, y, según un célebre médico español, también la sífilis, con lo que hemos abatido a la humanidad, y seguiremos abatiéndola, ya que no se puede pecar sin provecho y sin castigo.

Noto, señora, que hoy estoy muy docto. Me he enfrascado en cuestiones muy elevadas. El estudio de esas teorías está fuera de mi horizonte. Además, la ciencia pura es para los sabios, para esos hombres testarudos que admiran más la razón de las cosas que las cosas mismas. Yo, desgraciadamente, soy de los que se contentan con estas últimas. Que otro averigüe la razón; yo me contento con los hechos. Sobre todo, porque los hechos más inexplicables, a veces, nos hacen más felices, mientras más inexplicables son. Hablemos, pues, de otras cosas más en armonía con nuestros temperamentos. ¿No le parece a usted mejor, señora?

Pero antes de pasar a otras cosas, no puedo dejar en el tintero, me hubiera causado vergüenza, tres descubrimientos trascendentales que han colocado a mi país en primera línea: el descubrimiento del movimiento continuo, debido a don Ciriaco Landolfi, hecho singular, casi olvidado, que hizo echar a vuelo las campanas de las principales iglesias de la Atenas del Nuevo Mundo, en día memorable; descubrimiento que fue comunicado por cable oportunamente al Papa, quien guardó el secreto por no sé qué egoísmo. El descubridor era italiano, pero dominicano por adopción, lo que no nos puede restar gloria. El otro, es el descubrimiento de la causa de la gravitación universal, que también fue comunicado por su autor al gran Camilo Flammarión, quien, descortés, a pesar de ser sabio y francés, no dijo esta boca es mía, por lo menos que sepamos los dominicanos; y el último, que ha sido transmitido por radio al mundo entero, pues tenemos por hábito entregar a la humanidad nuestras conquistas científicas, se refiere a la nueva doctrina de la relatividad, en la cual, según el físico dominicano Andrés Avelino, hemos dejado muy atrás al célebre Einstein, a quien los alemanes han querido imponer al mundo como suelen hacer con todas sus cosas. Ya ve usted,

señora, que hay para reventar de orgullo, aun cuando no se nos mencione. ¡Ah, señora, el egoísmo, el prurito de raza, la latitud en que nos encontramos, el prejuicio del trópico, nos han perjudicado mucho! Pero no importa; con nuestro calor solar le daremos energía al mundo, siempre y cuando el francés que está en Cuba, obtenga completo éxito, que no lo dudamos ni un segundo, basta que esté en la tierra que dio a Papá Montero.

Señora, nada es más fecundo que el amor. El amor es la suprema ley de la vida. La reproducción, que inmortaliza la vida, es la función más importante de la naturaleza. La existencia de los seres no tendría objeto ni valor si no se reprodujeran. Es por eso, por lo que el amor es la suprema ley del universo. El que no siente el amor no cumple sus fines en la vida. Es por el amor, por lo que se puede medir la aptitud de los seres para la vida, y su valor en la vida. El que no ha amado nunca, no ha vivido. La corriente de la vida va por el cauce del amor. Se vive y se piensa y se hace porque se ama. Soy, señora, feliz porque he amado mucho. He cumplido mi destino. Mucho podría escribir sobre este tema, siempre nuevo, siempre interesante, porque es la esencia de las cosas, pero yo no busco las causas de ellas y prefiero hablarle de unos ojos azules como el firmamento, misteriosos, enigmáticos, hechos para producir una profunda placidez en el espíritu, para inspirar hondos anhelos, para revelar el misterio de la vida, para humillar nuestra soberbia y enseñarnos el camino del amor, por donde todo se alcanza, por lo que todo se logra, por lo que se hace todo en la vida. Y basta ya de filosofía del amor; si desea más amplios informes, lea a Mantegazza, se lo recomiendo sinceramente.

Un pobre mortal, del montón anónimo, no tiene derecho de subir a esas colinas, sagradas, si usted quiere. Pasemos a la historia, a la geografía y a la política, que son disciplinas más adecuadas. Se pueden decir a propósito de ellas todas las tonterías que se quieran. Y quizás puedan interesarla más. La historia de mi país, señora, es muy movida e instructiva. A veces cómica, con frecuencia trágica. A menudo inexplicable a la luz de la filosofía y hasta al simple examen del sentido común.

¿Sabe usted que somos una República independiente? ¡Ah, esto es sumamente curioso! Tenemos gobierno propio, hemos

sido colonia varias veces, protectorado otras, y tenemos una bandera, un escudo y varios libertadores. Sobre esto último hay una vieja querella que no quiero recordar en este momento. La primera Constitución de la República se hizo en San Cristóbal, una aldea situada a tantos kilómetros de la capital. No puedo resistir a la tentación de contarle esta anécdota. Después de terminada la primera Constitución de la República, el presidente, general y libertador, Pedro Santana, encontró que le sería difícil gobernar con arreglo a sus cánones y pidió y obtuvo de la Asamblea Constituyente, que le agregaran, en las disposiciones transitorias, un artículo, el 210, por el cual se le concedieran facultades extraordinarias para resolver, por sí solo, todas las cuestiones que se pudieran suscitar. Este parece ser el único caso en el mundo de este género, y ha dejado, como usted comprenderá, el precedente más funesto en este pobre país.

Los primeros legisladores que tuvo la República fueron unos malos legisladores. La primera Constitución da una idea de que los que intervinieron en su redacción no tuvieron un concepto claro de lo que estaban haciendo. Una Constitución política es algo fundamental; solo debe contener las bases sobre las cuales se instituye la nacionalidad; y los constituyentes de San Cristóbal hicieron esto de un modo incompleto y, además, agregaron muchas materias que no debían figurar allí, que debían ser objeto de leyes adjetivas. Esto dio por resultado, que las reformas constitucionales menudearan, a tal extremo, que todavía en nuestros días se realizan con pasmosa frecuencia. Ese vicio de reformas que padecemos, deriva de ahí, de los errores cometidos por nuestros primeros legisladores. La Constitución dominicana no es una verdadera Constitución política. Es una cosa mixta. Contiene un sinnúmero de cuestiones que corresponden a leyes especiales. Ni siquiera copiamos el admirable ejemplo que nos dieron los Estados Unidos de Norte América. Y todavía parece que por muchos años, haremos lo mismo. Hasta que una reforma científica, hecha por ciudadanos competentes, no por constituyentes ignorantes, se lleve a efecto, continuará como hasta ahora. Ya ve usted, señora, que desde la cuna estamos jorobados. Y lo peor es que no se dibuja todavía la tendencia a curarnos de esos males.

Hay algo, una fuerza oculta, que nos impide hacer las cosas como es debido, aun cuando algunos las prevén y las dicen. ¡Qué trópico tan perturbador...!

No sé qué decirle, señora, de los historiadores. Los historiadores son siempre hombres sospechosos. No sé qué interés pueden tener en ocuparse solamente en referir los hechos que les convienen y en imponer, a veces, con los más sutiles razonamientos, en definitiva, su punto de vista personal. Yo creo que son hasta peligrosos. Los hechos más trascendentales de la humanidad, tal vez no han tenido historiadores. Y para muchos de ellos, lo peor que les ha podido acontecer, es encontrar un historiador. ¡Oh, los historiadores! ¡Qué afán de relatar, de deformar, de adulterar, de desnaturalizar las acciones humanas, y qué vicio tan horrible este de hablar de lo que no se sabe bien, o de imponernos opiniones sobre lo que a veces, o siempre, no nos importa! Afortunadamente, hay algo que no pueden deformar, y son los hechos mismos. Gracias a ellos, sin los historiadores progresa el mundo. Y me atrevería a afirmar, señora, que preferible sería que los hechos no tuvieran nunca historiadores. El historiador es un hombre pernicioso, injusto, apasionado, testarudo, que solo se preocupa por imponer sus caprichos. Los detesto. Las patrañas de esta historia que se está escribiendo ahora, mientras yo vivo, son bastante para haberme formado este triste concepto que le expreso de estos caballeros habladores e indiscretos, que se complacen en embrollarlo todo.

No se sabe quién descubrió esta isla. Tome nota. Los aborígenes la llamaban Haití. A una parte, dicen unos; a la totalidad, dicen otros. La parte occidental se llamaba Quisqueya. ¿Cómo se llamaba a la isla entera? No tengo noticias sobre este particular. Apareció luego el nombre de Hispaniola. ¿Quién se lo dio? No trate de preguntarlo. Se volvería loca oyendo a estos señores historiadores. Preferible es ignorarlo. Más tarde se llamó, no sin la protesta de muchos, Santo Domingo. Tampoco averigüe quién se lo dio. Así marchan estas cosas. Si los historiadores son haitianos, no hay quien les saque de la cabeza que la isla se llama Haití, y que la República Dominicana no es otra cosa que la *parte del este*. Hay, pues, para reír. Y para agravar más esta situación, se le imputan

expresiones a Colón, a Pedro Mártir de Anglería, que han sido un soberbio comodín, a Las Casas, a Ovando, a un ejército de gentes que ha pasado y que se asombrarían de oír todo lo que se les ha atribuido. Por mi parte, señora, no diré esta boca es mía.

Lo que sí puedo asegurar a usted es que los dominicanos la llaman isla de Santo Domingo, y al Estado constituido en su parte este, la República Dominicana, sin que pueda decirle quién es el autor de estas denominaciones. Pero aquí no termina todo. Ahora nos llamamos el *Viñedo de Nabot*. No sé lo que esta denominación quiere decir, y voy a hacerle una declaración solemne y bochornosa: no conozco la Biblia, pero me parece que Nabot es uno de sus personajes. No le extrañe eso. Hace muchos años que tomé la firme resolución de no leer muchas cosas, y entre ellas, muchas obras históricas, que considero como malas novelas, a veces hasta peligrosas, que merecen ser retiradas de la circulación. Nos llamamos, pues, el *Viñedo de Nabot*. Este es el último y más flamante nombre de la República. Un escritor norteamericano, desconocido en su país y célebre en Santo Domingo, ha tenido esa ocurrencia, que quizás nos honra. Declaro que no me disgusta esta nueva designación. Este escritor merece que se le nombre, porque sin duda, otros lo van a nombrar y usted extrañaría que yo, que conozco tantos hombres célebres, ignore el nombre de este. Se llama Sumner Welles. Los dominicanos no podemos olvidarlo nunca. Ya ve usted, señora, la tierra es muy generosa. Lo que no prospera en el norte, prospera en el trópico, pero todo prospera en su hora y en su clima. Nunca me cansaré de pensar en cómo viven sobre la misma tierra el mono y la araña, el hombre y el elefante. ¿No ha pensado usted en esto?

Señora, yo llamo naturaleza a todo lo que me rodea, y yo admiro la naturaleza en general. Desde el sinvergüenza que está parado en la esquina maquinando una infamia, que ha vivido explotando todas las malas acciones, hasta la estrella más hermosa que pueda lucir el cielo en una clara noche de diciembre en este trópico espléndido. Desde el gato que se solaza en el rincón sombreado del tejado del vecino, aparentemente feliz, hasta la montaña que se yergue gentil y majestuosa en no importa qué rincón del mundo. Soy panteísta. Todo lo amo y todo lo admiro. No puedo

entrar en discusiones filosóficas ni lo necesito, porque usted me ha comprendido. Pero por encima de todas esas cosas la amo a ella, ¿comprende?

Hay, señora, un sitio que solo yo conozco, que solo yo sé ir a él, que solo yo deseo ver siempre, que solo yo comprendo, quiero y admiro. Sitio delicioso e incomparable. Y en ese sitio, que no debo nombrar, que a nadie le interesa que nombre, que deseo que todo el mundo ignore, se encuentra ella. Ella, son unos ojos únicos, una boca turbadora, una sonrisa que hace estallar alegrías infinitas en el espíritu, una expresión que hace amar la vida y soñarla eterna. Ella, tiene algo de la montaña, mucho de las flores, bastante del viento y todo lo que pueda tener el mar y el cielo. No he exagerado. Es algo encantador. Y todo eso es mío. ¡Estoy orgulloso, señora...!



CARTA 15

Señora:

No crea usted que mi país es tan desconocido como muchos pretenden. Una tierra tan rica, tan extraordinaria, tan bella, tan interesantísima, sobre todo desde el punto de vista histórico, no ha podido pasar desapercibida; y han sido muchos los sabios, los curiosos y los bandoleros, que la han visitado. Su bibliografía es muy extensa, y ya tendré ocasión de ir citándole los autores más conspicuos que de ella se han ocupado. Su primer cronista fue el propio Almirante, quien hizo una descripción de sus admirables bellezas en su correspondencia a los Reyes de España; luego el Padre Las Casas, que ocupa en este sentido un lugar preeminente, se ocupó del resto. Más tarde, sus pájaros fueron descritos por Cori; su geología, por Gabb; su flora, por Descurtliz y Tussac; sus minerales, por un capitán español, cuyo nombre no recuerdo ahora, pero que le diré oportunamente. Se han ocupado igualmente de nuestro país: Samuel Hazard, en 1873; F. A. Ober, en 1914; L. Gentil Tippenhauer, en 1892; A. Hyatt Verrill y William Walter, en 1810. Una de las obras más interesantes es la del gran mulato Médéric Louis Moreau de Saint-Méry, publicada en 1796, en Filadelfia. En todas estas obras se pueden encontrar datos muy interesantes. Ya tendré ocasión de darle algunas referencias. Los dominicanos no estamos muy al corriente de estos trabajos, y con mucha frecuencia quedamos sorprendidos en el extranjero con la vista o la lectura de cosas y hechos que ignorábamos por completo. Somos bastante despreocupados a este respecto.

Hace pocos años supimos que aquí se encontraba el *Solenodon Paradoxus*. Este es un animal que nos ha hecho conocer y citar, por la circunstancia de ser uno de los últimos representantes de una

especie zoológica que está llamada a desaparecer, y porque constituye un precioso hallazgo desde el punto de vista de la anatomía comparada. ¡Qué quiere usted!, no puedo dejar de darle este dato que nos envanece, ya que tanta gente se esfuerza en declarar que no somos nadie ni servimos para nada.

El *Solenodon Paradoxus* es completamente nuestro. Es tan dominicano como Pedro Santana. Solamente que este animal nos prestigia, particularmente, entre los naturalistas y hombres de ciencia. Sin embargo, para los burgueses del mundo entero, tenemos la caoba. ¿No ha oído usted hablar de la célebre caoba de Santo Domingo? Es conocida en el mundo entero, tal vez más conocida que el país que la produce. Así suelen pasar las cosas de esta vida. La caoba, señora, es la madera más bella del mundo, por su color, por la fineza de su grano, por la nitidez y belleza de su pulimento, por sus hermosos dibujos, por lo difícil que es ser atacada por los insectos destructores, por lo admirablemente que se adapta para todo uso, y sobre todo, porque es dominicana. La caoba, aquí, señora, resulta a veces mejor que las gentes, más estimada, y a menudo, es más valiosa que ellas.

Tenemos, después, muchas riquezas que no nos son exclusivas. El cacao, el tabaco, el café. Los grandes productos del trópico. Puede usted ampliar sus conocimientos sobre este asunto en las obras de José Ramón Abad y de José Ramón López, quizás agotadas, por no citarle sino las más importantes. Estas obras no han tenido una gran circulación, desgraciadamente, por lo que no han llenado el propósito que las inspiró. Esto es lo que ocurre generalmente entre nosotros. Somos desconocidos, no porque no hacemos esfuerzos por exhibir nuestras riquezas en todos los órdenes, sino porque parece que no se nos hace caso. Es tan pequeño este país y está tan fuera de las vías comerciales del mundo, que para llegar aquí hay que naufragar cerca de nuestras costas. Por lo menos, en lo que respecta a la gente buena, a los que no son trotamundos, que están habituados a seguir las rutas conocidas y visitar los países civilizados. Afortunadamente, algunas líneas aéreas nos han colocado ya en su itinerario, pero hasta ahora solo toman gasolina para seguir. Los viajeros, por lo regular, no nos miran ni se detienen, a pesar de nuestras ruinas y de

los restos del Almirante. Parece que cuando uno ha nacido para centavo, como suele decir el refrán, en centavo se queda.

Es que nos persigue una mala estrella. De aquí salieron tantos pícaros defraudados en sus esperanzas, y han sucedido tantas cosas extraordinarias, que preciso es que transcurran muchos siglos para que podamos despejar esa mala atmósfera. Un coronel del Ejército americano se complacía, durante la ocupación, en decir que no teníamos nada, que aquí estaba todo por hacer, que el dominicano había vivido sin crear nada. Hacía mención, sin embargo, de nuestras bellezas naturales, y citaba, el Yaque del Norte, la Bahía de Samaná y no sé qué otras cosas por el estilo. Este coronel se llamaba Lyman. Era orador y soldado, y, sobre todo, indiscreto. Es que tenemos una suerte negra, señora. Y lo peor es que hay dominicanos que comparten esas opiniones. Y las exageran. ¿No se le ocurrió también al mayordomo de un vapor de la Clyde, S.S., decir que Azua era un centenar de bohíos y quinientos chivos?

Es verdad que el espectáculo que ofrecen las llanuras del sur y del este de la República es desolador. No lo niego. Es una pobreza trágica. No se ve allí nada. Algunos potreros, algunas labranzas; pero en pequeña escala, mal atendidas, miserables, en mal estado, reveladoras de una rutina secular. Apenas producen lo suficiente para sostener la escasa población que habita esas regiones, donde la guazábara, campea por sus respetos. Y la Línea Noroeste, Montecristi, es otro espectáculo desolador. Estas tres regiones demuestran una incapacidad tan notoria de sus habitantes, que causa dolor en el espíritu más indolente. No producen nada, no tienen nada.

Sabanas extensas, en estado primitivo, reverberantes, cubiertas de un pajón quemado por el sol; dos o tres lagunas pequeñas; algunas cejas de monte, a manera de diminutos oasis repartidos irregularmente, pobladas por hicacos, por copeyes, o por alguna que otra caoba y, sobre todo, por arbustos de poca o ninguna utilidad. Una veintena de chivos, no muy gruesos, ni muy finos en su clase; algunas ovejas sin abolengo, de raza inclasificable, sucias, con algunos vellones de lana ordinaria sobre el cuello y en los flancos, que, hundidos hasta más no poder, dan testimonio de la aridez de aquellas tierras.

En medio de esas sabanas, a veces extensas, pero no demasiado, y a veces pequeñas, se ve pacer algún ganado, pero poco, repartido discretamente, como un muestrario, como restos de antiguos hatos, si existieron de la importancia que se afirma algunas veces. Un hatajo de bestias, diez o quince, yeguas flacas, sucias, con el dorso arqueado, deformidad sin duda adquirida a fuerza de cargar plátanos para llevarlos al poblado vecino, hediondas, solo se bañan con la lluvia, llenas de garrapatas hasta los ojos, o comidas de piojillo, peladas, cansadas, sin bríos, a manera de pellejos pegados a un esqueleto. Algunas con el vientre enorme, como una hamaca. Todas tristes, con el ojo sin brillo, casi apagado, como si no fuera más que el espejo de esas soledades, tristes y paupérrimas. A la cabeza del hatajo, un caballo cojo, encanijado, que ya no sirve para nada, sino para cuidar a las yeguas. Todos estos animales, la riqueza de muchos campesinos, no hay otra, están completamente degenerados en talla, en cualidades. No sirven para nada. Son espectros. Otras veces se alcanza a ver una punta de vacas escuálidas, que apenas dan leche. Están degeneradas. Y lo peor es que los reproductores son de lo más malo que se pueda escoger, de lo más inútil. La sabana es el patrimonio común de todos. Allí, los moradores del caserío más cercano, tienen su vaca o su caballo. No les cuesta nada sostenerlos, no se preocupan por eso. Ese estado de cosas es antiquísimo en este país, que Dios guarde.

Y todo esto lo ven los extranjeros, señora, y no lo callan. Dicen que vivimos primitivamente. No sé lo que quieren estos señores, a quienes nadie llama a este país. Nos miran con un desprecio profundo. Y en verdad que algunas veces tienen razón. Hablan sinceramente, pero es tan triste que le digan a uno las verdades, señora, es tan penoso, que preferible sería ignorarlo toda la vida.

Cae la tarde. Una profunda melancolía invade mi espíritu. En la calle no se oye nada. Un súbdito de George V, negro como la pez, vestido con una indumentaria mixta, abigarrada: saco negro o verdoso, corbata roja con el nudo en el pescuezo, fuera del cuello de la camisa, que parece regalada, por lo amplia y por lo sucia, con puños que parecen bocamangas; con un sombrero de fieltro de alas anchas, gris, hundido hasta las orejas, descansa en el asiento delantero de un coche viejo, destartado, que lleva un caballo

flaco, lleno de moscas, con los ojos semicerrados. Está a la puerta del café Hong Kong. Dentro está Sam, sentado en un cajón, contemplando a dos o tres parroquianos que comen y hablan en una mesita. Los ve, impassible, con los ojos apenas entreabiertos, con la indiferencia con que viera caer una gota de agua. Apenas se mueve. Parece más bien que duerme. Los parroquianos charlan en voz alta. Dos hombres morenos, con sendos revólveres que no espantan al chino, y un policía. Hablan de mujeres y de política. Se muestran sus revólveres. Están preparados para cualquier eventualidad. Dos chicuelos se asoman por una puerta curiosos. Es un cuadro típico, señora. La *victrola* desgrana las notas de un merengue. Estas escenas las ve usted en todas partes. Las puede ver en Azua, frente al parque de recreo, en San Juan, en Montecristi o en la misma Vega Real. Es una acuarela dominicana, genuinamente dominicana. Se le puede agregar una guitarra, en algunos sitios, o una negra de carnes duras, con mucho colorete y un vestido demasiado corto, en otros. Puede entrar un chofer y dar un puñetazo en el mostrador para despertar al chino. A lo mejor se ve algún movimiento, se oyen algunas palabras en alta voz. El chino gesticula o corre detrás de sus parroquianos en mangas de camisa. ¡No le han pagado! exclama un curioso que está en la puerta. Mientras, el cochero ríe, ríe y exhibe una dentadura blanca, recia, que se destaca en su boca roja como una amapola.

Señora, el valle del Cibao, comprendido entre la cordillera Septentrional y la cordillera Central, es algo maravilloso por su belleza y por su fertilidad. Desde el Santo Cerro se contempla un panorama seductor. Una inmensa llanura en la cual se pueden admirar todos los tonos del verde, desde el verde pálido, tierno, de los retoños, hasta el verde profundo, casi negruzco, del laurel. Es una sinfonía en verde: todos los tonos, todos los matices. En día de sol se alcanza a ver hasta la Bahía de Samaná, a algunos centenares de kilómetros de distancia. Las montañas más enhietas de la isla lo circundan. La Sierra del Norte, con sus modestos picachos, coronados de nubes blancas como copos de algodón, produciendo paisajes encantadores. La cordillera Central, con sus enormes montañas, elevadísimas, lo protege de la parte sur de la isla, donde están las regiones más pobres, donde es más cálido

el clima, las lluvias más escasas, la agricultura menos próspera, el hombre menos trabajador; tierras de formación reciente, terreno cuaternario, calcáreo, casi estéril, solo adaptable a potreros, caña de azúcar, plantas textiles, y otros cultivos por el estilo. Un considerable número de ríos lo fertilizan. El Yuna, hermoso río de agua clara, transparente, y de sabor muy agradable, que desemboca en la Bahía de Samaná. El Yaque del Norte, uno de los más extensos de la isla, que desemboca en el Atlántico. En ese valle, relativamente extenso, es en donde está enclavada la pequeña riqueza del país. Allí es donde está la gente más laboriosa. Desde el Santo Cerro se pueden contemplar las principales ciudades establecidas en él. Son aldeas, o ciudades pequeñas, diseminadas aquí o acullá, sin chimeneas, sin ruido, sin humo, tranquilas, apacibles. Parecen muertas. Algunas poco conocidas a causa de lo difícil de las rutas. No tienen nada que ofrecer, ni tesoros ocultos que despierten la codicia de los aventureros. Su aspecto parece invitar al descanso físico y mental. No sienten rivalidades, son escasas sus necesidades, pocos y sencillos sus habitantes. En ellas no hay casi nada que hacer. Sus calles, desiertas. A veces, un burro que cruza por una de ellas con una carga de piñas, o un caballo con algún jinete. En algunas puertas de las casitas bajas y blancas, con aires de mansiones, se puede ver una pequeña tertulia. Un sol tremendo las hace reverberar al filo de mediodía. Durante la noche, muchas permanecen a oscuras. La vida nocturna es completamente desconocida en casi todas. La música es rara en ellas. En las ciudades más importantes se nota un pequeño movimiento en las primeras horas de la mañana, debido a la compra de los frutos a los campesinos, por el árabe terrible, el *baisano*, o por el español, que se ha transformado en don Felipe, o por Nicolini, que ya no hace aceite ni saca vino, como pensó que haría toda su vida en Santa Domenica Talao, ese otro Santo Domingo europeo, donde se habla más español que italiano. Donde se pasan las noches añorando las cosas del trópico, donde tan feliz se pasó la mejor época de la vida que no se olvida nunca. Muchos sentirán una gran nostalgia, no lo dudamos.

Esa es, señora, la vida en este pedazo de trópico; sencilla, pastoral, olvidada de la vida misma, ya que no tiene afanes, ni luchas, ni

problemas graves que resolver. Tierra en abundancia y feracidad, feracidad horrorosa. Las ahuyamas monstruosas, las yucas fenomenales y las batatas gigantes son muy frecuentes. ¡Se resuelve con tanta facilidad el problema de la vida...! ¡Se han sentido tan poco sus grandes necesidades! ¡Es tan escasa la población y es tan grande la isla! Para nosotros sobran cargos en la administración pública. Que trabajen otros, que nosotros mandamos. ¡Qué importa que los extranjeros se ocupen de la explotación del país, si no pueden ser políticos? Pues con esto nos conformamos. Ellos compran y venden frutos, pero nosotros gobernamos. Y eso basta.

La noche tropical es incomparable. Usted no se puede imaginar cosa más bella que un cielo nocturno en el trópico. Claro, transparente, diáfano, poblado de innumerables estrellas. Es un diamante negro. Yo lamento no ser un poeta, de esos poetas terribles que tiene mi tierra, para hacerle aquí una oda a la noche. No puedo, sin embargo, decirle otra cosa que no sean lugares comunes. En materia literaria soy un topo. Y en todo, no vaya usted a creer que descuello en algo. Yo soy de una mediocridad tranquilizadora. Pero me inquieta esa condición. Hubiera querido ser algo, tener algún talento. Y siento una envidia, desde luego cristiana, por nuestros príncipes de las letras, que no tiene límites. Me contentaría con ser un prosista como Américo Lugo. Creo que he pretendido mucho. No puedo, pues, cantarle a la noche. Me limitaré a decirle, sencillamente, que es bella, y que usted no puede verla igual en ninguna parte más que en este pedazo de tierra, *que es la más hermosa que ojos humanos hayan visto*, según expresó con justicia el Almirante. El Almirante, gallego o napolitano, que da lo mismo. ¡Estos historiadores...! Porque completó la tierra, todo el mundo quiere tener el privilegio de haberlo visto en su cuna.



CARTA 16

Señora:

¿No está usted asombrada de esta recrudescencia en mis aficiones literarias? ¿No se ha percatado ya, y le ha alarmado, esta reconciliación con las letras? Todo esto merece una explicación. Yo padecí, allá en mis mocedades, de un ligero sarampión literario, sin complicaciones. En mi juventud fui, sucesivamente, romántico y materialista. Lamartine, Chateaubriand, Flaubert, Maupassant, Turguénev, fueron mis grandes amigos. Luego Zola encendió mi mayor admiración. Sentí una gran vocación por las letras, y aunque jamás pude componer una estrofa, una sola, escribí, en cambio, dramas, monólogos y cuentos, de cuyos méritos literarios solo la polilla puede dar fe. Todavía se conservan algunos de esos manuscritos, en los cuales está encerrado todo el tesoro emotivo de mi juventud. No insistí. Este es uno de los hechos más admirables de mi vida, y uno de los que más me enorgullecen, porque da testimonio de mi buen sentido común, de mi inteligencia, si usted quiere. Yo no nací para ser un hombre de letras, y no di tiempo a que otros me lo dijeran, lo reconocí oportunamente, con gran provecho para mí y mayor satisfacción para los demás, que se libraron de un necio más que les amargara la vida. Me siento orgulloso de haber descubierto a tiempo mi verdadera vocación. ¿No es por esto por lo que muchos hombres han labrado su propia desgracia?

Señora, mi verdadera vocación era ser un naturalista. Usted no habrá olvidado que el Dr. Elías Rodríguez, mi pariente, fue el primer naturalista de este país y que mi hermano, Rafael M. Moscoso, es un botánico. Linneo, Quatrefraguas, De Candolle, Brongniart, Huxley, Heckel, Cuvier, Lamarck, eran mis lecturas

favoritas. Pero en Santo Domingo no hay museos ni bibliotecas, y tuve que renunciar a esta aspiración. Por afinidad, por simpatía, soy médico, y limité mi aspiración al estudio de la única especie zoológica que tenía a mano y que me era más accesible: el hombre. He aquí la razón de por qué soy médico sin haber violentado mi vocación. Y por lo que, el estudio del hombre, bajo todos sus aspectos, me ha interesado siempre.

Sepa usted, señora, que no soy sabio, pero tenga la seguridad de que nací para sabio. Tengo de la madera de los sabios. Si usted pone en tierra impropia y deja sin los cuidados del cultivo apropiado una semilla de cualquier planta, con toda seguridad obtendrá un ejemplar raquítico, que apenas si dará flores, y menos, frutos sazonados y perfectos.

Mi vida ha sido una lucha tenaz por el agua, por el sol y contra un terreno casi estéril por completo. Por eso usted no puede juzgarme por lo que soy. Las condiciones del medio me han vencido. No se podía esperar otra cosa. Una obra imperfecta, trunca.

La vida es así. Y las cosas de la vida suceden así. De ahí que hoy pueda tal vez hablarle acerca de las fiebres una hora larga y decirle cosas interesantes, y que, en cambio, ignore por completo la mitología. No tengo la menor cultura clásica. Desconozco el célebre teatro griego. No sé latín. Traduzco del inglés y del francés, y apenas si conozco cuatro o seis nombres de los grandes dioses del Olimpo. En estos últimos tiempos, sin embargo, tengo una marcada predilección por la mitología haitiana. No sé si esto será por atavismo. Pero es el caso que, *Ogoun Badagris*, *Papá Legba*, *Damballa Oueddo*, *Wangol*, me están siendo sumamente familiares. Y el sacrificio del chivo lo encuentro la cosa más natural del mundo. En punto a historia, no he pasado del texto que estudié en el bachillerato. En donde estoy mejor informado es en historia de la Revolución Francesa, gracias a lo que he aprendido por boca de los oradores políticos de mi país, y en algunas veladas provincianas, porque esta historia es muy popular. He leído algo de González Prada, he tenido en las manos a Rodó, pero ese montón de períodos sin solución de continuidad, esa marcha forzada a que obliga *Motivos de Proteo* me ha impedido hasta ahora decidirme. De Hostos, ese filósofo positivista,

extraviado en las Antillas, he leído algo, pero conozco mejor a Juan Montalvo y a Sarmiento.

Ya ve usted que sé muy pocas cosas y he llegado a poco; pero, ignorante y todo, escribo porque la tengo a usted. He leído que el fraile agustino Gregorio Mendel, el famoso biólogo que descubrió una de las más interesantes leyes de la herencia, y que hoy lleva su nombre, no tuvo jamás trato con mujeres, con las cuales se pueden cambiar a veces ideas y pensamientos. Por eso se sabe poco de su vida. Porque es con las mujeres con las cuales se cambian las mejores ideas de la vida. ¿No sabe usted que los mejores escritores del siglo XVIII escribieron por las damas y para las damas? Voltaire escribió su *Metafísica* y sus *Ensayos sobre las costumbres* para Madame de Chatelet, Rousseau su *Emilio* para Madame d'Épinay, Condillac escribió su *Tratado de las sensaciones* inspirándose en las ideas de la señorita Ferrán, y dio a las jóvenes consejos para leer su *Lógica*. Bordeaux dedicó y explicó a una dama su *Cuadro Económico*. Y el mejor diálogo de Diderot es la reproducción de una conversación de la señorita Lespinasse con D'Alembert y Bordeaux. El personaje central de la *Pluralidad de los Mundos* es una marquesa, y así sucesivamente; puede usted documentarse, con Hipólito Taine, si lo desea. ¿Qué tiene, pues, de extraño que usted me haya hecho entintar cuartillas, y haya sido mi mayor encanto en la vida escribir para usted, hacerla mis confidencias, decirle todo lo que he pensado y sentido, aun cuando carezca de aquellas extraordinarias facultades? Cuando alguien quiera saber el hombre que fui yo, lo encontrará de cuerpo entero en su archivo. Nadie como usted para definirlo, distinguirlo y apreciarlo. He vaciado mi espíritu en usted, como se vacía una copa de licor en otra. El buen humor de que a veces dispongo, todo lo que en mí dormía, ha surgido al conjuro de su risa. Usted me fecunda. Su risa y sus ojos han sido mi mayor estímulo en la vida. Quizás sea porque por ellos se escapa su espíritu, que es loco y bueno, apasionado y generoso, noble y audaz, agudo, sutil, penetrante.

¿Esta usted satisfecha de la explicación que le doy de la recrudescencia de mis aficiones literarias?

Señora, no he podido dar más. Lo mejor de mi vida ha transcurrido en una época infernal. He vivido defendiéndola. En mi infancia,

Ulises Heureaux regía los destinos de mi país. Cuando apenas era una adolescente, me encuentro una mañana de agosto en la plaza Independencia con un machete al cinto. ¡Que barbaridad...!

Y luego, los *bolos*, los *coludos*, los *quiquises*, los *suaves*, los de la *unión*, los de la *desunión*, han llenado treinta años de mi vida. Mi época fue la época del *Mapembá*, el *Fanita*, Navarro en la Línea, Morales en Haina, Zarzuela en Macorís, Cáceres en la carretera, Bordas en Puerto Plata, y luego, para colmo, los *prebostes* del Cuerpo de Marina. Estoy vivo gracias a mi gran prudencia. ¡Ah!, la prudencia es una obligada virtud dominicana. Merced a mi boca callada, y a mi relativa indiferencia, puedo contar todavía con vida.

¿Se ha dado usted cuenta ya, señora? Soy dominicano y he gozado de todos los privilegios inherentes a esta honrosa condición.



CARTA 17

He cambiado de residencia, señora. Treinta y un años de exilio es bastante. He venido a descansar y a morirme aquí, en Santo Domingo, donde vine al mundo, como le consta a muchas personas, y de lo cual estoy orgulloso. Porque los capitaleños nos consideramos propietarios de muchas glorias. Aquí nacieron «ellos», y no tengo más que agregar. Puede usted enterarse con fray Cipriano de Utrera, historiador bien documentado, a juzgar por sus últimas publicaciones, de todo el abolengo que corresponde a los habitantes de esta ciudad. Treinta y un años fuera de este recinto es suficiente. He vuelto a ver los sitios por donde discurrió mi infancia y parte de mi adolescencia. Esto me ha traído a la mente recuerdos penosos y agradables. Todo ese tiempo hacía que no había vuelto a ver la cueva de las Golondrinas, Güibia, ni el castillo del coronel Aussenac, francés auténtico, tan auténtico como Imbert, esa especie de La Fayette que tanto nos honra. No conocía tampoco a Villa Francisca, el antiguo Galindo, donde gocé de tantos *toros con veta*, sobre todo, en las tardes en que el Dr. A. M. Soler, daba sus clases de matemáticas en el Liceo Dominicano.

En los primeros años estaba muy contento, y hasta llegué a estar orgulloso de mi residencia accidental. Hube de pensar que de allí no saldría nunca. Pero en estos últimos años, en que Macorís se ha desdominicanizado, no me sentía bien hallado. Porque es bueno que usted sepa, que, a pesar de todo, no concibo que nadie pueda ser más dominicano que yo. No porque me les parezca por completo, sino porque en ningún momento he abandonado la esperanza de una seria rectificación en todos los órdenes de la vida. Soy dominicano, y amo a mi país por sobre

todas las cosas, y censuro sus defectos, a veces acremente, por el amor que le tengo y el irresistible deseo de que estos se corrijan a cualquier precio. Por eso yo no estaba bien en Macorís. Es una ciudad de *místeres*. Allí tengo muy pocos compatriotas. Me sentía a veces tan solo, tan desligado de toda clase de vínculos, que me invadía una profunda tristeza. Ni en los hombres ni en las cosas encontraba suficiente interés para mis afectos. Todo allí cambia, se transforma, a ojos vistas. Todo es transitorio: las cosas y las relaciones. Nada es permanente, y unas y otras carecen de historia. Hasta los muertos se entierran provisionalmente. He tenido ocasión de ver inaugurar más de tres cementerios; y he visto casas de comercio levantadas sobre el terreno en que descansaban los despojos mortales de Rafael A. Deligne. Esto, como usted comprenderá, escalofría hasta los huesos. Parece que los muertos tampoco gozan allí de completo reposo. Los pueblos jóvenes no conocen tradiciones, ni las aman, ni sienten veneración por ellas. No podía vivir más en Macorís. Me levanté respetando y amando al Nazareno, el Patriarca de mi barrio, y no quería morir sin estar cerca de él, por la gran influencia que ejerció en mi espíritu durante mi adolescencia. Esa iglesita apartada y sencilla, ha sido muchas veces el centro de mis meditaciones. ¡Cuántas veces repiqué las campanas en su pequeña torre! ¡Y cuántas contribuí a arreglar su altar en vísperas de Miércoles Santo! Un temperamento así, no podía vivir en Macorís, donde todo sufre una continua renovación. Macorís es una ciudad en la cual ocurre el fenómeno de que mientras más tiempo permanece uno en ella, más desconocido es, y más solo se encuentra. Casi todo el mundo es extranjero. ¿Quiere usted creer que en más de una ocasión se me preguntó si mi padre era puertorriqueño? Y murió allí. Es, pues, por estar dentro de los míos, por lo que me encuentro aquí, entre otras razones, tal vez más importantes.

Señora, he tenido que emigrar. Desde San Isidro, la primera factoría azucarera del este, hasta Baní y hasta La Cumbre, casi todos los habitantes son mis verdaderos compatriotas. Esta es una satisfacción que no tiene precio. Dentro de esos límites, está mi pequeña patria. Con esos hombres puedo hablar de Lílís, de Luperón, de Moya, del Padre Las Casas, de Oviedo, del Padre

Meriño, de Ferrand, de la Anexión, de José Joaquín Pérez, de Salomé Ureña de Henríquez, del Padre Billini, del Alcázar de Colón y de muchas otras cosas más, en la seguridad de que les hablo de cosas interesantes, que conocen y que aman. Estos hombres me comprenden y sienten lo mismo que siento yo, cuando ven el carbón en *petaquitas*, cuando ven un arriero, cuando pasan por delante de la Catedral Primada, cuando ven el Cristo de San Andrés, el Baluarte del Conde, o la negra de Los Minas o San Cristóbal, que cruza las calles en un lujoso automóvil o que conversa en la acera con una señora distinguida, en cuya casa tal vez se ha criado y goza de cordiales consideraciones. Estos hombres, señora, son mis compatriotas. Quedan pocos. Los dominicanos somos ya un emparedado, como le he dicho en otra parte. Estamos reducidos a una faja de territorio que se extiende desde Santo Domingo hasta La Isabela. Por el este, tenemos a las compañías azucareras con sus cocolos y haitianos y sus *místeres*. Y por el oeste, tenemos a Haití, que a pesar del célebre Tratado de la Altagracia, se aprovecha despiadadamente de nuestra falta de hombres. Ya se explicará usted por qué he emigrado, es decir, me he repatriado.

Pero esa no es realmente la causa principal. Usted no es capaz de imaginarse la verdadera causa, la primordial. Estoy aquí por el acueducto. Sí, señora, el acueducto es mi encanto. Y aun cuando las razones expuestas parezcan de más peso, quiero que sepa que el acueducto ha ponderado mucho en mi decisión. ¡Qué divino! Yo que sufrí los pozos aquí en Santo Domingo, que odiaba y que les temía. Que fui una víctima de la *batea*, de la clásica *batea*, durante mi infancia, luego de la bomba aleatoria, que casi nunca o pocas veces funcionaba bien; que fui víctima también del agua de pozo macorisana, que ni moja ni limpia, que no sirve ni por su acción mecánica, que no es potable, que no conviene a la industria, y que parece aliada de todo lo sucio, he tenido que sentir, señora, una gran satisfacción con el acueducto. No puedo resistir a la tentación de decirlo. ¡Qué alegría! ¡El Isa, que no conocía, que mi maestro de geografía, el señor Castro, no me nombró nunca, que yo recuerde, en mi cuarto de baño! ¡Esto es estupendo! Durante los primeros días, tenía la obsesión de la bomba, del tanque, y apenas abría la llave. Me parecía que aquella no iba a

funcionar o que este tenía poca agua. Procedía con una economía hecha hábito. ¡Acueducto después de viejo! Tendré que acostumbrarme. Luego, poco a poco, me fui familiarizando con la idea de que esta agua no se acababa nunca, de que podía disponer de ella a mi antojo, y entonces sentía una alegría casi infantil, al abrir las llaves. Las abría, a veces, sin necesidad, para comprobar si era verdad que no se terminaba el agua. No sé si alguien se explicará lo que yo he sentido. Un río en mi casa, después de haber vivido bajo el tormento del pozo, de la bombita, del tanque levantado y del agua mala. Y al pensar que debo haber bebido tanta porquería, mi satisfacción no ha tenido límites. El acueducto, señora, es mi mayor encanto. Abro las llaves para ver correr el agua, y aunque ya me voy acostumbrando, gozo mucho, pero mucho, cuando me doy un baño. No me había bañado nunca en mi país. Ahora es cuando lo hago, y con qué frecuencia. Estoy loco de contento. No sé si mis conciudadanos están ya habituados, pero si no lo están, sentirán lo mismo que yo. Hemos dado un gran paso en el camino de la civilización, desde que tenemos acueducto. Ya se harán sentir sus efectos dentro de algunos años. Y pensar que hasta hoy nos habíamos pasado sin él. ¡Estoy encantado! El acueducto es lo que me tiene aquí. Sepa que esta agua sin taza me hace muy feliz. El agua y las ruinas me fortifican el espíritu. Y todo esto lo tengo en Santo Domingo de Guzmán, mi ciudad natal, donde estoy a sus órdenes y desde la cual le escribiré en lo sucesivo, más limpio y más inspirado.

Señora, Otto Schoenrich, otro de los autores que se han ocupado de mi país y que ha escrito un libro, sobre el cual no me he formado todavía un juicio definitivo, afirma, que si la cantidad de jabón consumida por un pueblo da la medida de su grado de civilización, los dominicanos deben reclamar para sí un grado muy elevado, pues la cantidad de jabón que consumen es extraordinaria. Ya ve usted que, a pesar de todo, se nos hace a veces justicia. Somos un pueblo limpio. El estado de nuestras ciudades y de nuestras calles, no debe alarmar a nadie, ya que no hacemos otro uso del jabón que no sea para bañarnos. Nos bañamos, pues. Somos, por lo menos, limpios, y si acaso algo sucio tenemos, será la mente, porque esta sí que no se puede, por desgracia, limpiar

con jabón. Pero un pueblo limpio de cuerpo es un pueblo que hace concebir lisonjeras esperanzas. Se puede esperar algo bueno de él, aunque tardíamente. Estoy orgulloso de que se nos reconozca esta cualidad. Y conste, que cuando el señor Schoenrich escribió su obra, no había acueducto. ¿Qué diría ahora? Reviento de orgullo al pensarlo. Agua y jabón. ¿Se puede pedir más por el momento?



CARTA 18

Señora:

¿Le ha inquietado mi silencio? No se preocupe usted por eso, que ni el ciclón de San Zenón, vengativo y truculento, ni la catástrofe del R-101, ni los últimos terremotos, ni las recientes avalanchas que en estos días han sembrado el pánico en algunos sitios de Francia, ni los trágicos siniestros mineros, ni ningún suceso, por extraordinario que sea, me harán olvidarla. Usted es mi refugio, mi consuelo. Su espíritu, superior, exquisito, es mi único remanso en la vida, mi puerto seguro, donde desembarco, feliz, mi tremendo equipaje pesado y doloroso y donde encuentro la paz y el sosiego y el descanso necesario para continuar luego mi penosa peregrinación por la vida.

Siempre tengo que decirle algo. Cuando no le escribo, estoy acopiando datos, redactando notas o completando mi *Diario*. Mi silencio no es inactividad, inercia, fatiga o desgano. Mi silencio es gestación. ¿Comprende usted? El silencio es una cosa admirable. Mientras callamos, meditamos. Casi siempre lo que no se dice es lo mejor que pensamos o lo que más hondo sentimos. Dentro de nosotros se conserva lo más valioso de nuestra personalidad, como el oro virgen en el corazón de la montaña.

Estos días que corren son días muy tristes, muy desolados. Por donde quiera que uno dirige la mirada, solo contempla ruinas, escombros. Y ese panorama puede que sea la causa de mi silencio. Usted no tiene una idea de cómo han quedado los espíritus después de la horrible catástrofe. Detrás de los escombros materiales están esos otros escombros invisibles bajo los cuales han perecido centenares de ilusiones. Es una desolación completa. ¡Qué días tan amargos estos que estamos viviendo...! Un egoísmo

feroz se ha apoderado de nosotros. Estamos asidos a la vida casi con desesperación. Hemos perdido muchos seres queridos y no hemos derramado una sola lágrima. Hay dolores tan intensos en la vida, tan hondos, tan profundos, que se traducen a veces por una viva alegría. Es que el verdadero dolor o ríe o calla. Ríe, porque nos suele llevar hasta la inconsciencia, o calla porque nos impone y nos hunde en graves reflexiones.

Pero, las ruinas serán reconstruidas. Sobre cada nueva piedra colocaremos una nueva ilusión. Y la vida volverá a discurrir por su eterno cauce. ¿Qué quiere usted? Es una locura pretender que se nos tome en cuenta.

Señora, no la he olvidado. Pienso para usted y por usted. ¿Qué más le interesa saber? Estoy vivo. Todas las mañanas veo levantarse el sol sobre el mar y por las tardes lo veo hundirse detrás de las montañas. ¿Habrá dicha mayor? Mientras goce de este privilegio no morirá en mí la fe, no descansará mi brazo, ni tendrá treguas mi pensamiento. El corazón seguirá su ritmo acostumbrado.

Estoy vivo, pero todavía estoy asombrado. Mis ojos están desorbitados. Las cosas que tengo que decirla no son trascendentales, son estupendas. Pero hoy estoy pensando tonterías. Y no puedo resistir la tentación de decirlas. Las estupendas serán para otra oportunidad. ¿No sabe usted que ha ocurrido un monstruoso ciclón tropical de más de ciento ochenta millas por hora, superior al que le había descrito y el cual posiblemente no pasó de cien o ciento veinte millas? Aquel ciclón ocurrió en 1894 y este el día tres de septiembre de 1930, fecha que no olvidarán los capitaleños, ni la República, por que la magnitud del fenómeno fue apocalíptica.

Mi amor a la ciencia y mi respeto a los sabios estuvo a punto de costarme la vida. Los meteorólogos, que no se dan reposo en la publicación de informaciones sobre las perturbaciones atmosféricas, habían asegurado que el ciclón pasaría a cien millas de la costa de la isla; y hasta hubo quien me aseguró que había pasado la noche del día dos de septiembre, con dirección a Haití. No tenía, pues, por qué preocuparme, y a pesar de la lluvia y de la persistencia del viento, no tomé ninguna precaución. Mi confianza en la gente que sabe no tiene límites.

Así, pasé la hora meridiano del día tres de septiembre, fumando y leyendo, y de vez en cuando, observando por detrás de los cristales de la ventana, el aspecto de mi vecindario. A eso de la una y treinta me entretenía en ver algunos árboles que se inclinaban, algunos techos que perdían planchas de zinc. Vi una casita que se acostó sin ruido, y todo eso me parecía una película cinematográfica, porque en la habitación en que me encontraba, cerrada, no se oía nada. Hasta esa hora seguí creyendo en lo de las cien millas al sur de la isla. Pero, momentos después, el techo de un chalet vecino se levantó como un globo y ya mi fe se quebrantó definitivamente. Los cálculos habían fracasado. Estábamos en pleno ciclón.

Durante cuatro interminables horas, que no quiero recordar, estuve frente a la Muerte, mirándola sin pestañear, sintiendo sus caricias y viéndola esgrimir su guadaña con furia olímpica.

Los que presenciamos esta escena dantesca y fuimos testigos de tanto dolor, de tanta desolación y de tanta miseria, no la olvidaremos jamás, ni tendremos palabras para describirla. Ya usted sabe lo que significa un ciclón en el trópico, y San Zenón alcanzó proporciones fantásticas.

Este ciclón ha acabado conmigo. Catorce legajos de manuscritos, la obra de treinta años, se han perdido. Este ha sido mi mayor dolor. Notas, discursos, conferencias, ensayos, todo se ha perdido. Lo que no se puede rehacer. Esta es mi mayor pérdida. Yo, que había venido aquí, a Santo Domingo, a poner todo esto en orden, a pasar mis últimos años tranquilo, haciendo mi balance ideológico, he perdido mi corona de laurel, por la cual había luchado toda mi vida. San Zenón me ha reintegrado al montón anónimo de la noche a la mañana. He tenido otras pérdidas, mi biblioteca, mis muebles, etc., pero ninguna me ha apenado tanto como la de mis manuscritos. Todo lo que había escrito para usted, también se ha perdido completamente. ¡Pero no importa! San Zenón me dará abundante material. Tenga, pues, paciencia y aguarde unos días.

Lo que ha ocurrido, señora, es sencillamente estupendo. Tanto en el orden físico como en el orden moral. A no ser por los extranjeros que vinieron en nuestro auxilio, nos hubiéramos muerto todos, porque el ciclón nos incapacitó de momento hasta

para recoger los escombros, atender a nuestros heridos y socorrer a las víctimas. Solo se exaltó el instinto de conservación, y las provisiones que se nos enviaron eran pocas para tranquilizarnos. ¿Comprende usted? Teníamos hambre, mucha hambre.

Afortunadamente ya se nos va organizando, se nos ha dado lo indispensable, se nos vacunó, se nos dio ropa y hogar y ojalá se lleve el auxilio hasta el extremo de enseñarnos un poco más de previsión y de darnos o hacernos un mejor sentido de la vida.

¡Por cuántos dolores tiene uno que pasar en la vida, señora...!



CARTA 19

Señora:

No es que yo lo desacredite; por el contrario, siento un profundo respeto hacia él. No lo he usado nunca ni creo que lo usaré. Para poder llevar un frac, se necesita tener especiales condiciones físicas, morales y mentales. El frac es muy exigente. Es una pieza tan acabada, tan definitiva, tan característica, que su uso tiene que estar completamente reglado. Es solemne y puede ser ridículo. Un cojo no puede usar un frac, ni tampoco una persona que tenga mal carácter, ni está bien en un filósofo, que podría quemar o ensuciar sus artísticos faldones. El frac tiene su personalidad, como la tienen todas las cosas de la vida, en particular, las creadas por el hombre. Yo no tengo la autoridad suficiente para hablarle de esto. Sobre el frac se puede escribir mucho. No basta una monografía. Podrían escribirse volúmenes. Su origen, sus transformaciones, su historia: social, política; sus usos, sus fines, sus funciones; todo eso ocuparía mucho tiempo, mucha tinta, y necesita mucho saber, que yo, señora, no tengo, no puedo tener, ni lo ambiciono. No sé cómo se me ha ocurrido hoy ocuparme de estas cosas. En estos días no he visto uno. El frac tiene sus días, sus horas, sus momentos. Y estos días que corren no son propicios a su aparición. Pero hoy he pensado mucho en él y en las razones por las cuales yo no lo he usado nunca. Pocas veces me he encontrado frente a ellos. Andamos, por lo regular, muy distanciados. Me gusta, a veces, verlo de lejos. No tengo temperamento para usarlo. No congeniamos. El frac tiene sus hombres. Cuando yo estoy frente a uno de ellos tengo que hacer un gran esfuerzo para acercármele. Tengo que desdoblarme. El que se dirige al frac es otro hombre. Yo me

escondo, me disimulo. Es que el frac tiene una ideología extraña a mi carácter. Pero yo lo comprendo. No creo que alguna vez me haya encontrado fuera de las circunstancias. Por lo regular, me pongo a tono. Al hombre que lleva un frac me dirijo siempre en un lenguaje apropiado al caso. ¿Cómo está usted? ¿Cómo están sus amistades? ¿Cuándo se casa la señorita Rosita? ¿A qué hora tendrá lugar la recepción en casa de los Pérez? ¿Quién le hizo esa pieza? ¿Es importada? ¿Acaso Moreau puso sus manos? Y así sucesivamente. Hay que tener el sentido del meridiano. Porque, por lo regular, el frac no piensa mucho, no se fatiga, agrega una encantadora ligereza al que lo lleva. No es una prenda pesada. Eso se ha tenido en cuenta.

No sé, señora, si estas consideraciones sobre el frac pueden tener algún interés, pero yo escribo para usted todo lo que pienso. A veces le diré tonterías, pero le escribo con tanta sinceridad que no callo nada. El frac fue inventado para el hombre, pero no para todos los hombres. Y el que no reúna las condiciones indispensables para usarlo no debe ocuparse de él. Todos no lo podemos llevar. Porque todos los hombres no somos iguales. Los cojos, los mancos, los jorobados, los de baja talla, no pueden llevarlo, porque es una prenda armoniosa, artística. Los despreocupados, los meditados, los abstraídos, tampoco pueden usarlo. Porque el que lleva un frac no puede apartarse de él. Los hombres que no aman la sociedad y sus formulismos deben prescindir de esta prenda. El frac, en una palabra, es para los otros. Usted, sin duda, me comprende. El frac tiene sus hombres. Hay que atenderlo, cuidarlo y saberlo llevar, honrándolo y prestigiándolo, y para todo eso hay que tener tiempo, mucho tiempo. ¿Comprende usted?

Yo no he usado nunca un frac ni creo que lo usaré jamás. El frac no es una prenda apropiada para un hombre tropical. El frac *no tiene carácter*, es una pieza impropia para muchos hombres. Donde se encuentra el frac impecable, modelado, debe haber una sonrisa a cada instante, una movilidad armoniosa, rítmica, una expresión jovial, iridiscente. Porque el frac exige todo eso. Y eso no lo pueden dar todos los hombres. El frac se explica por sí solo.

Esta, señora, como todas las reglas, tiene sus excepciones, pero le puedo asegurar que en las excepciones, el frac no está en su lugar. En estos casos, los fraques están desplazados. Y los enfracados, sufren, sufren horriblemente. Y cuando sus expresiones no demuestren este sufrimiento, se puede asegurar que estos hombres no conocen el ridículo...



CARTA 20

Vivo la vida, señora, desinteresadamente, sin prejuicios. Reducido a mi valor real, intrínseco. Le tengo horror a los ceros a la derecha y me importa muy poco saber que otros se obstinan en ponérmelos a la izquierda. No me interesa determinar el lugar que ocupo. Solo pienso en mí para cumplir mi fisiología moral y física. ¿Ha comprendido? Mi vida se desenvuelve con la naturalidad de una función preestablecida, instintivamente. Solo obedezco al sentido de conservación. Y no creo que pueda mejorarla, ni dedicarla a otras actividades, que no sean las que me indique ella misma. Vivo mis ideas, las que espontáneamente florecen en mi mente; cultivo mis naturales sentimientos, los que he encontrado silvestres en mi corazón; y solo soy esclavo de mis propias determinaciones. Estoy donde me siento bien hallado. Place a mi espíritu la libertad en la acción y en el pensamiento. Estoy naturalizado con mi ambiente. Y desde mi rincón me conformo con la cantidad de luz que me ha tocado, con la calidad de la tierra en que vivo y con la lluvia que me pudiere caer. Ni subo ni bajo. Vivo una vida de sinceridad conmigo mismo. «Soy así», me digo a cada paso, ante las sollicitaciones del medio, y permaneceré así, porque esa es la ley de mi vida.

En la vida social como en la vida orgánica, cada elemento está especializado por ley de determinismo; y si el estómago no puede hacer de corazón, tampoco el hombre humilde puede fungir de gran señor. Todos poseemos una sola función social, un solo lugar social, y estaremos desplazados, seremos inútiles y perjudiciales, cuando ocupemos sitios que no nos pertenezcan, que sean impropios a nuestras características. Ni los ceros a la derecha, ni los ceros a la izquierda alteran el valor social de un hombre.

Si es una unidad verdadera, como tal será considerada en todo tiempo y en todo lugar. Y si es una fracción, a su valor primitivo será restituido.

Porque la vida individual tiene sus características preestablecidas, que son leyes fundamentales inviolables. Yo soy así y usted es así. Los demás tendrán sus aspectos especiales. Porque el individuo es una resultante de una simbiosis de elementos igualmente característicos y todas sus modalidades están contenidas en cada una de sus partes, que se han venido especializando a través del tiempo, quizás siguiendo leyes que jamás serán conocidas. Y por eso es que se debe vivir como se es, no como se podría ser. Uno es todo lo que está en uno y como está en uno. ¿Ha comprendido?

Vivo, pues, así, porque no puedo vivir de otra manera. Son mis órganos los que mandan. No soy yo. Y esto es lo que no comprenden muchas pobres gentes que creen en su independencia y en su voluntad.

Puede que usted se haya extraviado un poco. No le hablo para que sonría, le hablo para que piense. En una palabra, le estoy haciendo filosofías. ¿No se había usted dado cuenta?

Señora, viva usted su vida y deje a los demás vivir la suya. El curso de la vida de un hombre está fuera de su control. No se puede reglamentar. Discurre en medio de tantos factores, que es imposible trazarla un derrotero determinado. La vida tiene una evolución fatal. Nada ni nadie la puede controlar. Cuando un ave ha dejado la débil rama de un arbusto por el robusto brazo de un árbol corpulento, para difundir mejor su canto, para ver más de cerca el sol, en busca de ambiente más diáfano o para su mayor seguridad, se acerca el cazador y le corta el hilo de la vida, súbitamente, inesperadamente. Así son de imprevistas las circunstancias que rodean la vida. Nunca sabemos lo que nos espera detrás de la hora que viene. Lo imprevisto, a menudo, es la regla.

Lo que hacemos, no siempre sabemos por qué lo hacemos. Quiero decirle que somos lo que debemos ser por ley de nuestra propia organización. ¿Y la educación? preguntará usted. Pues la educación nos impide comernos los unos a los otros, nos hace

menos ásperos, pero raras veces destruye nuestras inclinaciones naturales, que son la expresión de nuestra constitución, del predominio, calidad y función de ciertos órganos. La educación no tiene nada que ver con la fisiología ni con la anatomía. ¿Comprende usted?

La ciencia inventa pocas veces. El hombre primitivo se explica los hechos de la naturaleza con tanta perfección como el hombre civilizado. Los hechos son siempre los mismos, solo cambia la terminología. Los antiguos relacionaban el temperamento con el predominio de ciertos humores o de ciertos órganos. Tenían la idea de que las características morales estaban reguladas por la anatomía y la fisiología. Los sabios contemporáneos han llegado a la conclusión de que son las secreciones internas las que gobiernan la personalidad. En la edad media, decir esto, se hubiera considerado como una locura. Hoy es admitido por todos. Es la expresión de un hecho que la filosofía no puede desnaturalizar. Los hechos son los que se imponen en todo tiempo y las palabras las que cambian. El lenguaje lo oscurece todo, las más de las veces.

¿A qué vienen estas filosofías? dirá usted un poco alarmada. A nada; discurriendo sin prejuicios, sencillamente, llanamente. Haciendo correr la pluma por encima del papel con entera libertad, sin volver atrás. Ha sido a propósito de una frase que he acabado de oír en boca de un amigo, con motivo de una expresión, por lo que se me ha ocurrido todo cuanto acabo de escribirla.

«Usted vive así, despreocupado de la vida», se me ha dicho. Y es verdad. Vivo con una naturalidad tal, me siento tan holgado en la vida, como si mi lugar no fuera ocupado por nadie; tan cómodo, como dentro de mis propios vestidos, sin querer ponerme los ajenos ni ocupar sus sitios. No siento la necesidad de hacerlo. Vivo, pues, como corre un río, sin saber ni preocuparme por si el cauce estaba antes que el agua o viceversa. Ocupo lo que considero mi lugar y pienso que, como estoy en mi puesto, ni molesto ni estorbo a nadie. Soy feliz, relativamente feliz, dentro de mi indiferencia; es decir, viviendo mi vida por mi cuenta, de acuerdo con su determinismo que siempre debe manifestarse por mis

gustos y mis inclinaciones y mi temperamento. Me estoy quedo en mi patio. Asido a mi instinto de conservación y nada más.

Ya le he dicho que no me preocupan los ceros, ni a la derecha ni a la izquierda, y si soy realmente una unidad tampoco me importa.

Señora, la filosofía es así, ininteligible. Es cosa de locos. ¿Se da cuenta?



CARTA 21

Señora:

La capital de la República Dominicana es Santo Domingo de Guzmán. Es una ciudad pequeña, apenas sesenta mil almas se encuentran en ella, pero le aseguro que es una ciudad característica. El sol del trópico la esteriliza ocho o más horas durante el día, y un cielo diáfano, groseramente estrellado, la cobija por las noches. A menudo una lluvia copiosa, torrencial, parece anegarla, pero no hay tal. Se aplaca el polvo, se hace bastante lodo y todo se ensucia un poco, más de lo que estaba antes. No hay inundaciones que temer.

No es una ciudad industrial. Dos o tres fábricas de hielo, una de ropa, dos o tres chocolaterías en algunos patios, dos o tres molinos de harina de maíz, una fábrica de muebles y tal vez una fábrica de botellas. Se hace cerveza. Se vende energía eléctrica y, a no muy bajo precio; se come un pan excelente y hay acueducto y teléfono automático. Es el asiento del gobierno y no tiene todavía una guía oficial. No la necesita. No tenemos un *Baedeker*. Pero en cambio, a la vuelta de cualquier esquina, se puede encontrar a don Luis Alemar. Don Luis Alemar es la historia viva, andando, hablando, y sabe todo el valor de esta ciudad incomparable. Yo vivo detrás de don Luis Alemar. Cada vez que le encuentro lo llamo y le interrogo. Venga acá, don Luis, ¿qué hay de Montesinos, qué dice Oviedo, cómo le va al Padre Las Casas, dónde está *Barriga Verde*? Y don Luis habla como si hubiera vivido en todas las épocas. Es la historia que más me encanta y casi la única que consulto. Cuando don Luis está sentado por delante de mí, todas las glorias de esta ciudad de Santo Domingo desfilan por mi imaginación. Veo a Toussaint Louverture montado en su caballo, los dientes relucientes y la

mirada relampagueante, proclamando la unidad política de la isla; veo a Guacanagarix y a Colón debajo de un mango, cambiando impresiones; veo a Ojeda con sus botas de siete leguas, oigo al Gran Comendador Ovando, veo a los negros Aradas transportando sillares para la Catedral Primada. Cuando don Luis y yo hablamos, me transporto a aquellos tiempos heroicos y gloriosos. ¿Dónde vivió Vasco Núñez de Balboa, dónde dormía Fuenmayor, por qué calle paseaba Bobadilla, a qué hora dormía el Conde de Peñalva y cuáles eran las damas preferidas por Hernán Cortés? Todo esto se lo dirá Alemar. Las citas de Borgellá, los amores de Santana, el gesto de Núñez de Cáceres, en fin, todo lo que usted desee saber. La estatura de Drake, la mirada de Kerverseau, la sonrisa de Boyer, que tenía dos incisivos menos. ¡Qué poder de evocación, señora!

¿Para qué *Baedeker*? Los turistas se quedan maravillados. Yo he visto a don Tomás de Portes e Infante, oficiando; a Montesinos en el púlpito, a Enriquillo meditando, a Anacaona componiendo areítos, las Carabelas; y he vivido las noches coloniales, oscuras, silenciosas, en que esta ciudad de Santo Domingo, arrullada por el Caribe, atraía las miradas del mundo, allá en 1525.

Las banderas españolas en la Torre del Homenaje, los negros descargando las Carabelas en la playa, los soldados cruzando las calles de la ciudad, los frailes enseñando teología en los conventos, y algunos mulos transportando provisiones para el interior. Todo esto es para mi don Luis Alemar, un archivo ambulante. El archivo de Indias, en una palabra.

Esta ciudad de Santo Domingo, gloriosa, preñada de tradiciones, es incomparable. Pero lo característico de esta ciudad es que posee muchas ruinas y sus habitantes están a su vez arruinados. Parece que las ruinas no son propicias a la prosperidad. Y esto se explica sin gran dificultad. Las ciudades que poseen estos tesoros crean en el espíritu de sus habitantes una devoción por la estabilidad que raya en un verdadero culto. El día que desaparezcan los últimos sillares de San Nicolás de Bari, esta ciudad de Santo Domingo no tendrá razón de ser; y sus habitantes habrán perdido por completo todo interés ya que solo somos los supervivientes de estas lejanas glorias. Un dominicano es algo de San Francisco

de Asís, algo del Fuerte de la Concepción, algo del convento de Jesuítas. No se nos podría concebir sin estas piedras que levantaron nuestros abuelos con el sudor de sus frentes.

Ya ve usted, señora, que hay bastante para erguir la frente, si no fuera porque hemos olvidado todo ese pasado por las miserias del presente. Pocos vivimos alimentando el culto de estas ruinas, porque en nuestros días de renovación, con aeroplanos y con radios, la obra de los conquistadores apenas si interesa más que una cinta cinematográfica. Así es la vida, y así suceden las cosas de la vida.

En nuestros días de comunismo, vivimos a la hora y nada preocupa tanto al hombre, como la conservación de la vida que va siendo cada día más difícil.

Sin embargo, señora, aquí no hay grandes problemas económicos. Estos existirán en los grandes países, en los muy poblados. Aquí vivimos de la agricultura, y la tierra extraordinariamente fértil, y los habitantes sumamente escasos. Nuestra tierra, hasta ahora, la compartimos con el puerco cimarrón o montaraz, como usted lo desee; él en sus predios, que son extensos, y nosotros aglomerados en nuestras ciudades, al pie del colmado o de la pulpería más cercana. Ya le he dicho que somos felices. Todavía en esta ciudad de Santo Domingo usted puede regalarse con un buen pollo, gordo y grande, criado con maíz o con palo de leche, eso no importa, con tal que usted cuente con unos pantalones viejos, no importa la edad, o algún sombrero paleontológico. En vísperas de la Altagracia, o en las cercanías de la Semana Mayor, se puede realizar un pingüe negocio con este singular comercio, sin libros, sin complicaciones, sencillo, honesto, y, sobre todo, provechoso, provechosísimo. No nos podemos quejar. Ni problemas obreros, ni problemas técnicos, ni influencias exteriores, nada, por ahora, nos afecta. Y hay todavía una infinidad de medios análogos para subsistir que sería prolijo enumerar. Aquí, señora, perece de hambre el que lo resuelve voluntariamente. Y consideramos como un crimen el que se haga tal cosa.

Es verdad que este estado no durará para siempre. Ya el agua nos está costando muy cara, y la luz nos produce algunos dolores de cabeza. Hemos resuelto este problema, aparentemente,

pagando con religiosidad estos servicios y abaratando la vida con los otros. ¡Somos tan inteligentes!

Porque esto sí que no puede usted ponerlo en duda. Somos una raza sufrida, pero resistente. Le hacemos frente a todas las contingencias de la vida y de ellas derivamos el mayor provecho. Nuestra sobriedad es legendaria, nuestra paciencia no tiene comparación, y nuestra ingeniosidad está por encima de todo elogio. En punto a resistencia, el dominicano retendrá la supremacía por mucho tiempo. Como nosotros, solo las bestias de carga. Y resistimos sin protestar. Es nuestra idiosincrasia. Es cualidad ancestral: nos viene del indio y del negro, que en esto no admiten rivales. Es, pues, consanguínea. No tenemos nada que envidiarle al burro ni al buey, nuestros compañeros en las delicias del trópico. Parece que se nos ha preparado para este sol divino y cruel, soberano en esta pródiga y bienaventurada zona de la tierra. Sin mayores ambiciones damos el más vivo ejemplo de una perfecta adaptación a las sabias leyes de la naturaleza.

El trópico es el asiento de la tiranía. Todo tiene su origen y su fin en el sol. Este gobierna, soberanamente, despiadadamente. Es el principio y el fin de toda actividad. Engendra, preside y termina todo. Por estos sitios no hay alternabilidad posible. Siempre el cielo estará diáfano, el aire enrarecido y las nubes a una distancia tal que apenas si vale la pena de tomarlas en cuenta. Para sus habitantes esto es una maravilla. Están habituados. No conciben las estaciones. Siempre están verdes nuestros prados. Los ríos no se han helado nunca. Las oscilaciones de la temperatura son tan pequeñas que los termómetros casi son inútiles. Una uniformidad desesperante lo encuadra todo. Por eso no existe el cambio. Por esta causa nuestras ideas hierven continuamente y nos servimos de ellas así, cocidas, en todas las épocas del año.

El despotismo del sol tropical, señora, no tiene ejemplos. Desde que alcanza el horizonte nos comienza a azotar las espaldas. Brilla con irritabilidad. Persigue las sombras con una tenacidad incomparable. No siente amor por las medias tintas. No es tolerante. Diríase que todos sus esfuerzos se encaminan a cocernos. A la hora meridiana nos hace bañar en sudor y parece que esto lo complace. Nada se le puede oponer. En vano las nubes se le interponen

algunas horas. Un día encapotado es su mayor contrariedad y, por lo regular, cuando vuelve a aparecer, al día siguiente, lo hace ensoberbecido. Esto es terrible. Las mismas plantas sufren. Las quemamos en muchas ocasiones. Parece que se le ha destinado esta zona con exclusividad y no admite rivales.

Y no podemos evitar este abrasadero en que se consumen nuestras energías. Este es el infierno de la tierra. Nos tuesta el hígado antes de tiempo. Ya ve usted el combate que tenemos que librar con la naturaleza; luego los avechuchos, que no son pocos, y nuestros semejantes que, debido a esta alta temperatura, siempre viven como abejas irritadas, completan el número de los enemigos con que tenemos que luchar.

Casi vivimos a la intemperie. Nuestras casas tienen que estar abiertas todo el tiempo y, si no tienen suficientes puertas y ventanas, usted puede estar segura de que nos asamos con fuego indirecto. Y esto no tiene arreglo. Así será por los siglos de los siglos, pues obedece a causas astronómicas, que están fuera de nuestro alcance. Todo lo que hagamos por mejorar estas condiciones es inútil. Estamos convencidos, y por eso no protestamos. Vestimos ligeramente y solicitamos las sombras, nos las disputamos con vivo placer. Ya que no podemos hacer otra cosa, plantamos un mango para que nos defienda.

Así es como suceden las cosas por estas latitudes. Los conquistadores sabían eso y dieron una muestra de capacidad importando a nuestros abuelos para echárselos al sol.



CARTA 22

Señora:

Lo que ignora mi amigo Maldonado, que vive dentro de las antiguas murallas, es que hay noches en que no puedo dormir. Por aquí, por mi barrio, que es un ensanche, según el plano que he tenido a la vista, se vive de muy distinta manera. Allá dentro, al pie del convento de Dominicos, en la calle Isabel la Católica, en las inmediaciones de las ruinas de San Francisco o en el parque Colón, se pueden ver y evocar cosas y hechos muy diferentes de los que yo evoco y veo en mi pintoresco vecindario, donde los matorrales, las construcciones casi primitivas y las montañas, me ofrecen panoramas de una belleza y un espíritu completamente retrospectivo.

Maldonado, señora, puede que sienta cierto orgullo. A cada paso ve extranjeros de todas partes del mundo, afanosos, consagrados al comercio. Oye hablar varios idiomas. Por la calle del Conde se entretiene en admirar los establecimientos modernos. Ve mujeres encantadoras. Oye música de radio. El olor de gasolina le complace, porque significa progreso. Piensa en los muros de San Nicolás y en el edificio Baquero, y considera y aprecia, cómo los pueblos evolucionan, crecen y se civilizan. Por las tardes va a los paseos de la costa a ver el mar. Y piensa que por allí cruzaron las Carabelas de Colón hace cinco siglos. O va al parque Independencia a leer su periódico. A enterarse de las últimas noticias del mundo. Puede coger un carro y dar unas cuantas vueltas por la ciudad. En la noche, si lo desea, juega una mano de billar en el club. O toma su *whisky* en un restaurante. ¿Qué más puede desear Maldonado? Por las mañanas, despierta viendo las gruesas vigas de los techos coloniales, y puede permanecer, si lo desea, tranquilo en su cuarto, protegido

por las espesas paredes encaladas que nos dejaron los abuelos españoles.

En cambio yo tengo que madrugar. Desde antes de apuntar el sol hieren mis oídos los gritos consuetudinarios:

-¡Qué hay de huevos! ¡Qué hay de plátanos!

-¡Carboon! ¡Carboon!

-¡Me voy! ¿Qué me dice, marchante?

Y más tarde, al salir a la galería, tropiézome con hombres y mujeres, separados o en grupos, formando cortas filas que se van sucediendo a intervalos casi regulares, como si hubieran salido así, adrede; aquellos enharapados, estas con sus trajes cortos, casi todos con sus pies descalzos o protegidos con pedazos de neumáticos -están de moda-, foete en mano, caminando lentamente, como una procesión, ya detrás de caballitos flacuchos y perezosos, o ya delante de borriquitos diligentes, con sendas cargas de víveres o de carbón, camino del mercado o de las casas de sus marchantes habituales.

O ya es el viejo popular, señor de la carretera, que solo tiene blanca la barba, ocultando su malicia bajo el sombrero de cana, de anchas alas, el que pasa profiriendo mentiras sobre sus huevos, sobre sus mangos, sobre sus aguacates y sobre sus semillas de cajuil, que no tienen comparación. Es un escándalo que solo se atenúa cuando, para hacer honor a la leyenda de la sensualidad africana, la sirvienta de la casa vecina pasa y la detiene con cualquier pretexto para decirle sonreído:

-¡Estás tan buenaza, muchacha, que si no tuviera yo mis hijitas tan crecidas te mudaba!

Para seguir a poco, escurrido, por haberle visto demasiado afuera los dientes a la muchacha, cuando le lanzó una carcajada.

Luego, en la noche, tampoco puedo a veces dormir, como lo hace mi amigo Maldonado. Los *palos* entran a esa hora en actividad. Francisco Gallo o Juan Congo, desde la oración se dedican al baile. Y mi ensanche se puebla de música rara y extraña y de cantos monótonos y tristes. Por todas partes *palos*. Y hasta de la montaña me parece que vienen los cantos melancólicos de la *Maboba* o de la *Maña*.

Y con los ojos duros, como piedras, me imagino allá, en la sección de Santa María, donde es fama que los atabales que trajo consigo el otro abuelito africano, se tocan como en ninguna parte, a la luz de las *jumeadoras* o de algunos *jachos* de cuaba, se apura en demasía el *lavagallos* y se baila hasta el más inverosímil descoyuntamiento, mientras las estrellas, impasibles, brillan o los gallos cesan de cantar.

Y Juan Andra en el *palo grande*, Félix Mandinga y Francisco Pancho en los *alcahuetes*, transportados, con los ojos entornados, contrayendo la cara, moviendo la cabeza y los hombros, midiendo el compás con el pie cuadrado y gris, se esfuerzan en dar a la *Maña* toda su expresión sensual:

¡Aee quimbembé!
Mujer que busca hombre
¡No me engaña, huá!

La noche oscura cubre las cimas y las hondonadas. El arroyo se hace oír desde muy lejos. El burro dormita amarrado a la empalizada del conuco; los perros, sin servicio por la fiesta, están echados en los rincones del bohío; las gallinas tranquilas en el palo, y por todas partes el espacio abierto...

Eso es, señora, lo que ignora mi amigo Maldonado. Pero yo también siento un poco de orgullo a mi manera. Porque estos *palos* y aquellas ruinas, Santa María con sus conucos y sus ranchos y sus negros, y la calle del Conde con sus vitrinas elegantes, todo eso es La Hispaniola, cuya odisea, como la de Ulises, aún no ha terminado.



CARTA 23

Señora:

Deambulando en una de estas noches tropicales en que la temperatura es tan elevada, que parece que uno ha sido condenado a morir asado, alcancé el desolado parqucito consagrado al culto del Padre de la Patria, y tomé asiento en un banco. El cielo estaba despejado, nítido, y la vieja iglesia del convento de Dominicos, añoraba tal vez mejores días. Era yo el único ser viviente en aquellos parajes y a esa hora.

Agobiado por la fatiga, vencido por alguna pesadumbre o sumergido en hondas reflexiones, es el caso, que no sé si soñaba o estaba despierto; pero vi, no sin sorpresa, que el Padre de la Patria descendía de su pedestal y se me acercaba, lentamente, lentamente, como para no ser visto. Cuando estuvo a mi lado, dijo:

–Señor, excúseme. Hace tiempo que buscaba una oportunidad. No puedo más. Yo no soy un libertador. ¡No lo he soñado jamás! Yo simplemente soy un amigo de Tomagnini. Un amigo que frecuentaba a menudo su taller de escultura para venderle frutas. Y esta situación en que me encuentro no se puede sostener más.

Hizo una pausa. Era indudable que este hombre estaba visiblemente preocupado. Sus ojos, excavados y profundos, reflejaban una honda melancolía. Después de breve silencio, continuó:

–No me explico qué pretenden conmigo. Esta levita me sofoca, y esta actitud tan destemplada, con este legajo, que bien pudiera ser un paquete de periódicos o una factura al cobro, presentados humildemente, me llenan de enojo. Yo no soy libertador, ni cosa que se le parezca. Sé que dicen que represento a Duarte, un caudillo de este pueblo; y no me explico por qué ilusión estas gentes han creído eso. Yo soy Giacomo Cavaraducci. Ese es mi

verdadero nombre, italiano. No he libertado pueblos; toda mi vida he vendido frutas. Tomagnini me conoce bien.

No sé, pues, cómo me han traído aquí con este traje y me han impuesto a la admiración de este país. Es una situación intolerable, señor. Me urge que se tome alguna determinación y por eso me he decidido a hablarle a usted.

Mi sorpresa fue enorme. Aquel infeliz, que parecía torturado por una idea fija, había tomado asiento a mi derecha en el mismo banco que yo ocupaba. Le embargaba una gran tristeza, parecía estar desesperado. Hablaba pausadamente; y luego se hundía, al parecer, en profundas reflexiones. Asombrado, le escuchaba.

–¿Puedo saber, señor –decía– la urdimbre de esta trama que me ha traído aquí? ¿Podré escapar algún día para mi país? ¿Qué se piensa hacer conmigo? ¿Podría usted darme algunos informes? ¡Oh, esto es sencillamente horroroso! ¿No podrían ustedes establecer negociaciones con el ministro italiano para mi repatriación? Dígame algo, señor; no comprendo. ¿Voy a permanecer aquí con esta mano en el pecho y estos manuscritos por toda la eternidad? Compadézcase de mí, señor, y déme, por favor, una explicación.

Ante la súplica reiterada y todavía dentro del estupor que este acontecimiento me había causado, me decidí a hablar.

–Señor Cavaraducci, esta es una historia muy larga y hasta penosa. Yo no estoy bien documentado sobre el particular. Por ahí circula un folleto en que se da una detallada explicación de su caso. Es del doctor Henríquez. El doctor Henríquez es el padre del Padre de la Patria, y el Padre de la Patria es Juan Pablo Duarte, a quien usted tiene el honor de representar. Mucho trabajo ha costado lograr que usted esté entre nosotros, y si usted se marcha, sin duda, nos causará un conflicto mayúsculo. Es mi opinión que usted debe permanecer aquí, en este país. Se lo agradeceremos eternamente. Usted nos redime de muchos pecados, nos halaga el amor propio y nos honra con su presencia. Reflexione. Usted y Duarte, nuestro héroe, son dos personas distintas, pero ya estamos acostumbrados a verlo en usted.

–Pero, ¿cómo –me interpeló, el bondadoso Giacomo– es posible que ustedes me tomen a mí por su héroe nacional?

–¡Ah –contesté–, así son las cosas! Nosotros los dominicanos somos así. Ya no podríamos pasarnos sin usted. Diariamente le vemos, y como en todas estas cosas los convencionalismos pueden mucho, usted es para nosotros Duarte, aunque usted no lo crea. Y no se enoje. Duarte era un buen ciudadano. Su papel es airoso. No fue un guerrero, fue un ciudadano pacífico y conciliador. Un alma limpia, señor. Era blanco, así como usted, y descendía de españoles. Usted representa, pues, a un hombre bondadoso, incontaminado. No dijo nada que pueda comprometerlo a usted. Puede estar tranquilo. Fue un patricio ejemplar, manso, tranquilo. Su situación, por tanto, no es de gran responsabilidad.

–Le agradezco, señor, sus informes –exclamó el manso Cavaraducci–; pero le reitero que mi situación es intolerable. Dígaselo a sus *connazionali*. No puedo más. Usted me ve así, al parecer indiferente, pero estoy delirando con Italia, mi patria; de noche y día mi pensamiento está allá. Yo no estoy con ustedes. Haga algo en mi favor, *per la Madonna, signore, per la Madonna...!*

Se levantó, y tomando mi mano entre las suyas, enormes, se despidió camino de su pedestal, no sin antes exclamar, avergonzado, inconforme: *¡Areveduchi, signore...!*



CARTA 24

Señora:

Hoy he amanecido con estas preocupaciones que yo suelo llamar filosofías. No puedo evitarlo. Las filosofías se me presentan a mí de momento, inesperadamente. De repente, *frunjo* el entrecejo, guardo silencio, enciendo un cigarrillo y, ¡ya!, a filosofar tranquilamente. Después, a escribirla, porque no me puedo pasar sin estas confidencias. ¡Es usted tan inteligente! ¡Se interesa tanto por conocer mis ideas!

Hoy le ha tocado el turno al sentido común. ¿Qué cosa es el sentido común? Soy enemigo de las definiciones. El hombre no está en capacidad de definir nada en este mundo. Este mundo no tiene solución de continuidad. Es una especie de movimiento, uniformemente acelerado, en el cual solo hay lo que los físicos llaman *momentos*, es decir, la concepción de una modalidad de ese movimiento, dentro de sus coordenadas geométricas. ¿Le parece oscuro esto? Pues dejémoslo así; un esfuerzo por aclararlo lo embrollaría más. No hay, pues, solución de continuidad y el sentido común no se puede definir.

Sin embargo, señora, sentido común es algo que armoniza, que sintoniza, que está en resonancia, como dicen los físicos; que hace que las cosas se parezcan, vayan juntas, no discrepen, ofrezcan analogías o puntos de contacto, que simpaticen, que afinen, y en general, que, ya sean ideas o cosas, ya se trate del espíritu o de la naturaleza, que no se opongan, que estén a tono. ¿Está usted? Y esto es precisamente lo que no ocurre con la frecuencia que fuera de desear. Ya lo dijo alguien: *es el menos común de los sentidos*.

Por lo regular solemos vivir divorciados de la realidad. Cuando debemos tomar el camino hacia el Norte nos dirigimos al Sur; y

cuando es la media noche, nos esforzamos en ver el sol y, lo que es peor aún, en querer que los demás lo vean como nosotros. Es así como suceden las cosas.

Y este conflicto entre nuestro espíritu y el mundo que se nos ha dado, es la vida. Por lo regular nos toca en la batalla la peor suerte siempre. Y terminamos, por lo regular, arrollados por ella, muy a nuestro pesar.

Soy, señora, un espíritu atormentado. No sé si esta expresión define claramente mi condición. Soy un espíritu que no ha encontrado nunca su posición de equilibrio en la vida. He rodado como una gota de agua por una pendiente, deteniéndome aquí y allí, sin encontrar mi nivel. Eso es lo que quiero hacerla entender por atormentado. Todo esto ocurre muy a pesar mío. Los factores que han ocasionado esta dificultad en mi centro de gravedad espiritual, no han caído nunca bajo mi control; y ya es difícil, cuando no imposible, que esto suceda. ¡Qué quiere usted! Sueños, muchos sueños, concebidos de la mayor buena fe y todos infructuosos. No creo que he tenido la culpa. Mis empeños han sido bien conducidos o, por lo menos, me he visto compelido a realizarlos y ninguno me ha dado el resultado apetecido. No tengo la culpa, usted puede creerlo sinceramente. Y quiero que me excuse en gracia a la buena intención y al buen propósito que siempre me ha guiado. Soy, pues, un espíritu atormentado, sin desearlo, sin quererlo.

Mis condiciones morales no tienen nada de extraordinario. Dotado de un temperamento subjetivo, de un carácter sobrio y recto, provisto de una sensibilidad exquisita; ambicioso, idealista, inclinado a la vida pacífica, tranquila, ordenada, enamorado de todo lo que la pueda enaltecer y embellecer, le declaro, con sinceridad y con profundo dolor, que no he podido ser comprendido o que, tal vez, he errado al escoger los caminos por donde todo aquello se alcanza. Eso es todo, sin más misterios. De ahí que mi pobre espíritu haya sufrido las más crueles interferencias, las más agudas penas y los más tremendos desengaños. He librado más de una batalla campal y he sufrido más de una derrota. Es decir, he vivido con las armas en la mano, de una manera continua, sin armisticio, defendiendo y procurando hacer triunfar las

características de mi espíritu, que se hizo batallador por necesidad, no por idiosincrasia, sin haber logrado la más insignificante ventaja en ningún tiempo ni en ningún sitio. Eso es todo y no hay más misterios. Las circunstancias me armaron y las mismas circunstancias me han vencido. ¿Ha comprendido usted?

Soy, pues, un espíritu atormentado. Me paseo, no entre las ruinas, no entre los escombros, nada de eso, por entre los sueños solamente, porque no llegaron jamás mis ambiciones a cristalizar en nada definitivo. Todo se redujo a idealizar. No pasé de ahí. Pero para eso solamente he hecho uso de toda mi inteligencia, de toda mi voluntad y de mi mayor buen deseo. Esfuerzos, energías, se han gastado suficientes, quizás me haya podido exceder, lo confieso, pero parece que, un número no despreciable de contingencias, ha impedido su provechosa aplicación.

Señora, estoy vencido ya. No siempre se puede hacer lo que se quiere y no siempre se puede saber lo que se quiere. Esa es la verdadera carta fundamental del espíritu humano.

Señora, la vida es cruel. Cuando llega la edad propecta, todos estamos de pie sobre un cementerio en que yacen nuestros grandes amores, y llevamos otro en el corazón, en el que reposan las más queridas ilusiones. Es entonces cuando la tierra es pequeña para contener la desolación de nuestro espíritu y no hay sitio en ella para ir a esconder la vergüenza de nuestras derrotas. Como leones heridos buscamos la soledad y la sombra para terminar nuestros días. Es así como todos salimos de la vida. De espaldas.

La fuerza poderosa de los acontecimientos que, durante su curso, se van desenvolviendo, inesperadamente, y que cada vez nos acerca más y más a la orilla desierta y desconocida, como lo hace el mar con los abandonados restos de un naufragio, destruye de tal modo nuestra personalidad, que los últimos días de la vida, somos un guiñapo de conciencia, un fragmento de ideas, y menos que un átomo de sensibilidad.

Ahogados por el inmenso dolor de la vida, suspiramos por libertarnos de ella, y nuestros últimos anhelos se encaminan a invocar esa libertad con toda la fuerza de nuestro corazón.

La vida es cruel, señora. Vivirla es un dolor. Y la conciencia del dolor de la vida es el mayor y más amargo pesar del hombre.

Y la intensidad de ese inmenso pesar llega a su límite cuando la conciencia ha alcanzado su plenitud. Entonces se han extinguido los manantiales del deseo que parecían inextinguibles y se han marchitado todas las flores del espíritu. Una claridad lunar nos hiere, y nos embarga un profundo escalofrío, al contemplar nuestra sombra, que es la única expresión que nos resume.

¡La sombra! ¡Ah, señora! Allí está todo. Grotesca, intangible, inmaterial, muda, inexpresiva. Nos dibuja y nos simula, pero no nos contiene. Nos pertenece y no la poseemos. No se separa de nosotros y está fuera de nosotros. Nos reproduce. Nos sigue y no la podemos suprimir. Copia nuestro cuerpo, pero no contiene nuestro espíritu. En su compañía cruzamos, obcecados, los últimos años de la vida. Esa sombra es nuestra expresión. Todos vamos delante o detrás de ella.



CARTA 25

Hoy es el día de Tibilís, señora. ¡Ah!, qué negro tan interesante, con sus dientes de espuma de mar y su mirada, disimulada e inquisidora, de gato. Con su hermoso sombrero, de alas extendidas, ligeramente encorvadas hacia abajo, de copa alta, de piña, de manufactura criolla, y su pipa prehistórica, también de manufactura criolla, pipa primitiva, de cerámica, con su tallo arqueado y ya sin lustre, humeante, firmemente sostenida por la dentadura recia, como un alicate, habituada a descascarar la corteza de todas las frutas, por firmes que fueran.

Tibilís no está nunca en mangas de camisa. Usa un saco viejo que llegó a sus manos a través de una historia ya casi olvidada. Probablemente fue robado a algún funcionario por su criado, o recibido en cambio de algunas mazorcas de maíz. Fue negro, pero ya solo conserva con lustre la trama del tejido. Apenas si conserva algunos rincones con lana. Los forros y la tela han perdido toda relación y esto ha dado lugar a la formación de bolsas o madrigueras que Tibilís utiliza como secretos para guardar algún *guangá* o pequeños objetos que se le aparecen de cuando en cuando y que desea sustraer a los familiares bolsillos que son accesibles a todo el mundo. Una manga está hendida. Los codos se han destrozado. No tiene botones. Un gran alfiler de seguridad, cuando el caso lo requiera, puede cerrarlo por delante. En la espalda tiene una hendidura, al revés, que combina un desperfecto y un capricho de la moda. Algunas manchas aceitosas distribuidas discretamente, y luego, algunas baratijas en los bolsillos que aún conservan su integridad y que consisten en tabaco, una cabeza de ajos, un pedazo de paño no muy limpio, a guisa de pañuelo, medio lápiz, un *clavao*, un pedazo de pan, un anzuelo y una Virgen de la Altagracia.

Los pantalones de Tibilís son de fuerte azul, arrrollados a media pantorrilla, en bastante buen estado, pero no limpios.

¡Este Tibilís, que ha rodado tanto! Vendió frutas en Jacmel, lavó botellas en la *Boutique de Legitime*, estuvo en la cárcel por equivocación algunos meses, jardinero en Petionville, y ahora, a bordo del *Cucú*, de la flota criolla del Caribe, de caza, de abordaje, o de comercio, con toda probabilidad, se recrea en el puerto de Santo Domingo, mirando las ruinas del Almirante, el puente Ozama, y a *Mamá Boulá*, que inquiera noticias de sus familiares con el capitán de la embarcación, típica, que ha presentado sus papeles a la aduana, bien preparados, por el comisario de Marina de Pedernales, y completamente cargada de plátanos, de hermosos plátanos del sur.

No podía, señora, olvidar a Tibilís. A sus ojos de gato no se escapa nada en el muelle. Haciendo humo y mirando para todas partes, Tibilís descansa sobre un saco de pita. Ve a los trabajadores del muelle, observa a las mujeres que pasan, inspecciona las canoas de Los Minas. Con discreción le pasa revista a los marinos blancos de los vapores extranjeros. Les envidia la cachucha y los zapatos. A ratos hunde la mirada en el río para deleitarse con los peces. Por momentos, parece que duerme, pero no es así, está vigilante, no se le escapa nada, absolutamente nada.

De la esquina de uno de los depósitos de la aduana salen dos marinos americanos que andan de paseo por el muelle. Son los días de la intervención. Cerca de la embarcación, uno de ellos tuvo la mala fortuna de resbalar con una cáscara de mango y dar en tierra de una manera cómica. Tibilís vuelve la cara con indiferencia para Villa Duarte, mientras otro de los marinos se desternilla de risa. Ver esto el americano y dirigirse a la pequeña embarcación fue obra de un segundo. Lleno de cólera increpó al compañero de Tibilís que estaba en proa.

–*Hombri*, por qué yu cuá, cuá, cuá...

A lo que contestó el interpelado:

–¡Mí no cuá, cuá, cuá..., Melikan! Mí son capitán *Cucú*. Plegúntale a Tibilís.

Tibilís, que no se había movido, contestó:

–*Mí no sabe ná. Mí tá jasá mon rulí. Mí tá fumá mi cachimbo.* Y se quedó inmóvil.

Tibilís no había visto nada. Tibilís no sabía nada. Tibilís estaba en el limbo. Y el incidente no tuvo otra consecuencia.

Y cómo iba él a ver, si por haber visto y por haber hablado un día, por haber procedido como un *¡Moune honnete, moune de bien, positive!*, tuvo que salir de Haití y está obligado a hacer este cruce del Mar Caribe, exponiendo su vida en el *Cucú*. Pero esta historia la conoce *Mamá Boulá* y yo se la contaré a usted más adelante.

La sabiduría criolla tiene muy variadas manifestaciones, y Tibilís es un perfecto sabio criollo. Nunca dejará de estar fumando su cachimbo o asando su rulo. Lo demás le importará poco.

Y esta psicología haitiana, señora, no nos es extraña. Aquí todos imitamos a Tibilís.



CARTA 26

En el trópico no se puede hablar, señora. No es que esté expresamente prohibido, de ninguna manera. El caso es que se piensa muy acaloradamente y nos expresamos con más calor aún, lo cual nos hace incurrir en muy graves responsabilidades. Es cuestión de temperatura. De más o menos calor. En los países fríos, el pensamiento es menos vehemente y la expresión más mesurada. ¡Qué quiere usted! Todas las partes del globo no son iguales. Afortunadamente yo vivo haciendo un esfuerzo continuo por sujetar la lengua y enderezar el pensamiento hacia cosas sobrenaturales, fuera del dominio humano, porque aunque en ese terreno no estamos nunca de acuerdo los hombres, esto no ha dado lugar, que yo sepa, a ningún incidente desagradable. Tengo, pues, la obsesión de mi posición geográfica.

Dicho esto, señora, quiero ponerla en guardia contra el enemigo. El enemigo es el invernazo. Ya se aproxima la época de los ciclones, que en estos últimos tiempos nos han preocupado tanto, que nos han mantenido en una perenne intranquilidad. Por lo que a mí respecta, debo decirle, que he pasado épocas de un nerviosismo extraordinario. Casi neurastenizado. Leyendo y recortando las magníficas notas preparadas por nuestras estaciones meteorológicas. He hecho más todavía. He tomado prudentes precauciones. He aprendido, o recordado, la clasificación de las nubes, me he provisto de una rosa náutica, a la cual nunca había hecho caso, y dos veces al día, con toda regularidad, hago una inspección al cielo. No tengo barómetro, porque le he perdido la fe.

Los peligros y vicisitudes a que me expuso el simulacro de Juicio Final, que fue San Zenón, no son para menos. Y, desgraciadamente,

desde entonces las cosas no marchan bien. Quizás señal de los tiempos. Pero es así. Nadie podría negarlo.

Usted no puede esperar nada bueno, en estos tiempos, señora. Estamos en plena depresión, más bien dentro de una variedad de depresiones, y los ciclones se pasean por el Caribe caprichosamente, de una manera imprevista, haciendo caso omiso hasta del mismo calendario, que en otro tiempo estaba mejor enterado de sus particularidades. Son cosas estas completamente inauditas e inusitadas. Todo ahora es anormal, extravagante. La miseria es cosa concreta ya, se puede coger con ambas manos; se ha materializado, en una palabra; y en cuanto a los elementos, disfrutan de una anarquía espantosa. Sale usted tranquilo de su casa un buen día de sol y, cuando más confiado va usted en su buena estrella, tiene que regresar a escape a su hogar, casi con la lengua afuera, porque ya no hay tantos carritos, ¡hasta eso! ¡Oh, escasos chavitos!, porque una pequeña o mediana o extensa, eso depende, área de depresión, se ha localizado en no importa qué rincón del Caribe, y ya usted ha perdido la tranquilidad. Por lo pronto cuarenta y ocho horas de zozobras lo esperan. ¡Qué ansiedad! Usted se vuelve loco, porque los problemas que esta área de depresión va a suscitar son múltiples y complicados.

A veces, este estado se puede prolongar por una semana. En estos últimos tiempos van los ciclones a paso de camello por encima de las aguas. ¡Se han encontrado unas cosas! Y lo mejor es que cuando todo peligro parece haber pasado, cuando por lo menos usted no ha quedado más que con algunos cuantos compromisos más, le sorprende otra vez el pizarrón de los diarios con el notición de la dichosa recurva, que se está haciendo más frecuente, y ya usted tiene un nuevo motivo que le quitará el sueño por algunos días más. ¡Qué quiere usted, señora! ¡Así se han puesto los tiempos!

Y lo peor es que esto no tiene excusa. No somos ni más buenos ni más malos. Somos los mismos. Pero los elementos no quieren tener esto en cuenta y parece que se han propuesto exterminarnos, extremando los procedimientos.

Tampoco hay explicación satisfactoria. Es verdad que este mar Caribe, lleno de mitos desde el descubrimiento, no tiene una

reputación muy limpia en cuanto a desplantes; la historia consigna más de media docena, y todos tenemos presente cómo un buen día movió inesperadamente sus gigantescas masas de agua, para, entre otras cosas, poner en tierra un acorazado yanqui. ¿Lo recuerda usted?

¡Qué vamos a hacer! Los habitantes de estas zonas tenemos que sufrir todas las calamidades que nos vengan encima, pacientemente, resignadamente.

Y antes que perder el tiempo en la investigación de las causas que motivan estas truculencias de los elementos por esta época, lo más práctico es tomar nuestras precauciones, para reducir los males a su última expresión. Por lo menos es lo que aconseja el buen sentido.

No tenemos fieras, ni volcanes, los terremotos tampoco son frecuentes, pero ya tenemos bastante con el invernazo, señora, que es una amenaza de muerte que se renueva anualmente. Ya en Trinidad comenzaron las víctimas. ¡Qué quiere usted! O una plancha de zinc nos cercena el cuello o los sustos nos vuelven locos. ¿Se puede vivir en ese estado de espíritu?

Excúseme por hoy, señora. Voy a sintonizar la Estación HIX, para escuchar el boletín del tiempo y saber a qué atenerme.

¡Esto no es vida!



CARTA 27

Señora:

Para reconocer a los dominicanos, mis compatriotas, solo basta mostrarles un perro: se les pone la carne de gallina. Es un miedo extraordinario, instintivo. Los dominicanos no queremos nada con estos cuadrúpedos. ¡Es tan pertinaz el poder de la sangre!

La conquista de La Hispaniola, y este es nuestro nuevo remoquete, y la de las demás tierras de América, incluyendo la Firme, fue hecha con el concurso de la cruz, el arcabuz y los perros. Estos últimos prestaron un servicio imponderable. Primero, facilitaron el sometimiento de los indios, pobres gentes que no conocían más que a las jutías, y luego mantuvieron a raya a los negros.

Los historiadores, como es natural, se han ocupado mucho de ellos. El barón de Humboldt, Alejandro, se refiere en un párrafo a la triste celebridad de los perros de Cuba, Haití y Jamaica, empleados en la caza de hombres. Los marrones eran cogidos con estos animales antes del reglamento del 20 de diciembre de 1796. Se adiestraban estos dándoles carne de negros y hambreándolos. Los de Cuba no tenían rivales. En la guerra de los EE.UU. se importaron perros de esa isla para ayudar a combatir a los negros sudistas refugiados en la tribu de los seminoles. Los indios mosquitos de Nicaragua fueron exterminados por treinta y cinco perros y doce guajiros procedentes de Cuba y enviados por don Juan de Espoleta. En el siglo XVIII se enviaron dos de estos perros veteranos a Jamaica y cerca de doscientos se introdujeron en Haití, según el testimonio del almirante Julián de la Gravière.

Podría citarle más testimonios de esta celebridad de la raza canina en las Antillas, pero me parece ocioso. ¿No ha oído usted hablar del célebre Berezillo? Los indios se envenenaban con agua

de yuca o se ahorcaban en los árboles para librarse de la cólera de los perros, *que saltándoles al cuello los estrangulaban y luego dividíanlos en pedazos*. Lea en Charlevoix el episodio de la Saona. Es sencillamente horroroso.

El prestigio de los perros en esta tierra es legendario, señora. No tiene paralelo. Se imponen todavía.

Yo tengo hace tiempo uno y vivo bajo su protección. Puedo asegurarle que esta única compañía me complace. Hasta ahora me ha rodeado de un ambiente de respeto. Tiene adquirida por el vecindario una reputación envidiable. Todo el que viene a mi casa se detiene en la puerta.

–¿Está suelto el perro? –preguntan.

–¿Y dónde está el perro?

–¡Cuidado con el perro!

–¿Hay perro? –dice azorado el carbonero, mientras pasea la vista por los alrededores de la casa.

–¿Y ese perro, no muerde? –exclama otro, abriendo desmesuradamente los ojos y retirándose prudentemente.

Todos, absolutamente todos los que llegan, formulan las mismas preguntas y muestran los mismos celos.

En vano repito:

–Es manso. Solo muerde a los ladrones. Lo tomo por el collar y lo acaricio con el fin de tranquilizar a mis relacionados, que, por uno u otro motivo, vienen a visitarme.

Hoy, después de uno de estos incidentes, me di a reflexionar. ¿Cómo es posible que los perros no hayan perdido aquí todavía su prestigio? Tres siglos o más no han bastado para hacer desaparecer de nuestro espíritu el temor que estos animales nos inspiran. Y examinando las causas de estos hechos me he contentado con esta sencilla explicación, poco optimista en verdad.

Mientras no le perdamos el miedo a los perros no nos podremos considerar como un pueblo civilizado. El miedo a los perros es una prueba de que en nuestra sangre y en nuestro espíritu aún prevalecen las taras. Es un miedo, indiscutiblemente, heredado.

Y libertarnos de este miedo a los perros sería una obra de alto patriotismo. ¿No lo cree usted así, señora?



CARTA 28

Señora:

La división política de la República es una división de a caballo. Entre las provincias del norte y las del sur había una distancia que se medía por tres jornadas.

Una vez, mi padre fue a San Cristóbal. Le precisaba ver a mi tío Genaro Puello. La partida se efectuó a las cuatro de la madrugada. Nos parecía que se dirigía al exterior. Recuerdo que fue un acontecimiento. No esperábamos tener noticias de él hasta el regreso, que fijó él mismo, el día en que salió.

–Volveré dentro de ocho días–, dijo al despedirse.

No se acostumbraba escribir y no había telégrafo ni teléfono. Pero esta vez tuvimos informes por un viajero que lo tropezó en el camino, y fue encargado por mi propio padre para que viniera a darle razón a la familia de que lo había visto sano y salvo, entrando al pueblo.

Al cumplirse el plazo, el día octavo, mi familia se preparaba para el recibimiento. Desde muy temprano mi madre repetía:

–Hoy viene Juan Elías–. Y dirigiéndose a mí: –Mira, muchacho, hoy viene tu padre, compórtate bien.

Se preparó comida especial, se arregló la casa y se tendieron de limpio las camas. Todos estábamos alegres ese día. San Cristóbal quedaba muy lejos, a un día, casi completo, de camino. ¡Y qué caminos! Pedregales, lodazales, monte firme y oscuro en muchos sitios. Cuentos de malhechores. El Algodonal, Las Lajas. El Nigua susurrando por un inmenso lecho de arenas.

Pasamos el día impacientes. Mi madre y mis hermanas se asomaban de cuando en cuando a la puerta. A veces corrían porque sentían pisadas de caballo.

De pronto, a las cinco de la tarde, apareció mi padre en un caballo bermejo, cubierto de lodo, con la barba crecida, el paraguas enganchado al brazo libre.

Media hora después, descansando en una mecedora, comenzaba la historia del viaje. Llovían las preguntas:

–¿A qué hora salió? –decía Mercedes.

–¿Cómo estaban los caminos? –preguntó mi madre.

–¿Qué tal era el pueblo? –inquirió otro.

–¿Cómo lo trataron? –murmuró Fello.

Y algún compadre precavido, preguntaba:

–¿Y a qué hora pasó por Las Lajas?

Porque el camino de San Cristóbal tenía leyendas. Por esos sitios solían salir bandoleros que asaltaban a los viajeros para quitarles algo, los frutos o el dinero. Pero mi padre no sufrió ningún contratiempo.

En aquellos tiempos todo estaba lejos. Se vivía casi aislado en las ciudades, las comunicaciones eran muy difíciles, y por eso, para facilitar la administración se crearon doce provincias y se multiplicaron los funcionarios.

Hoy, en cambio, tenemos carreteras, telégrafos con y sin hilos, teléfono automático y hasta aeroplanos, pero esa división de a caballo subsiste todavía. Cosa verdaderamente inexplicable.

En una ocasión pregunté:

–¿Por qué no se reducen estas provincias? ¿Por qué no se hace una división política más apropiada, más científica, más racional y más práctica?

–Sencillamente –me contestaron–, porque nadie se ha atrevido a eso, y sobre todo, porque si se reducen las provincias, ¿qué se hace con tanto empleado cesante?

Y pensé. Efectivamente, todavía la República está por hacer. Nadie se atreve a realizar las cosas fundamentales. La rutina es la gran vía ancha por donde todos queremos marchar en la vida, a causa de su gran seguridad. Y yo hago lo que hizo el otro y este lo que hizo aquel. Porque lo que no ha hecho nadie puede que no sea lo mejor. ¿Comprende usted, señora?



CARTA 29

La Semana Santa, señora, me ha proporcionado la oportunidad de dar un abrazo a mi hermano. Yo tengo todavía hermanos. No estoy del todo solo en la vida. Y a la hora de la muerte, que no debe estar muy lejos, la cabecera del cortejo fúnebre, puede que no quede desierta. Mi hermano, que es y ha sido más feliz que yo en esta vida, iba para Higüey. Al despedirse, después de haber charlado un rato, me dijo:

–Llevo una prensa, ¡por si acaso!

Y alargando el brazo agitó dos o tres veces su mano inocente y pura, que solo ha recogido plantas.

Y el auto partió camino de Higüey. No iba de promesa. Iba a darle una vuelta a las plantas del este. Mi hermano no ha cambiado. Siempre con las mismas ideas, los mismos gustos. Optimista y conforme. Como un sabio. Dichoso. Me dejó pensativo y, más aún, entristecido. ¡No está en este mundo todavía!

Mi hermano no ha tomado en cuenta a sus compatriotas. Para él, Santo Domingo debe ser un herbario, un jardín botánico, o sencillamente un pedazo de bosque tropical desierto, que ha menester de muy serias exploraciones. No me he atrevido a hacerle esta pregunta. Pero le he adivinado siempre que los dominicanos no le han preocupado jamás. A ello, sin duda, debe la tranquilidad con que ha vivido en todo tiempo. Positivamente envidiable. Para él la República solo está ocupada por plantas. Ha hecho caso omiso de los hombres. Solo conoce a Descurtlitz y Tussac, a Grisebach y, en estos últimos años, al profesor Urban, de Berlín. No sabe de otras cosas ni le he oído hablar de otros temas. Los historiadores de Indias y los del pueblo dominicano no le han interesado nunca. No sabe nada de la epopeya de febrero, ni de las Carreras, ni del

30 de Marzo. Pero en cambio sabe donde está la última melastomácea. Para mi hermano, señora, la historia de Santo Domingo comienza con la introducción de la caña de azúcar y con la explotación del añil. Este país no es para él más que un bosque. Higüey no le interesa sino porque allí se encuentra una gramínea especial que no ha podido identificar, y su mayor aspiración parece que es poder llegar al firme de la cordillera Central para recoger los magníficos helechos que allí crecen.

Toda la vida la ha consumido mi hermano en estas pesquisas y con estos amores.

–Por allá hay muchas fiestas –le dije–. ¿Reina mucho entusiasmo?

Y en seguida agregó, como si no me hubiera escuchado:

–Tengo una obra vista. Una cosa extraordinaria. Allí están las últimas especies recogidas por el doctor Ekener.

Luego dejó escapar un suspiro. Al citar esa obra, que sin duda le ha obsesionado durante algún tiempo, contrae el rostro, para expresarme las grandes tristezas por las cuales pasa uno en la vida.

Un cuarto de hora estuvimos juntos y solo hablamos de plantas. Para él, este país está por descubrir. ¡Y es una maravilla!

–¡Qué lástima! –exclama–. ¡Tantas especies importantes! Y pensar que con unos cuantos pesos se conocerían mejor –agregó después de una pausa.

Debe ser muy feliz mi hermano. Lo ha sido, sin duda, toda su vida. Fuera de él no hay más que la botánica y quizás la zoología. La República solo se la representa dividida en diferentes zonas de vegetación. Las montañas, llenas de coníferas y otras especies de altitud; las regiones húmedas, de bosques espesos, y las llanuras, pobladas de gramíneas. Ignora quién es la autoridad y las personas más sobresalientes de una población, pero conoce a maravilla las familias vegetales que están repartidas en sus alrededores.

Una consagración sin ejemplo. Y un ejemplar acreedor a una consagración. Es un caso excepcional en este país. Casi único.

A mi hermano, señora, nosotros los dominicanos solo le interesamos desde el punto de vista zoológico. Por lo menos pareceme así. Le hablé de mis *Cartas a Evelina*, de *Sabanas y Fundos*, de *Cañas y Bueyes*, de la *Odisea de La Hispaniola*, mi último esfuerzo,

que estoy escribiendo, y de otras cosas más que me apasionan en estos momentos. No me hizo caso.

Al despedirse me parece que lo hizo con la naturalidad y sencillez con que usted se hubiera despedido de un mastodonte en un museo.

Mi hermano, señora, se irá de la vida sin haber sufrido grandes desengaños. El estudio de las plantas no ha debido darle más que satisfacciones. En cambio a mí, el estudio de mis compatriotas, que me ha interesado siempre, solo me ha producido tremendas decepciones. Porque ha sido muy tarde cuando me he dado cuenta del perfecto desequilibrio de su raro espíritu, obra de su mezcla racial sin precedentes, y de que no han asimilado todavía, ni el más elemental concepto sobre nada, a tal punto, que me parece que llevan sobre sus hombros un cuenco desesperadamente vacío, en vez de una cabeza humana.

¡Qué cosas, señora! ¿Por qué no tendría yo las mismas aficiones que mi hermano? Si hubiera cultivado la botánica, me hubiera ahorrado muchas amarguras y, mis últimos años, se deslizarían en medio de la más deliciosa tranquilidad espiritual, disfrutando de lo único que Dios puso en este trópico digno de admiración: la vegetación lozana, variada y sin igual.

¡Bendito sea mi hermano, señora!



CARTA 30

Señora:

Hace algunos años que leí un cuento baturro que no he olvidado. En una plaza pública de Madrid se instaló un pintor para copiar una esquina interesante. En el cuadro aparecía: la calle central y los edificios que la formaban, de elegante arquitectura.

Por detrás del pintor se detuvo un baturro y, admirado del realismo del cuadro, exclamó asombrado:

-¡Paece mentira! ¡Sin fuerza ni ná!

El baturro no podía concebir que se realizara ese milagro de reproducir la esquina sin el concurso de la fuerza.

Ignoraba el baturro que el mundo no es obra de la fuerza y que debe su progreso precisamente a lo que no es la fuerza.

¡Que todo lo grande, noble y extraordinario, y que todo lo que en la vida perdura es, precisamente, lo que se ha realizado sin *fuerza ni ná!*

La fuerza, por sí sola, no crea nada. Sin el concurso de la idea, la fuerza es infecunda. Antes bien, destruye.

Fuerza exclusiva es la tormenta, el rayo, la creciente de un río.

La fuerza no es útil sino cuando está al servicio de la inteligencia. La electricidad es un ejemplo maravilloso.

¿Comprende usted, señora?

Eso solo lo ignoran los baturros.



CARTA 31

Señora:

¡Las once de la noche! Pienso en usted, porque usted es siempre mi primer pensamiento, y luego en esta infortunada ciudad de Santo Domingo de Guzmán. Una gran mayoría de sus habitantes deben estar entregados al sueño, descansando de las zozobras de hoy, para lanzarse a la calle mañana a resolver el duro problema de la conservación de la vida, su única dolorosa preocupación por el momento, ya que no hay ocasión para otras. ¡Así lo han querido los tiempos! Afortunadamente, mientras duermen, alguien está, ojo avizor, cuidando de los pocos intereses que les puedan quedar. ¡Tan inmisericordioso se condujo con ellos el iracundo San Zenón!

De sus riquezas históricas responderá siempre don Luis Alemar; y de los intereses de sus habitantes, el vigilante capitán Minaya.

Señora, el capitán Sindulfo Benavides Minaya es el jefe del Departamento de Investigaciones de la Policía Municipal de esta ciudad de Santo Domingo, de cuyas prerrogativas, timbres y honores, tiene usted ya sobradas noticias.

Cuando el capitán Minaya va por las calles de la ciudad no aparta su vista de los transeúntes. Se fija en la indumentaria, observa los bultos que puedan llevar, trata de adivinar su naturaleza, no se le escapa la forma, la envoltura, el tamaño. Si es un saco, un bolso, se detiene a inspeccionarlo. Ve el paso que llevan, el estado de sus nervios, el blanco del ojo, el brillo de la mirada. La expresión. Si se asustan, si continúan indiferentes. El carro que toman; anota el número; la esquina que doblan y, si hay lugar, los sigue sigilosamente, con una habilidad que él solo puede gustar.

Yo no digo que el capitán Minaya tenga la obsesión de ver ladrones en todas partes, pero seguramente los descubre con

más facilidad y rapidez que otro mortal cualquiera. Diríase que, a más de los detalles externos: figuras, gestos, actitudes, el capitán les ha descubierto algún olor peculiar, que solo él sabe y puede percibir. Indudablemente sus sentidos se han perfeccionado. Aquí se ha confirmado una vez más, aquello de que la función hace el órgano. Porque el capitán debe tener a esta hora órganos especiales o sentidos perfeccionados.

Mientras nosotros transitamos por la ciudad llevando por delante nuestros problemas ordinarios de la vida, el capitán lo hace consagrado a su función de proteger la propiedad privada. No ve nada, absolutamente nada que no sea pertinente al robo. No percibe la música en las plazas públicas, solamente averigua dónde están sentados, o por dónde pasean los delincuentes del robo. Las personas que a nosotros nos son indiferentes, él no las pierde de vista. Y así en todas partes: calles, plazas públicas, reuniones, mítines, manifestaciones, cines, y en general, los innumerables lugares públicos o privados, son el laboratorio donde el capitán hace, discretamente, sus observaciones. ¡Qué valiosas e interesantes serán las que él posee! Sin duda este capitán Minaya podría ofrecer mucho material para novelas fantásticas y para las ciencias psicológicas. ¡Es lástima que no fuera hombre de letras!

El capitán Minaya debe conocer a todos los ladrones, pero le debe ser muy difícil controlarlos, porque la ciudad es muy grande y le faltaría tiempo. Se limita, pues, a una pequeña porción, ya catalogada, de reincidentes y de profesionales, de enfermos y de necesitados.

El capitán Minaya se ha hecho un verdadero especialista del robo. Pero este robo que persigue y descubre el capitán Minaya es el robo en pequeña escala, al detalle; porque el otro, el robo mayor, el alto robo, no tiene nada que ver con sus funciones. Estas actividades están fuera de su alcance. Puede suceder que el capitán conozca a todos los ladrones, pero él solo persigue a los irresponsables, a los de pequeñas aspiraciones, a los que molestan a las familias, a los que no tienen miramientos, a los analfabetos que no tienen otra preocupación que surtir a las diferentes casas de compraventa de la calle Abreu, por ejemplo. Los que depositan el producto de sus robos en algún banco de la ciudad, están fuera

de su departamento. Estos bancos son instituciones extranjeras y las investigaciones tienen que ser hechas mediante largos procedimientos.

La clientela del capitán Benavides Minaya, sin embargo, está repartida en toda la ciudad, pero particularmente en las calles Londres, Conde, y en los barrios, desde el más aristocrático, Gascue, hasta el más democrático, Barahona del Norte.

El capitán Minaya es la garantía de esta ciudad. Conoce a maravilla a sus clientes. Los identifica con una habilidad asombrosa. Está familiarizado con sus madrigueras. Sus hábitos, sus inclinaciones, sus gustos, sus preferencias, le son muy bien conocidos. A cualquier hora del día, o de la noche, sabe dónde se pueden encontrar, qué pueden estar haciendo. Cuándo reposan y cuándo están en actividad. Los que son nocturnos y los que son diurnos. Conoce hasta sus barraganas.

El capitán Minaya, sin duda, no habrá leído a Freud, ignorará los conocimientos dactiloscópicos y, en general, los diversos métodos modernos que están en práctica en Scotland Yard; pero, en cambio, sus aptitudes naturales se han desarrollado de un modo asombroso. Su instinto de observación, su olfato y su tacto, han alcanzado una perfección extraordinaria. Es el terror de los rateeros capitaleños.

Pero al capitán Sindulfo Benavides Minaya se le presentan casos raros, a veces inauditos, como el que le voy a relatar a continuación.

En un *chalet* de Gascue sorprendieron a un hombre dentro de un gallinero. En pleno día. La señora de la casa increpó al individuo y le invitó a que desalojase el gallinero. Este se quedó inmóvil y silencioso. Varios miembros de la familia acudieron al sitio y todos, a su vez, trataron de hacer salir al hombre del gallinero. Pero fue en vano. Este caballero permanecía tranquilo, sin hacer el menor gesto. Fueron inútiles todas las amenazas. Hasta las gallinas estaban asombradas de este estoicismo singular. La señora entonces mandó a llamar al policía más próximo del vecindario, que no tardó en hacer acto de presencia. Allí se le hizo una relación de lo ocurrido, lo más completa posible. Ante tan extraño proceder por parte del presunto ladrón, el agente de la policía declaró a los jefes de la familia que el caso era sumamente delicado, por

la circunstancia de que no se había sorprendido al caballero que estaba dentro del gallinero con el cuerpo del delito en la mano, y, sobre todo, porque su actitud no estaba bien definida. El agente solo encontró una solución para salir de la dificultad. Hizo salir al hombre del gallinero y pidió, muy respetuosamente, a la señora de la casa, media docena de gallinas para llevarlas a la comisaría, como único medio de poder probar que se trataba de un ladrón.

Ya ve usted, señora, que hay casos difíciles en esta profesión, y, sin duda, este no será el único de esta especie, con el cual se habrá tenido que ver el capitán Benavides Minaya.

Porque en este país suceden cosas verdaderamente extraordinarias.



CARTA 32

Señora:

Es posible que sea una prenda anticuada. En dos ocasiones de mi vida he tenido estrechas relaciones con él, pero, debo declararle, que no ha existido nunca entre nosotros una perfecta inteligencia. El bastón requiere cierta gravedad, bastante circunspección, relativo optimismo, una filosofía especial. Se debe estar satisfecho de sí mismo, y de la vida, para poder entrarse en ella en su compañía.

El bastón es, pues, para los espíritus tranquilos, para las mentes reposadas, para las ideas cortas y para los sentimientos superficiales. Quien vive la tragedia de la vida a plena conciencia no puede usar un bastón. Por lo menos, señora, esa es mi opinión.

El bastón es una prenda interesante, de la que puede hablarse mucho. No sé cuándo apareció, su momento histórico. Me ha faltado bibliografía. Desconozco igualmente su evolución. Pudo ser en su origen una lanza o un mangual. Tal vez sustituyó a la honda de David. Es probable que tenga que ver con la vara de los pastores o con el báculo de los apóstoles. No sé a ciencia cierta si el Oriente tuvo la primacía en el uso del bastón, como la ha tenido en otras cosas. Pero, por grande que sea mi ignorancia a este respecto, el origen de este tiene que ser oriental, de acuerdo con los métodos históricos. El bastón no ha podido recorrer un camino contrario al de la civilización. Los sumerios debieron haberlo importado de los tártaros y estos, a su vez, debieron hacerlo pasar por Asiria, Caldea y Persia. Bastones debió haber en Egipto. El caduceo fue un bastón. No cabe duda. Según los tres primeros evangelistas, la turba que fue a prender a Jesús, además de espadas, iban armados de bastones. En Roma los lictores me parece

que usaban el antepasado del bastón actual. No estoy seguro. Pero ha debido ser en Roma donde el bastón alcanzó mayor desarrollo. Petronio usaba un bastón de marfil.

Ha debido haber un bastón prehistórico, del cual no se han obtenido noticias ciertas. Y entre la lanza, el báculo y la porra policíaca deben existir especies intermediarias. No puede haber duda. Es la ley de evolución. Y la fusta no nos dejará mentir. Sin embargo, debo consultar este punto. De todos modos, en la Edad Media el bastón, como todo, debió pasar por un período de decadencia. Esta noche debió haberlo envuelto. Como todas las obras humanas, fue relegado al olvido.

Luego, se concibe que tuviera su renacimiento, que no he podido localizar. Quizás en el siglo XVI. El bastón debió tener que ver con la Reforma y con la Revolución Francesa; de eso no hay duda. Habiendo desempeñado las funciones de arma de defensa, no se conciben ciertos acontecimientos humanos, sin que los bastones hayan tenido que intervenir. Es lógico. Y estos bastones con cabezas de águilas deben tener su origen en esta época.

Todo esto, señora, son hipótesis, pero las hipótesis tienen un valor inestimable. Respecto al bastón he tenido poca documentación hasta ahora. He conocido al bastón contemporáneo en su nueva decadencia. Pero alcancé algunos años de esplendor de esta prenda. Es la prenda favorita de los burgueses. No se les concibe sin bastón. Cuando han logrado usar esta prenda ya los centros sociales les han abierto sus puertas. Ya han obtenido alguna posición económica y son presidentes o miembros de algunas hermandades o cofradías. Por lo menos, ya son masones, y las insignias de la orden están visibles en la empuñadura de plata u oro de sus bastones.

Los jóvenes también usan el bastón con frecuencia. Les da cierto grado de elegancia que no es despreciable. Son unos bastones de empuñaduras truculentas. Una cabeza de perro o alguna escultura artística. A menudo se lo cuelgan al brazo izquierdo o se lo cruzan por la espalda; le dan vueltas entre los dedos o lo llevan agarrado por la mitad o sujeto sobre el hombro derecho. El bastón se puede usar de diferentes maneras, depende de su destino y de su configuración. Porque hay bastones que necesitan las dos manos.

En cuanto al bastón en sí, los hay gruesos, finos e intermedios. De maderas preciosas, de juncos o de palmeras. También los hay de vértebras de selacios con un eje de acero central. Estos en ocasiones han sido prohibidos. Cada individuo selecciona su bastón según su carácter, su ocupación o sus aptitudes. Tal sujeto, de carácter violento, entiende que el bastón es un arma propia para la defensa y entonces se provee de un grueso bastón, *coco macaco*, o de uno vertebral, o simplemente de madera dura y resistente, guayacán por ejemplo. No le preocupa lo acabado de la prenda, solo le interesa la resistencia, el poder ofensivo. Tal otro, sentimental, lleva una varita flexible, o un bastoncito de fantasía, un junco. Solo se propone agregar a su indumentaria esa prenda que le sumará elegancia y distinción. Esotro prefiere los puños artísticos, tallados o fundidos, en metal, en madera, o en pasta. Estos puños han agotado la fantasía: rectos, recurvados, gruesos, estilo renacimiento, gótico o románico. Los hay barrocos y hasta churriguerescos. Hubo un tiempo en que se preferían los metales preciosos: el oro y la plata. Esos bastones llevaban insignias o monogramas vistosos. La masonería favoreció mucho el uso de los bastones. El compás y la escuadra fueron muy populares.

No se ha escrito, que yo sepa, la historia del bastón. Sería interesante, sobre todo ahora, que está en franca decadencia. Es una prenda anticuada. Los autos, los subterráneos, los elevados, los aeroplanos, la vida moderna, rápida, vertiginosa, no permite el uso del bastón. Es una prenda para otros días. Era un regulador de la marcha a pie. Pero el bastón ha pasado o va a pasar como pasan los sistemas filosóficos. La ideología contemporánea es contraria al uso del bastón. Todavía en Europa, donde las ideas caminan tan despacio, el bastón ocupa una posición preponderante. El célebre autor francés Paul Bourget, gran admirador de los bastones, poseía una de las colecciones más completas de esta prenda. Estaba constituida por centenares de ejemplares, desde una simple caña de bambú, hasta el bastón de oro adornado con joyas.

En esta colección, que ha debido ser adquirida por algún museo, figuraba el bastón de Benjamín Franklin y el de marfil del gran Duque Pablo de Roma.

Pero aquí, en América, en esta América de los nuevos ricos y de salvajes, el bastón no goza de grandes simpatías. La significación del bastón es incomprensible para los norteamericanos, excepto para Sumner Welles, el hombre que mejor lleva un bastón en los EE.UU., y en cuanto a los salvajes, estos no lo han conocido nunca en esta parte del mundo.

Como dato curioso, señora, no puedo pasar por alto que a la República Dominicana, mi país, le corresponde el privilegio de poseer una ley de bastones.

Durante la ocupación militar americana, una Orden Ejecutiva determinaba la longitud y el grueso de los bastones que podían usar los dominicanos.

El bastón es una prenda característica. Por un bastón se puede colegir el carácter de su dueño. Estoy seguro de ello y esto es tan fácil, que con una colección de bastones se puede escribir un libro. La miseria humana y su grandeza están reflejadas en el arte del bastón. El bastón dice tanto como el templo de Karnak o las pirámides de Egipto. Por un bastón encontrado en un rincón se puede escribir la biografía de su dueño.

Las dimensiones del bastón, la clase de madera, la forma del puño, del regatón, el grueso, son otros tantos datos de grandísima importancia. Un prefecto, por ejemplo, no usará un junco; un Secretario de Estado no puede gastar puño de pasta ni de cuerno. Un comerciante preferiría el puño recurvado; los magistrados eligen el puño recto; los hombres de letras gustan de cañas o de maderas vistosas con puños simbólicos. Los viejos prefieren los puños recurvados y de la misma madera. Podría extenderme sobre estos detalles, pero cada quien puede hacer sus observaciones. La contera también tiene sus particularidades.

El bastón es privilegio de ciertas clases sociales. Un obrero solo puede usar un bastón para defenderse de los perros realengos. Pero un notario debe llevar un bastón y hay médicos que deben su fracaso a la falta de un buen bastón. Porque para los profesionales, el bastón significa capacidad y dignidad. Es arma en el atolondrado, y prudencia y sabiduría, en el avisado.

Hay quienes lo llevan como el policía lleva la macana, para imponer orden y respeto; pero otros se valen de él para simular

una gravedad y un reposo que no tienen. O su condición social. Porque toda persona distinguida no es tal si no lleva un buen bastón. El bastón, pues, tiene un valor intrínseco, pero lo tiene igualmente relativo, depende de quien lo lleve o de a quien lleve el bastón. Hay personas que no tienen más representación que la que les da su bastón. No se les puede concebir separadamente. Entre estas se pueden contar a los cojos y los ciegos, que han quedado reducidos a sus respectivos bastones.

Una autoridad no se puede concebir sin su correspondiente bastón. Y este debe ser de insuperable calidad. Debe ser un bastón representativo entre los de su clase. Debe ser un bastón entre los bastones. Los magistrados tampoco pueden prescindir de un buen bastón. Por dentro del laberinto de los códigos no se puede pasar sin contar con la serenidad que nos da un buen bastón. Un magistrado sin un bastón adecuado me parece que no debe inspirar confianza.

Hay, señora, quienes no serían nadie sin un bastón y hay bastones que lo son todo y hablan por sí solos. Bastones representativos. Bastones con personalidad propia.

Yo, señora, no he confiado jamás mis asuntos a ningún bastón; pero ¡ah, cuántas cosas han sido terminadas gracias a los buenos oficios de un bastón! ¡Y cuántas no habrán tenido lugar gracias a su oportuna intervención!

El Cardenal Hipólito de Este acabó a bastonazos a un enviado del Papa que le llevó un breve de desagravio; y el Papa Julio II le propinó una fuga de bastonazos a un Obispo que intervino en una disputa que aquel tuvo con el gran Miguel Ángel Buonarroti.

Los bastones han funcionado algunas veces a manera de tribunales de arbitraje. *Tales cuestiones*, se dice a menudo, *quedarán resueltas con dos o tres bastonazos*. Son decisivos en muchas circunstancias de la vida. De objeto de elegancia se convierte en órgano de defensa. A falta de espolón, de órgano eléctrico, de garras, de pico acerado, de una buena pezuña, o de buenos dientes, el bastón nos da una fuerza agresiva, que nos hace temibles y crea a nuestro alrededor una saludable atmósfera de orden y respeto. *La cosa terminará con bastonazos*, se dice con la mayor naturalidad. Es una forma de entendido que salva a veces el honor

o satisface simplemente el amor propio. Figura a manera de punto final, de rúbrica indispensable.

Porque el bastón, no sé desde cuándo, o sus antepasados, simbolizaron siempre el mando, y aun en nuestros días, todavía algunas personas lo usan por su significación ancestral, simbólica. Muchos van por esas calles de Dios perdonando vidas o haciendo mercedes. Prácticamente parece que van al servicio del bastón.

En mi país, señora, todavía el bastón goza de simpatías populares. Nos encanta el bastón. Y entre los bastones célebres de este país, ninguno ha superado, hasta ahora, el bastón de concha con puño de oro de Ulises Heureaux.

No puedo extenderme más sobre este tema hoy. Siga usted pensando en el bastón, que de un buen bastón depende la suerte de muchos hombres y de muchos pueblos.



CARTA 33

A la caída de la tarde, señora, el vale Ciprián llega a la puerta de su bohío con su bestia cargada de plátanos acabados de cortar. Las gallinas y el gallo giro, que lleva cuatro peleas ganadas en el batey del Caimito, saltan a las árganas por si algunos granos de maíz se han quedado ocultos. La vaca está echada debajo de la guásuma, junto a su becerro. *Jacinto*, el cerdo de orejas grandes que se está cebando en la pocilga, gruñe desesperadamente con sus patas delanteras sobre la última tranca de la puerta. En la cocina arde el fogón desesperadamente y sobre las tres clásicas piedras descansa el mayor caldero de la casa, despidiendo un olor tranquilizador y apetitoso. Los chivos no han llegado ni tampoco el vale Manuel ha traído la jáquima que prometió. María está todavía en la cañada: había mucha ropa sucia. Los perros, famélicos, dormitan a la puerta de la cocina. Hay gas, hay víveres, carne en la tasajera y el aspecto del cielo indica que va a llover en la noche. Estamos en Almirante, señora, una sección rural de Hato Mayor del Rey, común de la provincia del Seybo. No ha cruzado por delante del bohío una sola alma viva desde el mediodía, hora en que pasaron los hijos de la vieja Silveria que iban para la sabana a buscar el toro josco. Una paz densa se cierne por los alrededores, solo turbada por el canto de algunas ciguas o por el ladrido lejano de algún perro.

Hace trescientos años que don Juan de Esquivel fundó el poblado de Hato Mayor del Rey. En 1862, los patriotas cruzaron esas sabanas. Y en 1935 el panorama ha cambiado poco. Dos o tres conucos nuevos, media docena de *Botados* y unas cuantas reses menos. El arroyo sigue su primitivo curso. La selva, en la hondonada y en la montaña, conserva su majestad salvaje. Y en las sabanas,

los trillos enlazan las viviendas centenarias. Muchas generaciones han pasado, desde aquella en que vivió la vieja Matías que, en las noches oscuras, todavía vaga voceando por el hicacal detrás de su burra mañosa, hasta hoy, que el vale Ciprián, cuarentón, a la vera de la mesa, alumbrado por su lamparita de petróleo, tuerce tranquilamente su anón para tener un bozal fuerte y nuevo con qué domar el potro de la yegua rocilla.

Cierra la noche, señora. Almirante, una escasa docena de bohíos blancos, pequeños, diseminados en un diminuto valle, rodeado de montañas, duerme, reposa y confía en que su paz, su tranquilidad y su felicidad no será turbada por algún Alcalde truculento y exótico que le envíen del pueblo. Esa es su mayor y única preocupación.

Como Almirante, señora, hay en mi país una millarada de comunes, donde la vida transcurre tranquila y apacible como las aguas de un río.

Del total de la población de la República, 1,479,417, según el último censo, 1,000,000 por lo menos, llegan, a la caída de la tarde, a la puerta de sus fundos con las bestias cargadas de plátanos acabados de cortar.

¡Bienaventurados compatriotas! ¡Gozad de las delicias de la vida mientras os dure! ¡Cómo envidio yo, habitante de la capital de la República con luz eléctrica, acueducto y teléfono automático, vuestra vida sin preocupaciones, sencilla, humilde, dichosa!



CARTA 34

Señora:

Yo me hice médico y usted se empeñó en que al mismo tiempo fuera un hombre de letras. Me convenció de que había descubierto en mí notable vocación y de que no había incompatibilidad.

De mi buena disposición para complacerla, y de la suya para estimularme y ayudarme, son testimonio las libras de papel entintado que usted conserva con tanto orgullo.

Sin embargo, tengo para mí que el propósito que usted perseguía no se llegó a lograr. Yo no podía ser un hombre de letras. Muchas cosas me lo impidieron. Un individuo que ha nacido y pasado toda su vida en la República Dominicana, un pequeño país de apenas 64,000 kilómetros cuadrados, no podía tener un gran horizonte mental.

Todo en el universo guarda las debidas proporciones. A los dominicanos no se nos pueden exigir cosas imposibles. Nuestro escaso número de ideas se corresponde con el lugar que ocupamos en el mundo. Claro está que no podemos hacer más de lo que hacemos de acuerdo con nuestros límites geográficos. Y tenemos que ser tan pequeños como nuestro territorio.

Es verdad que algunos pueblos, tan pequeños como el nuestro han entregado al mundo ideas extraordinarias y hasta universales, pero no se debe perder de vista que, esos pequeños pueblos que han tenido ese honroso privilegio, no han estado constituidos como el nuestro, desde el punto de vista etnológico, ni han tenido parecida posición geográfica, ni, por último, han sufrido un aislamiento tan prolongado, tan definitivo, podría decirse, como lo hemos tenido nosotros.

Somos, pues, un pueblo pobre de ideas y de ideas pobres. Tan pobres, que solo nos interesan a nosotros mismos, y no a todos por igual. Aun a nuestras propias ideas les damos poca importancia. Las ideas, en general, tienen aquí muy poca circulación. A veces, apenas cruzan una esquina. Por lo regular se quedan en el recinto de una plaza pública, como ocurre en el parque Colón, donde apenas tienen la duración de la vida de una mariposa. Cuando circulan no pasan de las fronteras nacionales, y es costumbre que se extingan a la altura de Montecristi. Las rutas que siguen nuestras ideas son hartamente conocidas y hay regiones a donde no han llegado nunca.

Por lo demás, nuestras ideas son poco variadas. Pensamos cosas sencillas, elementales. Nuestro vocabulario es pobre y nuestro lenguaje podría ser reglamentado por una ley.

-¡Muy bien! ¡Ah, magnífico!

-¡Superior! ¡Fenomenal!

-¡No se puede pedir más!

-¡Así es!

-¡No sé nada!

-¡No he oído nada!

-¡La primera noticia!

-¡No puede estar mejor!

Con estas frases en la boca llegamos los dominicanos a viejos. No se nos ha adiestrado en el arte de pensar. No estamos acostumbrados a ninguna clase de gimnasia mental.

Pero basta de excusas, señora. Me parece demasiado para justificar mi fracaso como hombre de letras.

Yo sé que usted no piensa así, y la prueba la tengo en el hecho de ver cómo quiere usted esos manuscritos, cómo los conserva y el empeño que demuestra en que se publiquen algún día. Quizás la complaceré, pero es bueno no olvidar que los libros en este país constituyen una tragedia. Los pobres autores dominicanos tienen que regalar sus obras. Y cuando no pueden hacer esto, tienen que venderlas, explotando la vanidad de sus conciudadanos, mediante dedicatorias que ya son clásicas. Estas dedicatorias tienen diferentes categorías. Se hacen a veces delante del comprador y de acuerdo con lo que pague por el libro que se le ofrece. Si da más de

un *dollar* se le llama *ilustre, eminente, sabio*, etc.; si comete la ridiculez de pagar menos de lo que el autor considera que vale su libro, se le pondrá: *a mi amigo, al distinguido, o al señor*, simplemente.

Todo esto, señora, es muy triste, demasiado triste para referirlo y le pido excusas por ello.

Sin embargo, yo accederé a sus deseos y un buen día pondré en sus manos, convertidos en letras de imprenta, si no todos, algunos de los manuscritos que usted tanto quiere.

¿Qué quiere usted? No puedo prescindir de la cantidad de idealismo que me legaron mis antepasados.



CARTA 35

Señora:

Este cálido y pintoresco trópico, donde el buey, la palmera y el negro, alcanzan su mayor esplendor, es una maravilla. Bajo un cielo siempre transparente y azul, la naturaleza realiza prodigios. No me fatigaré repitiéndole cómo son de fecundos en estos climas la tierra y las aguas y el aire mismo, poblado, desde el alba a la noche, de miríadas de seres vivientes que fraternizan de una manera alarmante con el hombre. No hay fieras, pero no sé si sería preferible. Los enemigos del hombre, diminutos, casi invisibles, son innumerables; y ese mismo tamaño los protege contra todos los medios de exterminio hasta hoy conocidos. Es un estado de cosas asombroso y, por lo regular, alarmante. ¡Qué quiere usted! Este trópico es la madriguera de todas las plagas.

No nos queda otro camino que el de la resignación. Es una cuestión geográfica. Solo un cataclismo podría remediar este estado de cosas. Y esto es tan imposible, como lo sería que el sol se marchase definitivamente y nos abandonara para siempre.

Son, señora, las seis de la mañana. Sale el sol. Es una mañana de invierno tropical. Las vertientes de las montañas sancristobalenses están iluminadas y sus crestas se recortan sobre un cielo diáfano. Algunas nubes, blancas, están suspendidas sobre ellas. Un penacho de humo se divisa en una ladera. La temperatura es agradable. Cruzan los peatones por la carretera. Una carretilla de mano con pan de Quico. Media docena de carros con carbón. Un auto loco, ebrio de velocidad. Tres haitianas con sus sombreros característicos. Un perro. Un hombre sosteniendo el tiro de su cachimbo. Una bandada de *judíos* escandalosos y hediondos. Café tostado. Galletas frescas. He ahí los elementos y el alma

del paisaje. Santo Domingo, carretera Duarte, kilómetro dos y medio. Puede usted agregar: un aeroplano, unas cuantas vacas realengas que acaban de ser ordeñadas y un negrito con un guiñapo de pantalón.

He amanecido pensando en usted. En sus ojos. En su amabilidad y en su paciencia. ¿Quiere leerme hoy? No tengo, sin embargo, nada extraordinario que decirle.

Estoy mirando las montañas. Esa cordillera de montañas sancristobalenses constituye uno de mis mayores encantos. Varias veces al día tiendo la vista hacia ellas, para que mi espíritu se solace en su magnífica belleza, para que se compense en parte, del dolor que le ocasionan las miserias humanas. ¡Cuánta grandeza hay en ese paisaje!

¡Son muy bellas estas montañas! Se levantan desde el mar y van poco a poco empinándose, hasta alcanzar la cordillera Central, dejando aquí y allí una serie de picos graciosos y coquetones de escasa elevación. Desde aquí estoy contemplando la más empinada de todas, con tal claridad, que me parece que está más cerca que nunca.

No se pueden admirar todos los días como hoy. A veces amanecen cubiertas de bruma y apenas se las puede adivinar. Una ligera gaza las cubre completamente, y es a mediodía, cuando el sol está cerca del meridiano, cuando se divisan mejor. A esa hora se pueden distinguir las zonas de bosque y las cultivadas, con bastante claridad.

Pero es a la caída de la tarde cuando este panorama alcanza su mayor esplendor. Cuando el sol se oculta detrás de ellas, sus cimas oscuras se recortan sobre un fondo rojo, de púrpura. Si el cielo está cubierto, las nubes ostentan una infinita variedad de matices y forman las más caprichosas y fantásticas figuras. Se producen crepúsculos extraordinariamente bellos, que no podrían ser copiados jamás.

Hoy, señora, me parece que el cielo está más transparente que nunca y estoy gozando de ese paisaje. Y mientras paseo mi vista por estas lomas, estoy pensando en el triste destino de aquella raza infeliz que el Padre Las Casas consideró tan inútil y que el conquistador persiguió en nombre de Cristo por esas mismas

laderas que yo estoy mirando ahora. Y pienso también en la otra, en la que trajo aquí la ambición, en los *Mandingas*, en los *Fulas*, en los *Aradas* y los *Congos*, que fueron establecidos allí, para sufrir el martirio del trabajo forzado y de los azotes. ¡Cuánta sangre, cuánta miseria y cuánta cobardía, hacen evocar esas montañas!

Señora, todo lo que yo haya podido decirle de mi país, para que usted tenga una idea de él, siquiera aproximada, es poco. Mi país es excepcional. Único. Podría extenderme considerablemente para hacerme comprender, pero no quiero. Se lo diré en otra parte y en otra oportunidad. Por ahora conténtese con algunos datos.

Según el censo del año 1920, la población de la República ascendía escasamente a un millón de habitantes. De estos, un cuarto de millón, se consideraban blancos; otro cuarto de millón, negros; y los setecientos mil restantes, mulatos. Puede usted ver la edición oficial de 1921. Somos, pues, un pueblo de mulatos, y esto es muy importante. No se debe perder de vista.

La isla fue descubierta por Cristián Piccione, más conocido por *Cristóbal Colón*. Nació en 1446, 47, 48, 49 o 50. Nadie lo sabe con certeza. Nunca tuvo reposo. Sus huesos fueron, según el historiador Hendrik van Loon, exhumados y vueltos a enterrar, siete veces en menos de un cuarto de siglo. Hizo un contrato para el descubrimiento, en el cual se le reconocía un 10% de los beneficios; pero solo logró un par de esposas y dos tablas escasas para su primer enterramiento.

Declaró Cristián que esto era mejor que España, y fundó La Isabela en lo que es hoy un sitio deshabitado y cubierto de malezas. De vez en cuando aparecen allí algunos artículos de alfarería del siglo XV, como testimonio de sus actividades.

El primer hijo que engendraron aquí los españoles fue un *cholo*. Pero con dificultad se pueden encontrar los descendientes de este sujeto.

A principios del siglo XVI los españoles resolvieron importar negros africanos para la agricultura y las minas. No hay duda de que estos se aclimataron y han sobrevivido, como si hubieran estado en su propia tierra.

Con la venida de estos hombres apareció el *mulato*, que desplazó al *cholo*. Desde ese día se han multiplicado con algún trabajo,

pero con afán y tenacidad, como puede usted comprobar por las cifras del último censo.

Durante tres siglos y medio los negros vivieron en este país bajo el régimen de la esclavitud. Esto ha sido una verdadera calamidad. Esto ha marcado una huella indeleble en el carácter de todos nosotros. Basta ver a un dominicano para comprender inmediatamente que no desciende de un hombre libre. No solamente le teme a los perros. Desconfía de sus demás compatriotas y no es capaz de tomar responsablemente ninguna iniciativa.

La historia de este país, señora, es movida, trágica, interesante e instructiva.

Veinte o treinta veces la población de esta parte española de la isla, que es la República Dominicana, ha emigrado. En 1509, 1522, 1533, 1586, 1606, 1655, 1689, 1714, 1795, 1800, 1822, 1844 y, así sucesivamente, hasta 1930. En cuatro siglos ha llegado a la vecindad de un millón quinientos mil.

El 27 de febrero de 1844 nos independizamos de Haití. Antes lo habíamos intentado hacer de la Metrópoli, pero nos comieron los haitianos. Éramos pocos y éramos pobres, y apenas teníamos tradiciones guerreras, como es fama las poseían nuestros vecinos.

Como resultado de estos acontecimientos contamos con varios libertadores. Uno mulato y dos blancos. Todavía no estamos los dominicanos de acuerdo con respecto al valor de ninguno de ellos. Es fácil comprender que la proporción está alterada y en esto consiste el desacuerdo. Es cuestión de aritmética. Y para que usted forme su propio juicio le recuerdo las cifras capitales: 994.390 mulatos, 227.160 negros y 184.741 blancos. Hay que tener presentes estas cifras para comprender la historia de mi país.

Para tener una idea de la vida política de la República desde el año 1844, fecha de su Independencia, hasta 1930, bastaría citar el número de sus revoluciones, que ascienden a 22, y el número de sus presidentes, que, sin contar los períodos distintos desempeñados por un mismo ciudadano, se eleva a 34.

Los que han permanecido en el poder por más tiempo han sido el general Ulises Heureaux, el general Buenaventura Báez, el general Pedro Santana, el general Horacio Vásquez y el general Ramón Cáceres. Este tiempo ha variado de cinco años a catorce años.

Las revoluciones han sido tan frecuentes en este país que, la mayoría de los sucesos de importancia, en los diferentes órdenes de la vida dominicana, se han podido localizar en el tiempo, tomando alguna revolución como punto de referencia. La historia de este país es la historia de sus revoluciones, porque los demás acontecimientos que en él se han desarrollado, no han tenido importancia. Desde la Independencia hasta nuestros días, puede decirse que hemos vivido en un estado continuo de revueltas, por lo cual se explica que cuando ha pasado un período de paz, no nos hemos cansado de alabarlo, ya que ese estado nos ha parecido excepcional y digno de ser tomado en cuenta como un verdadero don. Y lo es en efecto; la paz dominicana ha sido siempre una revolución potencial, ya que paz en este país es sinónimo de tiranía.

Nuestra primera República apenas duró diecisiete años. La historia de este período se resume en las luchas entre un mulato, Báez, y un blanco, Santana. Cuando este último se cansó del mulato y de los negros haitianos, apeló a los blancos y le entregó el país. Fue un movimiento psicológico de fácil explicación. A lo tuyo con razón o sin ella, parece que le gritó la conciencia. Y puso la voluntad al servicio de esta, porque Santana tenía carácter.

Veintidós años convivimos con los haitianos. Nos llamaban sus *hermanos del este*. Nos fue difícil aprender *patois*; y como la sangre blanca pesa más que la negra, aunque sea por gotas, un mulato se encargó de separarnos. Ya le he dicho que esto ocurrió en el año 1844.

Los dominicanos somos, en la actualidad, una olla de fundición; pero poco a poco vamos caminando. Cuando un blanco ha asumido el poder se ha creído en Suiza y los mulatos hemos sufrido y pasado malos ratos; pero cuando ha subido un mulato, un *cósmico*, según Vasconcelos, todo el mundo ha estado metido en cintura. Y así sucesivamente. Báez, Luperón, Ulises Heureaux, no me dejarán mentir.

Señora, es hora de resumir. Esto sería interminable. Mi país es lo que es y no puede ser de otra manera. Esto lo saben todos los extranjeros que lo conocen y, con mayor razón, los que habitan en él, norteamericanos y europeos, y también lo saben los árabes, y hasta los chinos, y un dominicano, que soy yo.



CARTA 36

Señora:

La última vez que el amigo Maldonado y yo nos encontramos fue en mi propia casa. Vino a verme después de regresar de un viaje de paseo por el Cibao.

–¿Qué te has hecho? –me dijo, estrechándome la mano–. Tenía muchos deseos de verte y hablar contigo.

–Aquí me tienes, como siempre –le contesté.

–¿Cómo va esa salud?

–Regular. Todavía me tiene en pie.

Me habló de su viaje. Venía encantado y optimista. La carretera, magnífica. Las ciudades, un poco muertas, pero todas con esperanzas para la próxima cosecha.

Encendió el primer cigarrillo, cruzó las piernas y, echándose hacia atrás en el sillón, exclamó:

–¡Aquello es vida! Cultivos por todas partes, gente trabajadora, laboriosa y, sobretodo, muchas muchachas bonitas. ¡Qué barbaridad! Bueno, el Cibao progresa.

–Pero no dejó de decirme algunas cosas en voz baja, como hacemos por hábito los dominicanos, después de preguntarme si nadie lo podía oír.

–¡Este Maldonado! –me dije mientras lo escuchaba.

Como se sentía calor abrí una puerta, lo que parece fue de su agrado. Mientras me contaba sus impresiones yo le contemplaba fijamente. Por todo su cuerpo se escapaba cierto aire de satisfacción. Parecía encantado de la vida. Vestía un flux de casimir oscuro y unos zapatos blancos, combinación que no me llamó la atención, porque estoy acostumbrado a verla diariamente.

Más de una hora estuvimos charlando. Las cosas marchaban bien, a las mil maravillas. Había paz y un poco de dinero. Todo el mundo en su trabajo. Un gobierno fuerte, popular. ¿Qué más se podía pedir? Se celebraban actos culturales, aquí, en Santiago, en todas partes; se daban fiestas muy rumbosas. Solo dos o tres descontentos podían hablar mal del gobierno.

Tomamos café. Fumamos.

Cuando Maldonado se puso en pie para retirarse, yo me quedé mirándole la cara, la sonrisa, los ojos. Estaba satisfecho de la vida. Sin duda le habían hecho algun ofrecimiento y contaba con ir a ocupar algún cargo en el gobierno.

Y no le dije una palabra.

Cuando salimos a la galería, el sol se ocultaba detrás de las montañas. La carretera estaba silenciosa. Maldonado echó una mirada por mi barrio y exclamó:

–Esto es muy bonito. Es una lástima que Gascue, no se construyera aquí.

Al descender los primeros escalones para salir a la carreterra, Maldonado me llamó la atención para que viera una culebra que cruzaba de un lado para otro en las inmediaciones de la puerta de entrada. Yo la había visto antes. Por dos ocasiones la sorprendí, a la salida del sol, en ese mismo sitio y luego desaparecía por los bordes del jardín. También la había visto mi vecino el abogado y por ella no se atrevía a entrar a mi casa sin antes hacer un reconocimiento en la puerta. Yo quise aprovechar la oportunidad para hacerla desaparecer, pero como ninguno de los dos teníamos a mano ningún objeto con qué matarla –mi amigo no usa bastón ni yo tampoco– y una piedra no hubiera sido el medio más a propósito, se me ocurrió llamar al *chauffeur* y decirle que cogiera la manivela del carro. Entró provisto del hierro. La observó tranquilamente. Alzó el brazo armado y siguió los movimientos del animal. Me pareció que se escaparía y al intimarlo para que la matara me contestó:

–¡Espérese! Tenga calma, que esto no es muy fácil.

Transcurrió un buen rato. La culebra se ocultaba y volvía a aparecer. Maldonado y yo seguíamos con la vista los movimientos del *chauffeur* y del animal. Por último salió a la carretera y el

chauffeur, después de tomar algunas precauciones, le descargó un fuerte golpe que la dividió en dos pedazos. Luego descargó alrededor de media docena más de golpes en la cabeza del animal. Entonces me dijo:

–Matar una culebra no es cosa fácil. Dentro del jardín no le quise dar porque temía que no la matara completamente y esto es muy peligroso. A la culebra hay que darle por la cabeza; si no es así no se muere.

–¿Cómo peligroso? –le dije.

–¡Ah! –exclamó–. Si yo le doy y no la mato, si la parto por en medio, la culebra se empata. Se han visto casos muy tristes. Si la culebra se empata, ella sola, o reunida con otra, busca al individuo que le dio, lo acecha de noche cuando está dormido y le chupa la sangre.

Maldonado y yo sonreímos. El *chauffeur* agregó:

–Muchas gentes aquí, en la capital, no creen en eso, pero es así. Por eso yo quería medir mi golpe. Yo he oído muchas cosas.

–Entonces –le dije– me alegro que usted me haya advertido eso, porque yo la hubiera partido en dos y la hubiera dejado así, sin saber el peligro que corría.

–¡Peligro y grande! –repuso–. Pero eso tiene su contra. Yo no la sé, pero en el campo sí la saben.

–Ya sé –dijo Maldonado– por qué es que se dice que a la culebra hay que matarla por la cabeza.

Este *chauffeur*, simpático y jovial, era negro como el ébano. Le hice algunas preguntas y supe que había nacido en los alrededores de la capital, que hacía algunos años que había aprendido el oficio y que había guiado varios carros de familia.

–Pero yo tengo varios oficios –agregó–. Soy ebanista, he trabajado de albañil. Pero ahora quiero *dentrar en la Polecía*.

Maldonado sonrió y, en voz baja, me preguntó:

–¿*Mandinga o carabalí*?

A lo que contesté:

–¡No! Dominicano.

ÍNDICE

Presentación Julio Sánchez Maríñez	7
Prólogo Soledad Álvarez	9
CARTA 1.....	27
CARTA 2.....	31
CARTA 3.....	39
CARTA 4.....	43
CARTA 5.....	49
CARTA 6.....	55
CARTA 7.....	59
CARTA 8.....	65
CARTA 9.....	71
CARTA 10.....	75
CARTA 11.....	85
CARTA 12.....	91
CARTA 13.....	103
CARTA 14.....	109
CARTA 15.....	119
CARTA 16.....	127
CARTA 17.....	131
CARTA 18.....	137
CARTA 19.....	141
CARTA 20.....	145
CARTA 21.....	149
CARTA 22.....	155
CARTA 23.....	159
CARTA 24.....	163
CARTA 25.....	167
CARTA 26.....	171
CARTA 27.....	175
CARTA 28.....	177
CARTA 29.....	179

CARTA 30.....	183
CARTA 31.....	185
CARTA 32.....	189
CARTA 33.....	195
CARTA 34.....	197
CARTA 35.....	201
CARTA 36.....	207

Cartas a Evelina, de Francisco E. Moscoso Puello, de la colección «Clásicos Dominicanos, Serie I. Narrativa», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en octubre de 2018, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 2,000 ejemplares. Santo Domingo, República Dominicana.



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE I. NARRATIVA

ISBN 978-9965-9148-3-2



9 789945 914832